

Oceánica

Tomo 1

—Prosas—

Oceánica

Tomo 1

—Prosas—

Luis Rodríguez Figueroa

Manuel de Paz Sánchez

(Edición, introducción, antología y notas)





Escuadra
y Compás

Colección dirigida por: Manuel de Paz Sánchez
Directora de arte: Rosa Cigala García

Luis Rodríguez Figueroa
Oceánica. Tomo I -Prosas-

Primera edición en Ediciones Idea: 2011

- © De la edición:
Ediciones Idea, 2011
- © Del texto:
Luis Rodríguez Figueroa
- © De la edición, introducción, antología y notas:
Manuel de Paz Sánchez

Ediciones Idea

San Clemente, 24, Edificio El Pilar
38002 Santa Cruz de Tenerife.
Tel.: 922 532150
Fax: 922 286062

León y Castillo, 39 - 4º B
35003 Las Palmas de Gran Canaria.
Tel.: 928 373637 - 928 381827
Fax: 928 382196

correo@edicionesidea.com

www.edicionesidea.com

Fotomecánica e impresión: Publidisa
Impreso en España - Printed in Spain
ISBN tomo III: 978-84-9941-
Depósito legal:

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por medio alguno, ya sea eléctrico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo y expreso del editor.



La vida no es solo un contenido de bajos menesteres y relaciones funcionales más o menos mecánicas; la vida, señores, debe ser desenvuelta en formas ascendentes, en expansiones cromáticas y multiformes, como un árbol que se alimenta de la tierra y se endereza ingenuo hacia la luz del sol —que es para él como la vida espiritual— con la ansiedad lírica y pomposa de su fronda desbordante. Y porque así entendemos la vida los que de ella sacamos todos los valores de belleza y de poesía para acaudalar incesantemente el tesoro de nuestra emotividad artística, es por lo que yo, sacerdote escrupuloso de mis ansias de formas elevadas y nobles, me recojo al sagrado asilo de vuestro estímulo —que este es por encima de cualquier otro la enseñanza de este acto—, y os abro mi espíritu como abre su inocencia un adolescente bajo la espontaneidad del halago paternal.

Luis Rodríguez Figueroa (1915)



PÁGINAS PROPILEAS

Los aspectos fundamentales de la biografía de Luis Rodríguez Figueroa (1875-1936) han sido objeto de varios trabajos, la mayoría de los cuales ha destacado, sobre todo, su dimensión política, si bien en estos momentos contamos con una antología poética bastante representativa, y varios trozos de su prosa política que fueron recogidos hace poco por Aguiar García, en un texto publicado en la editorial Idea de Santa Cruz de Tenerife, en colaboración con el Parlamento de Canarias¹.

Nacido en el Puerto de la Cruz el 19 de noviembre de 1875, falleció en su propia isla natal, como consecuencia de la guerra civil y la subsiguiente represión, hacia finales de octubre de 1936, según la versión comúnmente aceptada.

Su vida, todavía pletórica, desbordante de energía creadora y de ambición por la justicia y por la causa de la democracia cuando fue asesinado, la dedicó por entero al servicio a los demás y, a pesar de ello, tuvo tiempo para sumergirse en la narrativa, el periodismo y,

¹ Luis Rodríguez Figueroa: *Del regionalismo a la revolución*, edición y estudio preliminar de Carlos Aguiar García, Ediciones Idea, Santa Cruz de Tenerife, 2008, la bibliografía en páginas 57-61.

particularmente, en la creación poética, en buena parte dispersa en periódicos de las Islas, en especial de Tenerife, y en revistas literarias tanto de Canarias como del exterior.

Licenciado en Derecho por la Universidad de Granada, compaginó su profesión con sus actividades creativas y con el ejercicio de las tareas políticas. Entre sus obras más conocidas destaca, en primer lugar, la novela *El cacique*, que publicó en 1901, bajo su seudónimo predilecto *Guillón Barrús*. Posteriormente sería homenajeado por sus colegas y admiradores debido a la calidad literaria de su contribución a la novela a escote *Máxima culpa*, publicada por entregas en el periódico *La Prensa* en 1915, cuyo capítulo final corrió de su cuenta, como se verá más adelante.

En 1909 viajó a Inglaterra, Francia, Alemania y otros países europeos, enviando una serie de crónicas de indudable interés, como hemos destacado en otro lugar². Por esta época escribió:

Cada país tiene su grandeza y su monstruosidad relativa, y cada hombre lleva consigo algo de la idiosincrasia de su país. Esto lo hemos aprendido en nosotros mismos, viendo como bajo este sol africano y entre estas gentes de aduar se nos duermen las energías como lagartos amodorrados por la canícula, y viendo también como se gastan en miserias de política trapera las inteligencias más despiertas, en lugar de confundir, noblemente, todos los esfuerzos para la reconquista de un ideal de progreso y de cultura. Por esta razón hemos roto a veces con nuestra irresolución, para ponernos en contacto con esas muchedumbres que detestamos porque son malas conductoras del sentimiento artístico; pero nuestras pretensiones de regeneración por el milagro de una eucaristía ultra-vulgar han sido infructuosas. Pretender la actual regeneración con los elementos que nos degeneran es lo mismo que si se pretendiera lavar una cosa puerca con agua sucia. Nos parece haber dicho estas mismas palabras en no recordamos que

² M. de Paz Sánchez: *Plectro masónico. Una antología poética*, Ediciones Idea, Santa Cruz de Tenerife, 2006.



ocasión; de todos modos, no daña lo que abunda ni viene mal, tal cual vez, la cantárida a que hemos aludido³.

Sus colaboraciones en prensa, tanto en prosa como en verso, se publicaron en *La Luz*, *Gente Nueva*, *El Progreso*, *Hespérides*, etc., etc., sin olvidar *La Prensa* de Santa Cruz de Tenerife, fundada y dirigida por su amigo Leoncio Rodríguez⁴, donde vieron la luz algunos de sus mejores poemas, así como varios ensayos y conferencias de indudable relevancia.

En 1917 se convirtió en fundador y, desde luego, en uno de los principales animadores de *Castalia*, revista literaria en la que colaboraron los más destacados creadores canarios del momento, que dirigió durante sus primeros tiempos, hasta que sus ocupaciones profesionales se lo impidieron⁵.

Entre sus obras en verso cabe destacar *Preludios* (1898), *Venus adorata* (1902), *El mencey de Arautápala* (1919), *Nazir* (1925) y *Banderas de la democracia* (1935).

En febrero de 1936 resultó elegido diputado por la circunscripción de Santa Cruz de Tenerife, bajo las siglas de Izquierda Republicana (Frente Popular), consiguiendo el segundo lugar en número de votos. Al producirse el Alzamiento fue detenido en Cádiz, regresó a Canarias y poco después desapareció, tal como hemos señalado.

En el presente volumen recogemos y anotamos, en su caso, casi medio centenar de ensayos de nuestro personaje, en su inmensa mayoría colectados por primera vez en una obra de estas características. Estos trabajos estaban dispersos en numerosos periódicos y revistas que se citan en lugar oportuno, y resulta conveniente destacar que

³ Luis Rodríguez Figueroa: «Autobiografía. Yo, en mí y fuera de mí», en *Arautápala*, Puerto de la Cruz, 19-10-1909, pp. 1-2.

⁴ M. de Paz Sánchez: Leoncio Rodríguez y Las Palmas de Gran Canaria. El legado regional de un tinerfeño, Ediciones Idea, Santa Cruz de Tenerife, 2010.

⁵ Recientemente Miguel David Hernández Paz ha leído una tesis doctoral, en la Facultad de Periodismo de la Universidad de La Laguna, sobre Rodríguez Figueroa y su relación con esta emblemática revista.

únicamente son una muestra, apenas representativa en términos cuantitativos, de la vasta producción en prosa de Luis Rodríguez Figueroa, que sin duda merecerá nuevos estudios y compilaciones en un futuro no muy lejano, ya que el personaje ha permanecido en el olvido, salvo por la reedición de su novela *El Cacique*, hasta fechas bien recientes, en buena parte por el estigma y la cruz que el régimen de Franco colocó implacablemente sobre su figura y sobre los hombros del resto de su menguado linaje familiar.

En nuestra opinión, aparte de las numerosas y útiles observaciones que se pueden extraer de sus artículos, así como de la ternura y la belleza literaria de no pocos de ellos, destacan dos estudios en el presente contexto. Se trata de dos conferencias. La primera de ellas la publicó, en 1919, *El Progreso*, recurriendo al sistema de entregas por su notable extensión. La segunda salió, en 1924, en *La Prensa*, siendo el fruto de una destacada intervención suya en el Ateneo de La Laguna. Se trata de los trabajos sobre San Sebastián y sobre Ortega y Gasset que, como digo, se recogen íntegramente más abajo.

Existen, empero, otros ensayos que en origen contribuyeron a enriquecer las aportaciones de contemporáneos suyos, como por ejemplo el casi desconocido Mariano Vico, que en 1925 publicó *El milagro del tapiz*, un relato de costumbres, entre cuento y novela corta, que tuvo como colofón el texto de Rodríguez Figueroa intitulado «La fiesta de las alfombras».

En ocasiones da la impresión de que ambos amigos —Figueroa y Vico—, afanosos en las tareas del periodismo y poetas parnasianos, se compincharon para escribir el relato o, cuando menos, *Guillón Barrús* suministró mucha información a su culto amigo peninsular, que vivió poco tiempo en Canarias, aunque es cierto que publicó algunos poemitas en *La Prensa*. La novelita vio la luz, en fin, el 18 de junio de 1925 y así se anunció, en la primera página de *Gaceta de Tenerife*, destacándose que estaba inspirada «en la tradicional costumbre de las alfombras», que llevaría un «apéndice» del «notable escritor Gui-



llón Barrús» y que aparecería el próximo día 18, es decir, el 18 de junio de 1925, como en efecto sucedió⁶.

La segunda y la tercera partes, a su vez, ofrecen al lector una muestra representativa de la producción poética de nuestro autor, ya que ambos tomos recogen una amplia colección de composiciones inéditas, es decir, no compiladas hasta la fecha, que han necesitado de un notable esfuerzo de recopilación a partir de fuentes periodísticas. Otros poemas ya han sido objeto de compilación en antologías editadas en tiempos recientes, si bien es cierto que, pese a lo publicado, falta también mucho que espigar, y no poco de calidad, en este ámbito de la labor poética de Luis Rodríguez Figueroa, un aspecto por el que siempre sintió una especial predilección. Los tomos II y III, en fin, nos permiten apreciar una muestra significativa de su voluminosa obra poética, que hemos dividido en dos etapas fundamentales, es decir, 1898-1919 y 1920-1936, etapas que se corresponden con hitos esenciales en su producción artística, como fueron la edición de sus primeros libros de versos y la fundación de *Castalia*, para el primero de los períodos mencionados, y, en segundo término, la publicación de otras obras suyas fundamentales: *Nazir* (1925) y *Banderas de la democracia* (1935), junto, como es natural, a otros factores de índole biográfica.

En tal sentido recogemos seguidamente una serie de noticias biográfico-culturales que entendemos de interés para conocer con cierta profundidad la biografía intelectual de Luis Rodríguez Figueroa. Y ello a pesar de que estas noticias son, también, una brevísima muestra de la enorme labor realizada por nuestro personaje que, bajo ningún concepto, debe permanecer en el olvido.

⁶ «El Milagro del Tapiz», anuncio de la *Gaceta de Tenerife*, Santa Cruz de Tenerife, 16-06-1925, p. 1. El relato de Vico fue compilado en un texto, profusamente ilustrado, que editó el Ayuntamiento de La Orotava hace pocos años, de ahí que optemos por no recogerlo en la presente antología.

NOTAS BIOGRÁFICO-CULTURALES⁷

Las colaboraciones del biografiado van marcadas con un guión corto (-), mientras que las noticias y artículos de terceros, con interés biográfico-cultural, así como los ecos de sociedad, etc., figuran señalados con un asterisco (*).

1897

- «Lasciate ogni speranza», IR, 21-03-1897, p. 1.
- «Mi súplica. Al alcalde del Puerto de la Cruz», LO, 23-12-1897, p. 2.

1898

- *Preludios*, libro de poemas.
- «Perspectivas», IR, 3-04-1898, p. 1.
- «Nubes negras», IR, 3-07-1898, p. 1.
- «Del natural», IR, 7-07-1898, p. 1.
- «Entre líneas», DT, 10-09-1898, p. 2 [Ensayo regeneracionista que dedica al «Bonafoux canario Francisco González Díaz»].
- «Impresiones», IR, 25-09-1898, p. 1.
- «Mi noche de finado», IR, 6-11-1898, p. 1.

1899

- «Poca vergüenza», DT, 9-03-1899, p. 2 [Ensayo regeneracionista que dedica a su «amigo don Andrés Brage Esnard»].
- «Tiempos Mejores», DP, 27-03-1899 [Elogiosa crítica de la obra de Picar del mismo título]

⁷ Abreviaturas: DT (*Diario de Tenerife*, Santa Cruz de Tenerife); GN (*Gente Nueva*, Santa Cruz de Tenerife); EP (*El Progreso*, Santa Cruz de Tenerife); LL (*La Luz*, La Laguna); UC (*Unión Conservadora*, Santa Cruz de Tenerife); DN (*Diario del Norte*, Puerto de la Cruz); GT (*La Gaceta de Tenerife*, Santa Cruz de Tenerife); DP (*Diario de Las Palmas*, Las Palmas de Gran Canaria); LO (*La Opinión*, Santa Cruz de Tenerife); SXX (*Siglo XX*, La Laguna de Tenerife); LP (*La Prensa*, Santa Cruz de Tenerife); LA (*La Atlántida*, Las Palmas de Gran Canaria); AA (*Arautápala*, Puerto de la Cruz); IR (*Iriarte*, Puerto de la Cruz).

* El periódico UC aplaude su idea de reunir en una asamblea «a los que aquí en Canarias nos dedicamos a las tareas periodísticas» («Perfil», UC, 17-07-1899, p. 2).

- «Idilio trágico», LL, 10-09-1899, p. 1.
- «Cosas del terruño», IR, 22-10-1899, p. 1.

1900

- «Líneas», LL, 11-02-1900, p. 2.

- «Funambulesca», GN, 25-02-1900, p. 3.

- «Literatura», GN, 21-05-1900, pp. 2-3. En este mismo número se publica una nota biográfica y, en portada, una caricatura del personaje realizada por Diego Crosa (*Crosita*).

- «Típicas. La fiesta de las flores», GN, 26-06-1900, p. 2.

* Figura como colaborador habitual en el semanario de ciencias, literatura y artes *Siglo XX* publicado en La Laguna, desde su primer número (SXX, n.º 1, 13-07-1900, p. 1).

1901

- «Epitalámica», GN, 5-01-1901, p. 4.

* Guillaume de Pichon le dedica su poema «Au Port de la Croix» (DT, 26-01-1901, p. 3).

* Participa con un soneto en la sesión extraordinaria celebrada, el 4 de febrero, por el Gabinete Instructivo de la capital tinerfeña «a la memoria de sus ilustres socios» Eduardo Rodríguez Núñez, Elías Zerolo y Herrera, Gabriel Izquierdo Azcárate y José Manuel Pulido (SXX, 8-02-1901, p. 1).

- «Burla burlando», GN, 2-03-1901, p. 5.
- «Revista», GN, 13-04-1901, p. 7.

* Francisco González Díaz publica, en *La Atlántida* de Las Palmas, una nota biográfica del personaje bajo el título de «Poetas canarios. Luis Rodríguez Figueroa» (LA, n.º 14, 15-04-1901, p. 1).

- «Notas», GN, 27-04-1901, p. 6.
- «Fraternidad hispano-americana», GN, 12-05-1901, p. 4.
- «Billete perfumado», GN, 23-05-1901, pp. 2-3.
- «Perfiles simpáticos. Miguel Espinosa», GN, 18-07-1901, p. 5.

1902

- *Venus Adorata* (libro de poemas).

* Felipe de la Nuez, desde Las Palmas, publica una crítica positiva de su obra *Venus Adorata* (UC, 30-07-1902, p. 1).

* Ve la luz una crítica negativa de su obra *Venus Adorata* (LO, 30-08-1902, pp. 1-2).

1903

* Se le nombra vicedónsul de Venezuela en el Puerto de la Cruz (UC, 28-01-1903, p. 2).

* Se le concede el *Regium execuatur* para poder desempeñar el viceconsulado de Venezuela en el Puerto de la Cruz (UC, 1-04-1903, p. 3).

1907

* *Rucadén*, «Croniquilla. Callejeras», EP, 26-06-1907, p. 1. Evocación del artículo de Rodríguez Figueroa titulado «Aves de Paso».

* «¡Apostolado!...», título de la crónica que le dedica el Dr. Meslier (EP, 30-07-1907, p. 1).

- «Crónica. Un soneto», EP, 3-08-1907, p. 1.

* «En defensa de un ausente» (LO, 23-08-1907, p. 1), artículo crítico de índole política.

* Con motivo de la denominada «Jira de la Juventud» republicana, mitin al que concurrieron representantes de distintos grupos, según sus banderas, «cuyos lemas eran los siguientes: *Juventud Republicana Tinerfeña* (color rojo con una franja blanca y azul en un ángulo), *El Progreso* (tricolor), *Unión y fraternidad* (blanca), *Viva la autonomía* (color morado), *Centro Republicano* (tricolor), una de España y otra blanca y azul con el lema *Patria*, representando la matrícula de Tenerife», se producen las intervenciones de Leoncio Rodríguez, Martínez Viera y del propio Luis Rodríguez Figueroa. Este último pronunció unas breves palabras y, acto seguido, dio lectura a su «Himno a Nivaria», que se reproduce en el tomo II (Océánica) de la presente edición (EP, 4-09-1907, pp. 1-2).

- «También dos palabras», EP, 16-09-1907, p. 1. Polémica con *La Opinión* de carácter político.



1908

- «Literatura», DP, 18-02-1908, p. 1 y DN, 26-02-1908, p. 1 [Sobre el libro de Tomás Morales, *Los poemas del Mar*]⁸.

- «La primera piedra», DN, 26-02-1908, p. 1.

- «De actualidad. Capítulos de Historia. Crítica y comentarios de la dominación española en Canarias»⁹, DN, 13 y 15-05-1908, p. 1.

- «La realidad en el arte», DN, 25-05-1908, p. 1.

* *Petronio*¹⁰, «En La Laguna. El Ateneo y la Región Canaria» (LO, 14-09-1908, p. 1), amplia crónica en la que se destaca el renacer cultural de la Atenas canariense, y su influencia intelectual sobre toda Canarias. En los actos del Ateneo y del teatro «Viana» participan, entre otros, el barítono Néstor de la Torre, Mercedes Pinto, José Franchy y Roca, y «Rodríguez Figueroa, el poeta extraño que posee el secreto de lo desconocido y se mantiene firme en su puesto de innovador y de sensual, que él estima arte y nosotros creemos super-arte, lee reposada y sustancialmente, recalcando las estrofas helénicas y los versos incitantes, una composición fuerte y atrevida que dedica ‘A la mujer’».

1909

* Su poema «Los Camellos» recibe una crítica entre burlona y negativa en *Barreno y... ¡Fuego!*, periódico de carácter satírico (n.º 39, Santa Cruz de Tenerife, 27-02-1909, p. 3).

- «Crónica. Postalerías», AA, 13-05-1909, p. 1.

- «Vórtice», AA, 12-06-1909, p. 1.

- «La Junta consultiva y la opinión pública», AA, 13-07-1909, p. 1.

* «De los pueblos», EP, 19-07-1909, p. 1. Se publica la siguiente nota: «Puerto de la Cruz.- *Periodista al Extranjero*. Según leemos en *Arautápala* se ha embarcado por aquel puerto, con dirección a Inglaterra, nuestro compañero don Luis Rodríguez Figueroa (*Guillón Barrús*), quien piensa hacer una serie de informaciones especiales para

⁸ Recogido en Luis Rodríguez Figueroa: *Agonía de la luz*, ed. de M. de Paz Sánchez y C. Alfonso Da Costa, Puerto del Rosario, 2010, pp. 45-47.

⁹ Recogido igualmente en *Agonía de la luz*, cit., pp. 49-63.

¹⁰ Seudónimo de Policarpo Niebla González.

Arautápala sobre los mercados de frutos que tiendan a ilustrar a los exportadores y hacerles conocer, por las observaciones que le sugiera la percepción de la realidad, la importancia, seriedad y garantías, que para el tráfico ofrezcan las distintas casas extranjeras consagradas al comercio frutero. Esperamos, dice *Arautápala*, que estas informaciones han de ser de positivos y prácticos resultados, no solamente para esta comarca, sino para la provincia entera».

- «Por el Atlántico», AA, 7-08-1909, p. 1.
- «A media niebla», AA, 17-08-1909, p. 1.
- «Tierra germánica», AA, 19-08-1909, p. 1.
- «La vida berlinesa», AA, 28-08-1909, p. 1.
- «¡París!- ¿Y qué?... », AA, 7-09-1909, p. 1.
- «Crisis vinícola», AA, 9-10-1909, p. 2.
- «Personas y cosas o los líos de ‘La Taoro’» (AA, 14-12-1909, p. 1).

* Francisco Acevedo Rodríguez, «En defensa propia. Un comunicado» (LO, 18-12-1909, pp. 1-2), texto polémico en relación con el affaire de Ferrer y Guardia, en el que se menciona a Rodríguez Figueroa, como es natural, en el bando de los defensores del fundador de la Escuela Moderna.

1910

- «Crónica. Los dirigibles en el Valle de La Orotava», AA, 10-02-1910, p. 1.

- «Crónica. El general Castro», AA, 22-02-1910, p. 1.
- «En justa defensa», EP, 17-03-1910, pp. 1-2.

* Se anuncia su participación en una velada del *Círculo de Iriarte* (Puerto de la Cruz), junto a Agustín Estrada y Madán, Manuel García y García y Juan González Martel (EP, 9-04-1910, p. 2).

- «Tribuna Libre. En contacto con la realidad. Al Sr. Gobernador civil de la Provincia», EP, 24-10-1910, pp. 1-2.

1911

- «Crónica política. Rastros de un fracaso», EP, 20-11-1911, p. 1.

1912

* Visita la redacción del periódico santacrucero *El Progreso*, donde es acogido con vivas muestras de amistad por colegas y correligionarios (EP, 1-02-1912, p. 2).

1913

* Pronuncia unas palabras de desagravio, junto a numerosos concurrentes que depositan coronas de flores, a raíz del aislamiento, decretado por la autoridad eclesiástica, de la tumba del republicano portuense y masón Andrés Torrens (EP, 20-10-1913, p. 1).

* Colabora en los agasajos que se tributan, durante su estancia en Tenerife, a *Colombine*, como por ejemplo en la presentación de la conferencia que la poetisa impartió en el «Thermal Palace» del Puerto de la Cruz (EP, 28-10-1913, p. 1).

* Participa con un discurso en un acto pacifista, celebrado en el Parque Recreativo, para festejar la terminación de la guerra de Marruecos, junto a destacadas personalidades del republicanismo insular como José Franchy y Roca (EP, 15-12-1913, p. 1).

1914

- «La desgravación del azúcar», DP, 6-05-1914, p. 1 (tomado de LP).

* Pronuncia el discurso de apertura de la velada literaria, celebrada en el «Thermal Palace», en honor de Pérez Galdós, entonando «un himno de alabanzas al viejo maestro de la novela, y gloria de la tierra canaria» (EP, 26-05-1914, pp. 1-2).

* Interviene en la velada literaria celebrada en el Teatro Principal de la capital tinerfeña en honor del «esclarecido poeta don Ángel María Segovia» (LO, 17-06-1914, p. 2).

1915

* Bernardo Chevilly le dedica su poema «Imprecación» (EP, 25-02-1915, p. 1).

1916

* Participa con un poema en la velada literaria en honor de Eche-garay, que se celebró en el teatro «Leal» de La Laguna (EP, 25-10-1916, p. 2).

1917

- Co-fundador y director de *Castalia*, donde ven la luz varios ensayos y composiciones poéticas.

* José Suárez Falcón, *Jordé*, al referir la muerte en Padua de la princesa Caraman Chimay, «célebre en las crónicas galantes» y que había residido una temporada en el Hotel «Santa Catalina» de la capital grancanaria, nos aclara que «más tarde se hizo cupletista y en el tablado exhibía su soberana belleza plástica, desnuda, sin más *velo* que el de la malla. En el poema pagano *Venus Adorata*, del poeta canario Rodríguez Figueroa, apasionado cantor del amor sensual que es fiebre y palpitación de la carne, aparece un grabado que representa la admirable estatua de la famosa pecadora, en su triunfante desnudez, con los senos erectos y los brazos en alto doblados sobre la cabeza erguida. Diríase la musa de la lujuria inspirando las cálidas y vibrantes estrofas del poeta» («La bella aventurera», DP, 20-01-1917, p. 1).

* Se anuncia la aparición del número 4 de *Castalia*, dirigida por el biografiado, así como la nómina de colaboradores (DT, 30-01-1917, p. 2).

* Vibrante intervención, que suscita la admiración y el aplauso del público, en un mitin republicano celebrado en el Puerto de la Cruz, donde el personaje «encarna y representa las ansias del sentir popular» (EP, 22-05-1917, p. 1).

- «Nuestra Bastilla», EP, 14-07-1917, p. 2.

* *Ariman*¹¹, «Hilachas. Crítica y críticos» (DT, 4-10-1917, p. 1), el autor del artículo destaca la falta de receptividad de algunos autores en relación con las críticas que pudieran hacerseles, aunque fuesen bien intencionadas como sucedió con una reseña realizada por el

¹¹ Seudónimo de Rafael Romero Quesada.

biografiado sobre un folleto del que era autor «cierto maestro de escuela», que no supo aceptar las críticas y respondió airadamente.

- «Motivos. El caso de *El Progreso*», EP, 25-10-1917, p. 1.

* Un admirador que firma «Un viejo republicano», publica una carta en la que encomia la labor del biografiado y de otras personalidades de la época, a raíz de su proclamación como consejeros del Cabildo. «Mario Arozena, prestigioso escritor y catedrático; Manuel Bethencourt del Río, médico notabilísimo, luchador indomable; Carlos Pimienta, entusiasta y sincero republicano como pocos; Cañadas (Manuel), otro de los buenos, de los probados defensores de nuestra causa y de los intereses del país, y mis contemporáneos Coriolano Martí y Julián Rodríguez Pastrana, respetabilísimos y consecuentes correligionarios; unido a ellos Luis Rodríguez Figueroa, otro de nuestros valores políticos y literarios, que si no he perdido la memoria, creo pertenece al Cabildo, constituyen una minoría prestigiosísima, que honra a nuestro Partido y que podrá hacer mucho por el país, que tan falto está de hombres de buena voluntad y de acendrado patriotismo» (EP, 7-11-1917, p. 1).

1918

- *Fiesta de la raza* (obra colectiva).

* Se adhiere al homenaje a don Ireneo González que publicó, en número extraordinario, el semanario *La Pluma* (GT, 4-01-1918, p. 1).

- «Saldando cuentas. Intereses republicanos», EP, 9-02-1918, p. 2.

- «De política insular. Despejando una incógnita», EP, 12-03-1918, p. 1.

* Resulta elegido miembro del directorio de Juventud Republicana (EP, 18-07-1918, p. 1).

* Se anuncia de forma destacada su participación en un mitin de la Juventud Republicana Tinerfeña (EP, 24-07-1918, p. 1).

- «Motivos. ‘Los Muertos’ y los vivos», EP, 19-09-1918, p. 1.

- «Motivos. Cólera Imperator», EP, 26-09-1918, p. 1.

* «*Las Canarias*, de Madrid, reproduce en su número del 10 del actual el artículo ‘El sentimiento regional’, de *Guillón Barrús* que vio la luz pública en este diario», EP, 18-11-1918, p. 2.

- «Motivos. Triunfo del feminismo», EP, 28-11-1918, p. 1.

- «¿Degeneración o primitivismo irreductible? », EP, 2-12-1918, p. 1.
- «Motivos. Las perspectivas de la Paz», EP, 21-12-1918, p. 1.
- «Motivos. Expansión ideológica», EP, 26-12-1918, p. 1.

1919

- El mencey de Arotápala (obra colectiva).
- «Para inteligencia definitiva», EP, 24-01-1919, p. 1.
- «El Cabildo y la autonomía», EP, 29-01-1919, p. 1.
- * Continúa el ciclo de conferencias organizado por «Juventud Republicana» bajo la presidencia del biografiado, que fue inaugurado con una intervención de Francisco González Díaz (EP, 1-02-1919, p. 1).
- * *Andeiro* le dedica su poema titulado «Benvenuto Cellini», EP, 6-02-1919, p. 1.
- * Interviene en el homenaje al cónsul de Cuba, Andrés Jiménez, celebrado en «Villa Benítez» (EP, 3-03-1919, p. 1).
- * Forma parte, como en otras ocasiones, de los jurados para los premios de literatura del Ateneo (EP, 11-03-1919, p. 2).
- «El nuevo espíritu», EP, 7-04-1919, p. 1.
- * Emiliano Díaz Castro le dedica su artículo «Del momento» (EP, 23-04-1919, p. 1).
- * Participa en la fiesta benéfico-cultural organizada por la «Sociedad 1º de Abril Fomento del Cabo», al objeto de reunir fondos para las víctimas del naufragio del «Valbanera» (GT, 24-04-1919, p. 1).
- «El reactivo», EP, 9-05-1919, p. 1.
- * Participa en los actos culturales del Ateneo, con motivo de las fiestas del Cristo (EP, 12-09-1919, p. 2).

1920

- * Candidato a concejal de Santa Cruz de Tenerife en las municipales de este año, Partido Republicano (EP, 2-02-1920, p. 1).
- * Resulta elegido concejal por el primer distrito (EP, 9-02-1920, p. 1).
- * Figura como consejero del Cabildo (EP, 19-03-1920, p. 1).
- * Presenta al catedrático isleño de la Universidad Central, doctor Cabrera Felipe, que diserta en el salón de actos de la Diputación

Provincial sobre «los átomos, las moléculas y los electrones» (EP, 11-12-1920, p. 1).

1921

* Pronuncia una alocución, en su calidad de presidente del Círculo de Escritores y Artistas, en la fiesta del sainete celebrada en el Teatro principal de la capital tinerfeña y organizada por la Junta de Damas de la Cruz Roja (EP, 11-05-1921, p. 1).

* Se anuncia su participación, mediante la lectura de poemas, en el homenaje a Villaespesa, que estaba previsto celebrar en la noche del 28 de junio de 1921, en Santa Cruz de Tenerife (EP, 28-06-1921, p. 1).

* Forma parte, junto al conde de Casa Segovia, Leocadio Machado, Antonio Domínguez y Eduardo Diez del Corral, del jurado que ha de premiar el concurso teatral convocado por el «Círculo de Escritores y Artistas», actividad que es aplaudida por la prensa, dado su objetivo de «depurar el sentido estético de esta ciudad» (EP, 7-11-1921, p. 1; GT, 9-11-1921, p. 1).

* Pone de relieve su condición ideológica socialista y manifiesta que «está exento de toda argolla que pueda coartar su libertad» (EP, 7-12-1921, p. 1).

1922

* Colabora en la revista *Canarias* junto a otros varios creadores de las Islas (EP, 19-01-1922, p. 2).

* Interviene, con una conferencia sobre la propia obra, en el estreno en el Teatro Municipal de la capital tinerfeña del drama de López Piniños, «El caudal de los hijos», que luego representaron, entre otros, Rafael Bardem y Eloísa N. Mariscal (EP, 20-01-1922, p. 1).

* Forma parte del grupo de personalidades que participa en los agasajos al escritor Eduardo Zamacois, que imparte conferencias en Canarias. Recibe, además, una donación de cien pesetas para ser entregada al Hospital de Niños de Santa Cruz de Tenerife (EP, 18-04-1922, p. 1).

* Participa con la aportación de cien pesetas en la suscripción pública abierta para la construcción de un «Parque en los terrenos de la

Sociedad de Edificaciones», Santa Cruz de Tenerife (GT, 8-06-1922, p. 3).

* Interviene, en calidad de presidente del Círculo de Escritores y Artistas, en el homenaje al poeta Manuel Verdugo, a raíz de la publicación de su libro de poemas *Estelas*. Asimismo, también participa en el homenaje que se le tributó al poeta lagunero en el «Hotel Camacho» de La Orotava (EP, 27-06-1922, p. 1 y EP, 17-07-1922, p. 1).

* También pronuncia un discurso en el homenaje tributado, en el citado «Hotel Camacho» de La Orotava, a Ildefonso Maffiotte, «por el éxito que en Cuba ha obtenido su drama *Arroró*» (EP, 30-10-1922, p. 2).

1923

* Participa, asimismo, en el homenaje a Isaac Viera que se celebró en el restaurante «El Colmado» de La Cuesta (EP, 6-03-1923, p. 1).

1924

* Participa, junto a otros destacados poetas, en la fiesta de Arte celebrada en Los Llanos de Aridane (EP, 18-07-1924, p. 1).

* Interviene en el homenaje a Ángel Guimerá, que organizado por el Ateneo de La Laguna se celebró en el Teatro «Leal», en el que también participa su hija Rosalva (EP, 20 y 23-09-1924, p. 1).

1925

- *Nazir* (poemas).

1926

* Pronuncia un discurso en homenaje a don Adolfo Cabrera Pinto, director del Instituto de Canarias de La Laguna (EP, 4-01-1926, p. 1 y GT, 5-01-1926, p. 1).

* Se alude de manera poco favorable a una crítica suya publicada en *La Prensa*, en relación con una destacada novela de Benito Pérez Armas, *La vida, juego de naipes* (EP, 22-04-1926, pp. 1-2; 1-05-1926, p. 1 y 5-05-1926, pp. 1-2).

* Lee poemas en el acto de homenaje, promovido por el Círculo de Bellas Artes, a la actriz María Palau y al dramaturgo Felipe Sassone (EP, 24-04-1926, p. 1).



* Participa en el acto de descubrimiento de la lápida que daba el nombre de «Pablo Iglesias», en La Laguna, a la antigua calle del Ciprés. En tal sentido, «hizo uso de la palabra, analizando en párrafos muy sentidos, la ejemplar vida del llorado *leader*, citando las distintas virtudes que fueron norma de vida para tan ilustre varón. Terminó su discurso el señor Rodríguez Figueroa, elogiando el homenaje que el honrado trabajador lagunero rendía en aquel sencillo pero imperecedero acto a la memoria de su extinto y batallador jefe» (EP, 3-07-1926, p. 1 y 5-07-1926, p. 1).

* El 29 de diciembre excusa su participación en los actos culturales del Ateneo lagunero por una indisposición de su esposa (GT, 30-12-1926, p. 1).

1927

* Poemas suyos son leídos en el «Homenaje a las flores» celebrado en La Orotava (EP, 21-06-1927, p. 1).

1928

* Preside el jurado, que también integran Domingo Cabrera Cruz y José M. Benítez Toledo, que concedió, entre otros premios, el «Canarias Municipal» a la novela del periodista Antonio Martí, titulada *Los milagros de San Roque* (GT, 7-12-1928, p. 1).

1929

* Participa en los actos de las Fiestas de Mayo de Santa Cruz de Tenerife, mediante la lectura de poemas junto a otros creadores como Manuel Verdugo, Roberto de Gandía y Pedro García Cabrera (EP, 30-04-1929, p. 1).

* Se da lectura al canto V de su poemario *Nazir* en los actos de exaltación poética celebrados en la Normal de Maestras (GT, 29-05-1929, p. 1).

- «El Valle ante la literatura», LP, 6-06-1929, p. 1.

1930

* Se anuncia que sería el presentador de Zulueta en los actos literarios que iban a celebrarse, en el teatro «Guimerá», el 5 de mayo (EP, 1-05-1930, p. 1).

1931

- Frecuentes colaboraciones en prensa, en particular en el santacrucero *La Prensa* de su viejo amigo Leoncio Rodríguez, con artículos de carácter ideológico-político y cultural, así como también con abundantes composiciones poéticas.

1933

* Recita sonetos en honor de la actriz Irene López Heredia, en un acto organizado por el círculo de Bellas Artes (DP, 14-02-1933, p. 2).

* Pronuncia, en el Ateneo de La Laguna, una conferencia bajo el título de «¿Por qué en la carrera de Derecho hay más reaccionarios que en la de Medicina?». Se publica una caricatura del personaje (LP, 16-03-1933, p. 1).

* Imparte, en la Universidad de La Laguna, una conferencia a los alumnos del último curso de Derecho, sobre la vida profesional del abogado (LP, 23 y 24-05-1933, p. 5).

1934

* Interviene en el homenaje que, organizado por el Ateneo de La Laguna, se celebró en honor del poeta y pintor Diego Crosa (GT, 12-06-1934, pp. 1-2).

1935

- Publica *Banderas de la democracia* (libro de poemas)¹²

* La prensa de Las Palmas de Gran Canaria se hace eco de sus artículos, publicados básicamente en *La Prensa* de Santa Cruz de Tenerife, sobre el comercio del plátano en su dimensión internacional y sobre salidas a la crisis mediante la industrialización del producto

¹² Recogido en *Agonía de la luz*, cit., pp. 293-318.



(DP, 20-02-1935, p. 1; 25-02-1935, p. 1; 5-03-1935, p. 1; 13-11-1935, p. 3; GT, 24-05-1935).

1936

* Resulta elegido diputado a Cortes (GT, 18-02-1936, p. 1).

- «Ante un caso de justicia militar», *La Tarde*, 8-07-1936.

* Según despacho de agencia fechado en Cádiz el día 13, «el ex diputado don Luis Rodríguez Figueroa, que como se sabe embarcó para la Península pocos días antes de estallar el movimiento, fue detenido al desembarcar en este puerto, encontrándose en la cárcel» (GT, 14-08-1936, p. 1).

PROSAS

1899**UNA NOVELA INÉDITA¹³**

Nadie sabe –salvo aquellos que hemos tenido el honor de saludarla y hablarle de literatura- que existe entre nosotros una dama de preclaro talento, autora de una preciosa novela que se intitula *Rosa y Margarita*. Yo, el más modesto de los que emborronan cuartillas y el menos autorizado para ello, me tomo la libertad de presentar a ustedes, literalmente hablando, la señora doña Dolores Pérez Martel, autora del manuscrito cuyo título he citado.

Entregada al sagrado ministerio del hogar, puede decirse que la señora doña Dolores Pérez Martel ha vivido siempre (hasta ahora, por lo menos) ajena a esa relación espiritual que se establece entre el público y los que para él escriben. Y aunque desde muy joven le mereció marcada predilección el cultivo de la Literatura, pocas han sido las producciones por ella dadas a la publicidad. Conozco únicamente —y creo que no ha publicado otras— las insertas en las columnas del semanario *Iriarte*, con sus iniciales por firma.

A mi amistad con su digno esposo, el distinguido notario, abogado y licenciado de Filosofía y Letras, don Joaquín Estrada, debo el placer

¹³ *Diario de Tenerife*, Santa Cruz de Tenerife, 16-02-1899, p. 3.

que he disfrutado leyendo el original de *Rosa y Margarita*, cuyos rasgos más salientes voy a esbozar a vuela pluma.

Los preliminares de la acción tienen lugar en Cuba, allá por el año 1870.

Fernando de Vallés, acaudalado propietario, se encuentra en su gabinete charlando con dos amigos que le rodean, Felipe Ramírez y Federico Durán.

Vallés está impaciente porque aguarda noticias que tranquilicen su espíritu sobresaltado por el temor de una desgracia; su hermana está enferma, y la distancia que de ella le separa, hace más cruel la angustia de que es preso su corazón de hermano.

Ramírez y Durán intentan consolar a Vallés. Entonces la conversación de los tres amigos, bajo formas distintas, revela una aspiración común: ser completamente felices. Lamentan que las adversidades del destino les hieran de diverso modo, y cada uno hace mención de aquello que le falta para la satisfacción de su dicha respectiva.

Durán y Vallés poseen un corazón noble y generoso; Ramírez no es el fondo un ente perverso; pero le devora una obsesión profunda, nacida de un remordimiento tormentoso que le desequilibra y le prepara para el crimen....

Jugador empedernido, derrochó en Madrid su fortuna. Desde entonces, al ver a su esposa y su pequeña hija sumidas por su causa en la indigencia, concibe mil diabólicos proyectos. Este golpe que Ramírez descarga sobre los seres para él más queridos, le alcanza de rebote en la conciencia, le desespera, le enloquece, y queriendo a toda costa recuperar para su hija la fortuna perdida en el juego, resuelve embarcarse, lo hace como lo piensa y dirígese a Cuba, donde lo encontramos en el momento que la novela comienza a desarrollarse.

En tal momento llega un negro que trae para Vallés noticias del grave estado en que se encuentra su humana.

Vallés monta a caballo y parte. Antes de partir, confía a sus dos amigos y paisanos la custodia de su inmensa fortuna.

Durán, en cuyas manos había depositado Vallés la llave de sus tesoros, deja olvidada esa llave dentro de una pequeña caja que está sobre una mesa. Ramírez la ve, y un pensamiento siniestro, una idea criminal e infame le cruza por el cerebro incendiándole el alma.



Piensa en su hija en tal instante, como si el recuerdo de un ángel fuera capaz de engendrar un sueño maldito, y después de un combate tremebundo en que la conciencia cae vencida, se lanza con los ímpetus de un endemoniado sobre aquella llave que, al par que las de la fortuna, le ha de abrir también las puertas del infierno.

Ramírez consigue su objeto; roba el tesoro de Vallés y corre a ocultarlo en sitio seguro. Pero la fortuna de éste es fabulosa, y Ramírez se ve obligado a trasladarla al escondite elegido poco a poco.

Durán dormía entretanto; más en una de las veces que Ramírez extraía el oro de las arcas, despierta aquel, oye ruido, y, empuñando un revólver, llega cautelosamente y sorprende al ladrón....

Lo que entonces ocurre entre Ramírez y Durán es indescriptible. Éste, magnánimo como aquel sublime prelado que nos pinta Víctor Hugo en sus *Miserables*, invita a Ramírez con acento de arcángel providencial a ir en busca del oro que falta en las arcas de Vallés... El temor pesa sobre el ánimo del criminal y accede, mal de su grado.

El momento se acerca, Ramírez no ha seguido la senda que debiera conducirles al sitio donde el tesoro estaba oculto: ha engañado a Durán y ambos siguen una dirección opuesta.

Llegan por fin. Durán pregunta donde está el tesoro. Ramírez señala, Durán se inclina y... un cuerpo humano cae al mar, que copia sobre el dorso enarcado de sus ondas espumosas la silueta lívida de Ramírez, alumbrada por los tibios rayos de la luna en medio de una noche tropical saturada de efluvios penetrantes...

El efecto que esta escena produce es terriblemente trágico y espantosamente sublime. Y más que nada, hace erizar los cabellos y condensar en una crispatura intensa la sangre toda, ese desenlace parcial de la novela, inesperado, cortado a pico en el momento mismo en que la Providencia parecía imponer su veto por mediación del noble pero enérgico Durán...

El primer paso estaba dado. Cuando se asesina una vez se asesina dos veces, diez, ciento..., cuantas haya ocasión y vértigo que impulse. Esto había de acontecerle a Ramírez.

La tragedia sigue. Vallés cae asesinado momentos después bajo el puñal de Ramírez y la intervención de un nuevo personaje que se presenta en escena a pedir su parte de botín...

Todo favorecía por el pronto la impunidad de los delincuentes. Un joven inculpable, amigo de Vallés, que frecuentaba la casa de éste y que al amanecer de aquel día embarcaría en el puerto de La Habana, y el infeliz Durán serían los acusados cuando los esclavos de la servidumbre de Vallés viesen el cadáver de su amo asesinado. Una carta hábilmente combinada y a medio quemar completaría la obra de infamia comenzada por Ramírez.

Lo que después de todo esto sucede, se adivina. Asombro, iracundia, diligencias judiciales; dos hombres acusados, otros dos que aparecen inocentes siendo los verdaderos culpables; una madre, la del joven amigo de Vallés, que recibe sobre su frente el estigma que la sociedad traza sobre la memoria de su hijo, ausente ya, y una mujer, la hermana de Vallés, que llora inconsolable, y, convaleciente aún de su grave enfermedad, la muerte de su hermano infortunado... Aquí termina el prólogo de la novela y empieza a crecer en interés, la complicación dramática. Todo cambia de decoración. De Cuba pasa la escena a Madrid, donde volvemos a encontrar, con algunos de los personajes de antes, otros nuevos que añaden vigor y colorido a la trama novelesca.

Un día llama a las puertas del banquero don Felipe Ramírez una infeliz mujer: trae en sus manos una carta para aquél. Esta carta era una invocación a antiguas promesas, un suplicatorio de amparo para una niña que iba a quedar huérfana en breve.

Será ocioso consignar que la súplica iba dirigida al asesino de Durán; pero no que era la esposa de la víctima la que inconsciente imploraba auxilios al verdugo.

El desenvolvimiento psicológico y dramático de la novela se acentúa ahora más que nunca y crece en gradaciones pasmosas. Los dos caracteres principales comienzan a esbozarse de una manera poderosa. Rosa y Margarita aparecen en la novela destacándose del fondo del cuadro como dos apariciones que el pensamiento hizo cuajar en relieve del arte cristiano.

Pasaré por alto, sin embargo, la presencia de la hija de Durán en casa de Ramírez, que explica la carta de que he hecho ligera mención; pasaré también por alto la profunda simpatía que nace entre la hija de Ramírez, Rosa, y la hija de Durán, Margarita, e igualmente



pasaré por alto los amores de ésta con el hijo de Vallés, que vivía en Madrid al lado de su tía; así como tampoco haré mención de un incidente profundo que abre en la novela un boquete luminoso por donde —¡quién lo creyera!— penetran sombras que espantan y fantasmas que oprimen con mano de hierro. De nada, de nada de esto hablaré yo aquí. Sería dar la novela entera —y creo que he dado demasiado ya— al afán de la gentes, que habrán de apetecerla mucho el día que vaya a las máquinas de imprimir.

En cambio de lo que he pasado por alto, y para concluir, diré a ustedes como al fin la Providencia descubre el pesado velo que ocultaba la impunidad del crimen cometido por Ramírez y el desconocido con quien se había visto obligado a dividir la fortuna de Vallés, y como, asimismo, hace concurrir en una conjunción radiante y sublime a todos los personajes que, excepto Vallés, reúne más tarde bajo el palio de su omnipotencia y su perdón divinos.

1900

EN EL ARTE Y EN LA VIDA¹⁴

El eximio autor de *Inocente* y del *Triunfo de la muerte* ha ingresado en las filas del socialismo. En el Parlamento italiano lo ha manifestado así. Ha dicho: «Yo voy siempre hacia el campo de la verdad». D'Annunzio, el poeta de las exquisitas y refinadas concepciones estéticas, se deja penetrar por el poderoso fluido que se escapa como un vaho de energía a través de la agitada masa social. Y aunque el fenómeno no es nuevo, revela la inevitable potencialidad de la vida avasallando al hombre que por singular propensión de su temperamento se encierra en sí mismo, y solo mira hacia fuera para convertir al interior cuanto juzga digno de producir emoción estética.

No soy de los que creen contradictoria la personalidad del hombre en la realidad de la vida con la del artista. Ambas se complementan, y desde el punto de vista que las considero, cabe afirmar que la última, como más superior, como más altruista, informa, dirige y determina la primera. Es doblemente poderosa y resistente la personalidad anímica. Ella pone el sello en las manifestaciones que rozan con lo puramente formal y de relación. Allí donde la actividad humana y

¹⁴ *Diario de Tenerife*, Santa Cruz de Tenerife, 23-04-1900, p. 3.



sus exigencias concretas reclaman la atención del artista, éste cede, pero al ceder se inclina con todo el peso y la entereza de su templeamiento depurado hacia el lugar donde los oprimidos reclaman apoyo y la razón demanda mantenedores.

Esto ha hecho D'Annunzio, el gran melódico, el gran cincelador de la forma, el gran purificador del ritmo. Su alma inmensa de artista, alimentada por ensueños de suprema belleza, no ha hecho más que desplegar las alas y descender luminosa al seno de los que luchan y padecen, para llevarles el olivo de su alianza moral y la fe de sus entusiasmos líricos.

¿Qué otra cosa ha sucedido con los privilegiados, con los que se llaman y siguen llamándose Castelar, Byron y Víctor Hugo?... Es la constante y sublime generosidad del genio con los que necesitan luz y amparo. Es la musa de Cristo que no ha muerto y sigue viajando errante a través de los desiertos arenales, guiada por el anhelo de predicar la redención.

Quien crea que D'Annunzio ha ingresado en el socialismo por sugestión posterior de las doctrinas del eminente sociólogo Carlos Marx, caerá en gravísimo error. D'Annunzio, como todos los que llevan ideales luminosos en el cerebro, ha sido, es y será siempre adalid de cuanto signifique libertad, paz, virtud y amor. El artista es incorruptible. En el arte como en la vida, las almas grandes no consienten esclavitudes ni pequeñeces. Podrán vivir aisladas en el espacio infinito de sus concepciones mentales, pero cuando un grito de angustia las llama, esas almas bajan y levantan a la víctima hasta el cielo.

GAY SABER¹⁵

De nuevo, el sonoro clamor de la musa provenzal da al viento sus notas triunfales. A través de los tiempos y de las evoluciones históricas porque han pasado, los hijos de Provenza, viriles y altivos, soñadores y nobles, han sabido conservar para todos la espléndida tradición del Gay Saber, por el que los justadores de la inteligencia siembran sobre los pueblos las ideales estrellas del pensamiento.

Perdurando con la vitalidad inextinguible de las reliquias supremas y gloriosas, ávido de sol y de puro ambiente, el numen lírico, hecho antorcha simbólica de amor y de paz, de excelsitud y vigor por la creadora gracia y el gentil ensueño de Clemencia Isaura, radiante siempre convoca a los amantes de la gentileza a un amable torneo, a una justa confraternal que habrá de elevarnos al goce del espíritu y a la percepción de la armonía en sus más ondulantes vibraciones.

Pasó de la patria de Tartarín a la brava región de los Condes cuyas recias lorigas sugirieron el recuerdo de las rojas barras catalanas, y de aquí por el amplio entusiasmo del Conde de Viena arraigó en la caballeresca y medieval España, dijéramos Castilla con sus trovadores, y fue como entonces el numen lírico, consagrado por la iniciación y el rito de la más bella virgen tolosana, Clemencia, allá por el

¹⁵ *Gente Nueva*, Santa Cruz de Tenerife, 11-12-1900, p. 5.



año MDXLVI, hízose gran necesidad a las almas serenas que ofrendan su culto a la Belleza y rinden al Amor los arpegios del Ritmo.

Y hoy pasa a nosotros lo que pasara de la región provenzal al suelo castellano. Viviendo en Provenza, viviendo en Castilla, habría también que venir ese numen lírico a vivir en las Islas del Fuego, en las peñas benditas por Dios y bañadas en la pila del bautismo pagano de Grecia con el clásico nombre de las Hespérides.

¡Saludémosle pues! Nos viene a decir que el fuego y la luz de sus estrofas harán de nuestra patria un pueblo de grandes virtudes y de vida risueña. Es portador del espíritu magnánimo de Víctor Hugo, tres veces laureado en Tolosa; es emisario de los claros pensamientos de La Harpe, también tres veces laureado; lo es de Harmontel y de Mistral, de Roumanville y Chateaubriand, de Rocaberti y Ausias March; es, en fin, el alma de la grande y casta Clemencia Isaura, que nos busca para invitarnos a seguir por la senda que trazaron aquellos egregios maestros del Gay Saber.

En la caduca y noble villa, en la siempre primaveral Orotava —que fuera la augusta Arautápala de las tribus que ilustraron, para honor de la raza, los patriarcales sentimientos de Bencomo el gran Mencey, y de Tinguaro los últimos alientos guerreros—, suena ya el clamor que llama a la convocatoria y saluda a los bardos isleños con un nobilísimo grito. Y es el llamamiento para rendir gratulatoria con nuestras flores de gracia poética, para alzar un himno a la memoración de cosas sublimes, y para ofrecer, hincada la rodilla sobre un estadio de flores, una suprema flor de triunfo a la Elegida; a la dama gentil, reina por su belleza, que en sí asuma el patrocinio de la fiesta.

Merézcanos aplauso y entusiasmo la buena nueva. Las almas que profesamos la divina liturgia de Apolo, el de la olímpica cabeza, y ensayamos el vuelo hacia el Ideal llevando en nuestras manos la lira que nos legara Arión, debemos hacerlo así. Y en el día de la común jovialidad, respondiendo a la voz que nos llama, cantemos unidos el salmo a la Belleza y al Arte sobre las policromadas alfombras de purpúreas rosas y camelias albas.

1901

LITERATURA¹⁶

Es enojoso y se presta a inexactitudes en la apreciación crítica, el explicar a vuela pluma un juicio literario sobre la producción de algún escritor, máxime si este pertenece a la categoría de los que ya acreditan en su *hoja de servicios*, el visto bueno con que el fallo público sanciona el prestigio de las personalidades intelectuales. Para no decir cuatro insulseces, requiérese estudio detenido, minucioso, analítico y meditativo de la obra que se ha de juzgar; de lo contrario se puede incurrir en esas superficialidades retóricas que aborta la impresión rápida, y cuyo origen está en la falta de sedimentación de lo leído.

Traigo este particular a colación, con motivo de la novela *Nuestra Señora*, escrita por los hermanos Millares de Las Palmas¹⁷. Y lo declaro así para que de algo me escude en el juicio *a fortiori* y sin aplazamiento, a que de sopetón me ha obligado un suelto de *Gente Nueva*. Hecha, pues, la advertencia, digamos sinceramente al público que *entiende* de estas cosas, lo que pensamos de la antedicha novela —lo

¹⁶ *Gente Nueva*, Santa Cruz de Tenerife, 23-02-1901, pp. 2-5.

¹⁷ Luis y Agustín Millares Cubas, *Nuestra Señora*, Las Palmas, 1900.



que pensamos a raíz de su lectura y sin tiempo para una sedimentación escrupulosa, ordenada—.

* * *

He dicho en otra ocasión que los hermanos Millares, a mi juicio, «no son tan» regionales como se cree. Ahora añado que «no son» regionales. Son puramente novelistas de mérito, novelistas que se han empeñado en violentar sus facultades, obligándolas a condensar estérilmente la autoctonía del temperamento isleño, sin tener en cuenta que esas facultades eluden —por rebelión receptiva y espontánea— el mandato volitivo que las convoca a una tarea para la cual no están conformadas por predisposición ingénita.

Lo creo así, noblemente, dejando a salvo el afecto personal y el respeto a quienes valen mucho más que yo.

El regionalismo en literatura no es empresa de titanes; pero se hace insuperable para todos los que aspiran a cultivarlo sin poseer, no sólo una gran fuerza interna de asimilación, sino también una especial estructura psico-artística, capaz para vivir idealmente lo asimilado y exteriorizarlo después con los ornamentos del Arte y la intuición que adivina la Belleza imperecedera.

Hoy por hoy no conozco en nuestras islas, quien de una manera completa refleje el alma del país. Los que actualmente la condensan con algún acierto, son Miguel Sarmiento y Pérez Armas; pero aún les falta camino por recorrer. Sin embargo, habiendo escrito menos cuantitativamente que los Millares, nótase en sus artículos y cuentos regionales un matiz netamente indígena¹⁸, una realidad de temperamento local y de medio ambiente sentida y expresada con vigor y suma naturalidad. En qué consiste el fenómeno no es este momento para decirlo: pero a los que no conocen *Nuestra Señora*, les trazaré a grandes rasgos su trama y la silueta de sus personajes, para que puedan estimar si tengo o no razón al decir que los hermanos Millares no son escritores regionalistas.

¹⁸ «Indígena» en el original.

* * *

He aquí, resumida, la novela.

La acción empieza en Barcelona, en una casa de huéspedes, durante una sesión de espiritismo que pudo haberse suprimido sin detrimento alguno para el conjunto de la obra. Sus figuras más visibles son Hartleit y Andresito Valerón, ambos oriundos de Canarias, estudiantes; de 30 años el primero y de unos 20 el segundo. Uno y otro intiman durante la audición de una ópera, hasta el extremo de hacerse mutuas confidencias. Hartleit es un espíritu regularmente culto, altruista, misógino. Tiene una hija de 10 años en Santa Cruz de Tenerife, por la que trabaja y aspira a labrarse una posición, a fin de que en el día de mañana no se vea en el trance de entregar su mano *por un mezquino puchero* al primero que se la pida. Valerón es una naturaleza corriente, un chiquillo sensual con ribetes platónicos, y no muy avisado, como se verá más adelante. No está mal de cuartos.

En una tertulia cursi, Andresito conoce a la viuda doña Gertrudis, jamona criolla bien conservada, que despierta en aquél apetitos libidinosos. Pone asedio a la plaza, y en menos que canta un gallo la rinde, mejor dicho, se le rinde ella misma de una manera que hace pensar en la torpeza del estudiante. Oíd. La viuda le ha escrito un billete perfumado —contestación a otro de Andresito— diciéndole que si es hombre vaya a las nueve de la noche a buscar la respuesta. El mozo se pertrecha de tamaño revólver, por lo que pudiera sucederle, y llega al domicilio de la viuda. Entra, la criada le recibe sin ninguna alteración, pasa a la sala, ve abierta la mampara de cristales que da acceso al gabinete de la dama, se adelanta, contempla una especie de catafalco en el interior, prepara el arma y tira del negro paño... Asustado, Andresito exclama: —¡Gertrudis! ¡Muerta! ¡Dios mío!...— Una gran carcajada y luego un abrazo lúbrico de la viuda responden a su angustia.

Más que de un estudio psicológico, el pasaje parece propio de una novela de Mateo Alemán o de Espinel. Solamente en un memo se explica la exclamación de Andresito, no en un estudiante que ha visitado las mancebías y casas de lenocinio. Y raya en pueril la sorpresa, teniendo en cuenta la tranquilidad con que le recibiera la fá-



mula, razón más que suficiente para infundirle serenidad y hacerle suponer —tenía motivos para creerlo así— que lo del catafalco era una broma llevada a cabo por la sensualidad un tanto macabra y parisién de la viuda.

Después del episodio mencionado, la jamona y el pipiolo se revuelcan en la estercolera de una lujuria vulgar, sin refinamientos pasionales. Y hasta aquí, nada encuentro noble, ni bello, ni profundo, ni artístico... ni regional. No he encontrado más que un párrafo magistral, hondo, saturado con melancolías de balada y doliente como el recuerdo de un éxodo lleno de amarguras. Leedlo. Es de Hartleit en sus confidencias a Valerón.

—«Te advierto que nunca le pedí un cuarto a nadie, ni aun a los paisanos, y eso que eran buenos chicos. Tú los conoces... Espérate, sí... Una noche de invierno entré en el café de Pelayo, en busca de un compañero a quien había prestado unos apuntes. Allí estaban los canarios. Iban a cenar. Yo no había comido en todo el día. Al servirse uno de ellos, dejó caer al suelo un bistec, y yo lo recogí diciendo que se lo daría al perro de la patrona. Yo no tenía entonces ni patrona ni perro. El trozo de carne me lo comí por la calle, y aquella fue la primera vez que lloré, perdido entre la muchedumbre indiferente». Esto es hermoso, bello con la belleza del dolor, artístico. Si mi pluma lo hubiese escrito, mi orgullo sería digno de su sencilla majestad.

Sigamos. La viuda propone a Valerón que se case con ella. El estudiante, como río que corre, busca a Hartleit y le cuenta la buena nueva. El reflexivo, el misógino, le para los pies, le dice que D^a. Gertrudis es una *horizontal* más o menos recogida, pero *horizontal* al fin. Valerón se irrita, pero viene a cuentas y acaba todo. A poco, apaciguados sus arranques impulsivos, embarca para Canarias y Hartleit con él, hecho este último un licenciado en Farmacia.

Termina así la 1^a parte. Empecemos con la 2^a.

Hartleit se queda en Tenerife, Valerón en Las Palmas. Aquí ya, el estudiante irresoluto, impresionista y sensual, entra de lleno en un periodo vegetativo, de inercia, secuela indefectible de la vida doméstica en las poblaciones pequeñas o de escasa actividad. Los respuestas maternos le incitan a ocuparse en algo, y el mancebo la emprende con una biografía de su difunto padre. Busca y rebusca datos, papelo-

tes, documentos, y en el falso de un baúl, tropieza con un retrato. ¿De quién? De la propia D^a. Gertrudis. El chico se queda patitieso. En el respaldo de la fotografía lee una dedicatoria y por ella deduce y se convence de lo que Hartleit le había dicho en Barcelona, de la venalidad carnal de la viuda, de aquella mala hembra gelatinosa que había querido atraparle bajo la red matrimonial.

Este otro episodio me parece artificioso, preparado de antemano, innecesario para la terminación que se da a la novela, y sin pizca de regionalismo.

Valerón desiste de la biografía y le entra —pero le sale con la misma rapidez— la furia arquitectónica. En estas alturas, o en estos flujos y reflujos de su perra condición, llegan licenciados a Las Palmas dos paisanos y amigos suyos: Pérez Porriño, inocentón de nacimiento, y Santiago Pimentero, figura que me permito calificar de innominada. Estos, en unión de Andrés y otros, para celebrar el feliz arribo, vanse de francachela a *Nuestra Señora*, finca perteneciente a la mamá de nuestro estudiante. Durante el jolgorio, aparecen tres chicas y detrás la familia. Una de las jóvenes, Mariquita Pardillo, tropieza y cae. Valerón se adelanta corriendo en su auxilio y llega en el momento en que la joven se ha puesto de pie. Ambos se contemplan, y he aquí como nace el amor que más tarde, a pesar de la oposición de su madre, une a aquel con la bella Mariquita.

Los recién casados pasan la luna de miel en *Nuestra Señora*, y a los 15 días regresan a Las Palmas. Al transcurrir otros 15, Andrés Valerón siente repugnancia hacia su mujer. Los fenómenos concernientes a la preñez y la gradual hinchazón del vientre femenino le inspiran profunda repulsión. Y cuando viene el parto —luna de miel, preñez y parto, todo ocurre en diez páginas—, nada indica que los sentimientos de Valerón responden al cariño paternal; parece —y no hay antecedentes para estimarle peor y más denigrante estado morboso— un pazuato insensible con visos de sinvergüenza.

Para semejante actitud, ningún fundamento racional de evolución psicológica he podido encontrar en Valerón, ningún repentino choque en su temperamento, débilmente delineado, ningún fermento progresivo de desequilibrio anímico, en fin, que acuse en él una anomalía hereditaria y patentice esos extraños factores individuales



que el doctor Dallemagne califica de estigmas atávicos. No hay más que una alternativa sensual y otra mística, o cosa por el estilo. En Valerón no se descubre un ser de carne y hueso, sino un maniquí capaz de desconcertar al fisiólogo y frenópata más entendido. Y el quid está en esa dualidad espinosa, en ese carácter versátil que se le ha encarnado con falta de osadía, sin firmeza, sin previa penetración del alma humana, sin un molde enérgico, resistente donde laborar con empuje. Ha resultado grande el propósito, pero la realidad no ha respondido. Las aberraciones que se apuntan ligeramente en Valerón, no llegan a ese grado de condensación del que a cada línea se espera ver surgir, con verosimilitud de dinámica moral, el conflicto.

Continuemos. Iniciado el despego hacia su mujer y su hijo, Valerón, que es ya teniente-alcalde y aspira a ser diputado provincial, se entera de la muerte de Hartleit y del incendio de su farmacia. En un viaje que hace a Santa Cruz, visita a la hija de aquel. Anita Hartleit es una joven delgaducha, sin formas de mujer casi, con ojos azules y una espléndida cabellera rubia. Valerón la habla sin emoción; pero luego, en la calle, de golpe, le dice a su tío Francisco que está resuelto a llevarse a la hija de Hartleit para Las Palmas, al parecer condolido de la situación precaria de la huérfana.

Y así lo hace, y así termina la 2ª parte de la novela.

Donde a mi entender empieza esta con alguna más unidad y colorido es en la 3ª parte. Repentinamente, pero de una manera fría, sin esa gran vivacidad pasional que caracteriza a todo temperamento desequilibrado, siente Valerón impulsos de amor hacia la huérfana. Y no es su pasión benevolente ni elevada. El sadismo que le domina es tal, que le conduce al extremo de negar hipócritamente la mano de Anica a Pérez Porriño. Secretamente, la quiere para sí. Sin un gesto bello, simpático o patético, llegará a un final trágico casero.

La hija de Hartleit, no sé por qué corrientes sugestivas o por qué transformaciones fatales y sordas de su entidad moral, concluye por entregar en medio de la sacrosanta paz de un hogar, a cuya estimación la obligaban sus sentimientos, delicados al parecer, la flor de su boca pálida al viento de corrupción sensual que hace vibrar los nervios de Valerón.

Y colocados en terreno tan fangoso y resbaladizo, sobre el que no vislumbro más que las fulguraciones del estilo limpio y sobrio de los hermanos Millares, los dos personajes prosiguen en su corruptela, hasta que al fin trascienden fuera del recinto doméstico los primeros susurros del escándalo, la nube negra que se aumenta y descarga en tempestad.

La hija del difunto Hartleit es llamada a capítulo por la madre de Valerón y un señor canónigo visita de la casa¹⁹, y se la fuerza a entrar en el Hospicio; pero se niegan las Hermanas por temor a un conflicto, y entonces la huérfana es conducida a *Nuestra Señora*, donde se la secuestra hasta que llegue el momento de meterla en un buque y embarcarla para Santa Cruz. Entre tanto, Valerón ha permanecido fuera de Las Palmas en unión de su tío, que finge no sé qué cosa para entretenerlo mientras se lleva a cabo el complot. Pero al percatarse de la engañifa, Valerón se sulfura, vuela al Hospicio, de aquí a *Nuestra Señora* y abre los brazos para recibir a la de Hartleit, rodando ambos seguidamente sobre la arena de la senda y envolviendo en las sombras de la noche la consumación carnal. Más tarde, una racha de aire frío, una pulmonía y por último el entierro de la huérfana, propósitos de suicidio por parte de Valerón, que no llegan a realizarse por que el sentimiento de la vida es en él más fuerte que su pena, y nada más. Este es el final de la novela.

* * *

Ahora no me atrevo a fijar clasificación preceptiva a la novela de los Millares. Su contextura es híbrida, ni psicológica ni de costumbres, aunque predomina más el primer elemento.

La trama en sí me parece débil, hilvanada con esa rigidez que deplora la taumaturgia teatral. Yo hubiera querido menos artificio, menos mutaciones, menos diletantismo de estilistas y más precisión, profundidad y solidez en las líneas generales de la novela y también en sus varios episodios. Yo hubiera querido hallar en *Nuestra Señora* algo robusto, noble —Hartleit es personaje de transición— y hasta perver-

¹⁹ ¿Reminiscencia de *Doña Perfecta* de Galdós? [Nota de los editores].



so, pero algo, en fin, vibrante, que hiciera sentir muy hondo, que solicitase al pensamiento con tenacidad y sugestionase la sensibilidad con fuerza de fluido magnético. Nada de esto he hallado en *Nuestra Señora*, más que —ya lo he dicho— una prosa fácil, sana, llena de ese jugo que destilan las intelectualidades insinuadas en los secretos de la expresión literaria.

* * *

¿Y qué otra cosa he de decir? Anita Hartleit, que es la figura de más bulto, no conquista mis simpatías. Si para justificar la conformación psico-fisiológica de Andrés se remontan los Millares hacia la cuenca progenitora, donde hierve la gusanera de los apetitos carnales y flota el vaho de la neurosis mental de los viejos Valerones, de cuya vesania lúbrica hacen derivar sus actos de impulsivo, ¿por qué, para no dejar de ser lógicos en el procedimiento, y metódicos en la concepción, no han presentado a Anita como digna hija de su padre? Si dan algún valor a la ley de herencia, ¿por qué falsear el carácter de la huérfana, apagando en ella la transmisión de la entidad moral y paterna con el soplo de un amor sin atractivo adecuado a su constitución anímica?

No me explico que un espíritu lúcido, desprovisto de alucinaciones malsanas, dé cabida a un amor que lleva consigo la deshonra de un hogar y el martirio de una mujer tan benévola, buena y sufrida como Mariquita Pardillo, cuyos labios ni increpan ni protestan. Si la Hartleit no es *originariamente* mala, si no se dan en ella esas anomalías de que nos hablan Corre y Colajanni, si no se acreditan en su constitución moral gérmenes de enfermedad psíquica, ¿por qué, por qué se la liga criminalmente a Valerón, a un asesino moral sin poder seductivo, sin ninguno de esos rasgos alucinantes que a veces por un ciego determinismo encadenan los sentimientos de la mujer más equilibrada?...

... No sigo. Quisiera que plumas competentes como la de Pereyra de Armas y González Díaz analizasen *Nuestra Señora*. Yo, lo digo abierta y llanamente, no he gustado en sus páginas otro deleite que la fresca tersura del estilo y la poesía amarga, intensa del párrafo que he transcrito en el texto de este artículo.

PROFESIONAL²⁰

La gran corriente de vida y de renovación que discurre por las páginas del excelso drama de Galdós, *Electra*, ha refluído hacia las almas jóvenes y fuertes, ávidas de extirpar el virus purulento que física y moralmente nos destruye. La intelectualidad española, la que bulle como colmena benéfica del pensamiento, se apresta a combatir desde las columnas de una revista, cuyo título es el mismo que naturaliza la obra teatral más trascendente que se ha escrito en lengua castellana. Como dice la hoja volante anunciadora de la predicha revista, bajo el nombre de *Electra* «ha visto la juventud intelectual española un símbolo de arte, de amor, de vida y de renacimiento».

Aquí viene de molde la frase sacramental: hacía falta esa revista. Y tanta, que casi se impone como el único medio para contrapesar la insípida y rufianesca literatura de los grandes (entiéndase en sentido de sus dimensiones) diarios explotadores de la impía populachera y del mercantilismo político. La revista *Electra* se propone «continuar la obra del maestro Galdós, de creación y de combate. Será inexorable para lo mediocre, lo hipócrita y lo triste; portavoz de cuanto signifique un adelanto, una esperanza o un deseo de renovación».

¡Qué bellissimo y qué amplio programa profesional! El espíritu de Galdós, sereno y fecundo, iniciado en los victoriosos evangelios del

²⁰ *Gente Nueva*, Santa Cruz de Tenerife, 6-04-1901, p. 6.



Arte y de la Vida, que son los manantiales más puros de virilidad, traza la pauta, nos enseña el camino, se nos presenta revestido de la potestad de un hierofante griego que nos invita a penetrar en el templo de las Energías redentoras.

La verdadera y saludable misión de los cerebros que piensan y crean, es esa: anular todo lo que atrofia, predicar cruzada contra todo lo que envilece o mancha, destruir todo lo que atenta a la independencia de la idealidad y al vigor de las conciencias. Hacer vivir y hacer amar la vida, debe ser el noble credo de todo artista, sea literato, músico, pintor, poeta o escultor.

Y por esto, debemos todos recibir la revista *Electra* con aclamaciones unánimes. En ella figuran también como colaboradores algunas intelectualidades isleñas, y a ese honor que se nos dispensa, estamos obligados a responder con el noble arranque de las almas reconocidas, generosas, combatientes y sinceras.

JUEGOS FLORALES²¹

Desde el florido recinto de La Orotava llegan luminosos auspicios. Allí, como en un campeonato de hidalguías ideales y de arranques pindáricos, vanse agrupando los más nobles espíritus, los más depurados temperamentos. Como naciendo del seno del mismo sol y germinando bajo el influjo de un poderoso desenvolvimiento vital, las almas elegidas tienden el vuelo hacia la blasonada corte del arrogante Bencomo, solicitadas por la pasión del Triunfo y encendidas en el puro fuego del arrebató lírico. Embriagados por la gran luz del futuro torneo, serán los símbolos vivos de la Grecia paseando el águila del pensamiento a través de los jardines esmaltados de camelias, a la manera que los helenos la paseaban desde el Pórtico al Gineceo.

Vanse agrupando los más nobles espíritus, los más depurados temperamentos. Cual motivos de una magna pieza sinfónica, se suceden unos a otros para pregonar y decir con hermosa fraternidad intelectual, todo lo que puede y todo lo que eleva al individuo y a los pueblos el concierto de las inteligencias y la armonía de los corazones que jamás han descendido al terreno de los enconos y de las luchas pérfidas.

Se nos regocijará con la magnificencia de un día de esplendor y apoteosis. Por la virtud de tan supremo momento, de tan bella y le-

²¹ *La Orotava*, n.º 7, 13-05-1901, p. 1.



gendaría fiesta, seremos llamados al aprecio de nosotros mismos y a la comprensión de lo que importa para nuestro prestigio el desarrollo y protección de todo ideal de cultura y de solidaridad. La nobiliaria grey intelectual nos hará fuertes, nos llamará a la sombra de su magia evocadora, altruista y siempre saludable.

Cada día que pasa, es mayor la expectación ansiosa. Reina un gozo íntimo que se esparce como una lumbrada de sol y como una onda de perfume. La imaginación se esfuerza en representarse los pormenores y detalles de lo que acontecerá. El sumo atractivo de la belleza femenina presidiendo los ritos del certamen, y el ardiente palpitar de las voces oratorias ensalzando el abolengo floral, son de antemano como la visión de un espejismo deslumbrante. Y seguramente, indefectiblemente, más allá de ese espejismo en que ahora se sumerge la imaginación ávida, encontraremos la realidad de un día de ascensión a las más altas y puras cumbres de la Vida.

1902

CONCHITA MARTÍN²²

La Musa, empenachada de todas galas, por boca mía, cantóla ha poco los áureos ditirambos que merecían su gracia y su belleza. Había sido ensalzada en público Certamen, y todos admiramos después a la ideal triunfadora, sometidos al imperio glorificador de sus ojos negros, llenos de esos magníficos reflejos orientales que parecen provocar a todos los deleites del ensueño.

Fue admirada y cantada por nosotros la hermosa niña, la bella virgen de pupilas hebraicas y semblante andaluz. Todo lo que había en nosotros de culto, de fanatismo sincero hacia la sugestiva virtualidad del encanto femenino, le fue entregado simbólicamente, en forma sonora, como un alto presente de entusiasmo y de fe. Por ella batió sus alas la inspiración, y por ella el ritmo se deslizó en las mallas de la estrofa con maravillosa palpitación evocadora.

Era una Ofelia de pupilas negras, relampagueantes bajo la irreprochable curva de sus cejas tersas, esbozadas con extrema delicadeza sobre la base de una frente vestalita, blanca, ligeramente sonrosada

²² «Perfil necrológico. Conchita Martín», *Diario de Tenerife*, Santa Cruz de Tenerife, 14-07-1902, p. 2.



con ese matiz de las tuberosas en capullo. Así nos fue revelada, y así la ofrecimos la sagrada copa del noble homenaje.

Y hoy, tras un lapso de tiempo muy breve, frescos aún los pétalos de flores que alfombraron su senda triunfal, nos sorprende de pronto la angustiosa nueva de su trágica muerte. Sobre la senda luminosa de su apoteosis, solo queda, plañendo una canción fúnebre, el ave emblemática de la Muerte.

Bajo el vértigo de un problema psicológico que no osamos inquirir, impulsada por algún arranque de la intimidad de sus expansiones anímicas, la bella virgen a quien ayer ensalzáramos, ha dejado de existir, dándose a sí misma la muerte con la vehemencia de un alma fuerte, despreciadora de todos los destinos de la vida.

En su tumba, el Amor ha dejado encendida la lámpara inextinguible de sus más profundas nostalgias; y el cetro de la Belleza, que en Ella se había vinculado, es hoy reliquia que la Musa alegre de ayer, entristecida hoy, envuelve en crespón de luto, y encierra para siempre en la urna de los recuerdos venerandos [*Puerto de la Cruz, Julio 12 de 1902*].

1906

LENTEJUELAS²³

LAS SAETAS DE CLEMENCEAU

Son de intensísima realidad las frases de Bonafoux a propósito de la interviú entre Morote y el gran ministro francés. Con la resquemante causticidad de que las viste el bizarro cronista portorriqueño —hoy adscrito a París—, ellas comentan sabrosamente el concepto que encarna la opinión del Sr. Clemenceau sobre el Sr. Moret como político; y bien puede decirse de tan ilustre opinión que ella abarca la síntesis psicológica de la política española actual.

La *vaguedad* y *vacilación* de las opiniones del jilguero de la pajarrera sagastina, es proverbial; pero consuélase porque hoy otros que no le van en zaga. Sus counados, los asusta —obispos, no nos dejarán mentir. Y repulgos de bandería a un lado, tampoco nos dejara mentir el otro armonioso jilguero D. Melquíades.

Nuestra política no es gubernamental ni mucho menos. Es de disgregación, fragmentaria; tenemos una política de morería, adecuada

²³ *El Progreso*, Santa Cruz de Tenerife, 23-10-1906, p. 1.



para engendrar de nuevo en la Historia aquéllos célebres y mal avenidos reinos de Taifas.

Saetazos por el estilo de los de Clemenceau nos vienen a menudo de la Europa culta y progresiva; pero no nos corrigen. ¡Ah, la vaguedad y vacilación de nuestros políticos todos y de todos nuestros gobiernos! Por ambas a la vez se va condensando de día en día la cerrazón de los horizontes del alma nacional. La España negra de Verhaeren y Regoyos se *entrega*; es una plaza desartillada, y sobre ella, como aves siniestras, se ciernen los cuervos...

NUESTROS PLÁTANOS

¿Y qué de nuestra *musa paradisiaca*? ¿Hasta cuándo durara esa incertidumbre en los mercados extranjeros, por estrechez de espíritu mercantil en los exportadores terratenientes, hijos del país, que son los que hoy contrarrestan las alzas y bajas caprichosas de cierto exportador extranjero? Ninguna ocasión más a propósito para dar impulsos y seguridades a nuestra producción y exportación como la presente. Desaparecido el pánico producido por las amenazantes perspectivas de Jamaica y Costa-Rica, se esta en el caso de no dejar dormir aquellas energías que despertaron a raíz del conflicto.

Yo no sé que se haya hecho nada práctico y concreto. Por esto resucito el *affaire*.

Es una verdadera indignidad consentir que los comisionistas ingleses nos hagan la cuenta a la pata. Nos han visitado, conocen al dedillo que en dándonos 20 libras esterlinas por cada 100 *huacales*, si bien no ganamos tampoco perdemos, sino ras con ras, y paz Cristi. Naturalmente, el cosechero exportador sigue mandando *huacales* con la esperanza de que si no ahora más tarde recibirá cuentas magníficas, pero nones.

De esta manera no puede haber negocio (lo hacen los comisionistas ó casas consignatarias), y con lo comido por lo servido no se va a ninguna parte.

Bueno será recordar a este propósito una décima de Eusebio de Vergara, del año de 1760. Es en extremo original y creo que no se ha

publicado, ni de ello, a mi juicio, se ha tenido noticia hasta este momento. La tropecé en un manuscrito antiguo, y se la brindo a la sagaz penetración de Maffiotte. Va con su ortografía original.

«El canario siempre baxo
Buscando en el mar su vida
Hace toda su comida
Con un plátano i un trago.
Los Yngleses con alago
Sacan el fruto, que encierra
Su fértil i hermosa tierra
Y vienen a ser con maña
Vasallos del Rey de España,
Y hermanos de Ynglaterra».

Por lo visto, no es de ahora el cultivo de los bananeros, ni el halago de los ingleses para sacarnos.... (caramba con Vergara!) el plátano.

Lo único que me permito poner en duda es lo de que seamos hermanos de Inglaterra. Andando el tiempo no digo que no. Tiene D. Alfonso XIII la palabra, y en su defecto sus ministros responsables.

INTELECTUALISMO

Igual andamos de fósforo. La sustancia gris recubre las paredes del encéfalo, y únicamente priva —concedámosle el honor de llamarla tal— la literatura celestinesca de nuestras pandillas políticas. No hay un solo periódico en la provincia que consagre alguna de sus columnas a asuntos y propagandas intelectuales.

Aquéllos primaverales entusiasmos que brotaron en Pino de Oro, entre unos cuantos precursores de la iniciación de una vida más elevada, no han vuelto a reverdecer. De todos, quedan no más en pié de guerra, dando gallardas muestras de paladín conquistador, *Ángel Guerra*, mansurrón y buenazo, pero decidido, con energías trepidantes de velero en marcha. Los demás permanecen atacados de linfatismo. El abuso del plátano, quizá...



No tanto, mis amigos, no tanto. Grecia y Roma lograron el más alto prestigio intelectual al unísono de sus respectivas y grandes prosperidades materiales. Y para ejemplo en nuestros días, ahí está la ciudad Condal, la industriosa Barcelona, sede vindicadora del Arte frente a la invasión estercolaría del *género chico*.

Sabemos que «por dentro» se agita algo; pero por eso mismo queremos apretar el fulminante. No hay que laborar en silencio. Para restablecer el equilibrio precisa la gimnasia al aire libre, bajo el sol que tonifica los músculos y aviva el plasma sanguíneo.

SORIANO... «ESPAÑA NUEVA»...

Las campañas del audaz diputado constituyen la nota culminante a que se muestran atentos todos los oídos. Esto no es rigurosamente exacto, porque algunos permanecen sordos aun, pongo por caso la Tabacalera; pero en términos generales es verdad.

Dios quiera que el rotativo perdure por mucho tiempo, para que sean *estampilladas* por modo indeleble todas las verdades que pesan como sentencias condenatorias sobre un régimen de baratillo.

Recomiendo el artículo de Soriano *El anillo del general* («España Nueva», número 154). No es, en mi concepto, de una gran originalidad (y en comprobación búsquese y léase el bellísimo de Mariano de Cavia *Historia de un brillante*); pero caracteriza también la situación político-religiosa de los presentes momentos, que bien puede perdonarse a su autor la adaptación, calco o como quiera llamarse... [Octubre 21, 1906].

1907

CARTA DE GUILLÓN BARRÚS²⁴

Sr. D. Leoncio Rodríguez (*Luis Roger*)

Compañero distinguido y amigo estimado:

Usted me ha escrito anunciándome la innovación de *El Progreso* en orden a la campaña que usted y demás compañeros de redacción se proponen en defensa y propagación de la autonomía, como ideal político que debe ser proclamado en todo y para todo el Archipiélago; y a este propósito, yo le digo a usted, parodiando o mejor dicho repitiendo la frase del célebre diestro cuando felicitó a Dicenta con motivo de la representación de *Juan José*: —¡Choca, que has estado güeno!

A raíz de aquella información abierta por *El Progreso* sobre el regionalismo, hube de explanar con tal motivo algunas ideas que considero como preliminares de la nueva campaña iniciada por usted y sus compañeros de redacción; y en mi concepto creo que nada nuevo acertaría a decir por el momento, bastante a satisfacer sus deseos. Soy un *descentralizador* convencido, y recuerdo que por desperdigar

²⁴ *El Progreso*, Santa Cruz de Tenerife, 17-06-1907, p. 1. Recogida en M. de Paz Sánchez: *Leoncio Rodríguez y Las Palmas de Gran Canaria. El legado regional de un tinerfeño*, Ediciones Idea, Santa Cruz de Tenerife, 2010.



en la prensa —hace 6 u 8 años— mis ideales autonómicos, como ferviente discípulo, casi fanático, del insigne don Francisco Pi y Margall, estuve a punto de ser puesto en entredicho por cierta autoridad, a la sazón, del Archipiélago. Peor suerte que yo tuvo por causa análoga el irreductible Secundino Delgado.

Pero todo no ha pasado a la historia. En España cunde el convencimiento acerca de las positivas ventajas del régimen que hace adquirir libre personalidad a las entidades municipales, fuentes de toda robusta constitución política, y de aquí esa vivaz agitación de los cerebros sanos y meditadores en pro del planteamiento de los resucitados ideales del citado y nunca bien llorado maestro. No lo dude usted: Pi y Margall, sin que nadie se haya dado cuenta de ello, ha encarnado su gran corazón y su amplio espíritu de paz y de renacimiento en el corazón y en el espíritu de todos los españoles que aman la libertad de España en la libertad de todas y cada una de las regiones que la concretan como organismo nacional.

¿Qué importan las modalidades de temperamento? El alma es una. No hay que temer. Cervantes no es de Castilla; pertenece al gran solar hispano, en el que solo *pisan mal* los que perdieron o hicieron perder el abolengo de la raza en Cuba y Filipinas.

Roma no se gana en un día, y así no me extraña que de tarde en tarde se esbocen resurrecciones de ideas como las que tienden a recabar esa descentralización tan necesaria para el desenvolvimiento de los pueblos españoles. Y en esta empresa de los hombres de buena voluntad, que sólo puede ser cometida a los limpios de corazón... y también de manos, veo yo una gran ansia de vivir, un alto estímulo de reorganización y de nuestra averiada maquinaria gubernamental, y un acto implícito de póstuma justicia a los que, sacrificándose por la buena causa, hubieron de padecer bajo el anatema de cualquier Poncio Pilatos...

Soy, pues, de los suyos. En prosa diré mis rebeldías políticas, mis sinceras discrepancias de todo lo que implique convencionalismos y compadrazgos indignos; y en verso esa concreción poética de mi espíritu, ávido de la curva y del ritmo —cantaré esa palpitación languidecerse del alma del terruño— *su vida* —en la que indudablemente abundan ciertos rasgos típicos— y sus arrestos.

No puedo ofrecerle otra cosa por ahora, amigo mío, sino estas generalidades de epístola afectuosa. Si mis ocupaciones profesionales disminuyen durante el verano que ya se acerca, cuente usted con mi colaboración.

Muy cordialmente soy su afectísimo amigo y compañero [Puerto de la Cruz, Junio 15 1907].



AVES DE PASO²⁵

Del vapor, recién anclado, empieza a descender por las húmedas escalinatas una multitud heterogénea, y en los rostros diversos —graves, risueños, frescos, gastados, enérgicos o mansos— recógese al pasar toda la profunda y nostálgica psicología de los que abandonaron la patria —la causa, el motivo, será siempre un poema triste, un éxodo espinoso o un epílogo trágico— por nuevas latitudes para el espíritu —los menos— o nuevas perspectivas financieras para el egoísmo en la lucha del vivir —los más—.

Son la multiforme expresión de la existencia esos emigrantes que se reintegran al hogar nativo y se desbandan por las calles de nuestra población como aves de paso que en medio del soleado peñón marino esponjan la pluma y dan reposo a las alas para emprender de nuevo el viaje... ¡Cuánta esperanza, cuánta ilusión en ese retornar!

De esa marejada humana he visto destacarse esta mañana una figura ágil —una blanca y fina procelaria— como un copo de espuma sobre el fondo oscuro de un bloque de carbón de piedra. Entre tanto pasajero de América, de esa América joven y sana aún de espíritu, aquella mujer elegante y fresca como un capullo de magnolia me hizo pensar en las rosas débiles que el viento arranca de sus tallos y esparce luego como despojos marchitos. ¿Quién era? ¿Cuándo y por-

²⁵ *El Progreso*, Santa Cruz de Tenerife, 25-06-1907, p. 1.

qué —sin más fuerza que la de su gracia— abandonó el solar nativo? ¿Y de qué ensueños, de qué visiones internas viene poseída que tanta vivacidad vierten sus ojos y tanta seguridad del porvenir campea en su semblante de mítica amazona?

He aquí el misterio y la poesía indescifrable de esas bellas peregrinas de un destino que el cronista no puede investigar.

Cuando te he visto recorrer nuestras calles, bella viajera, con la falda en alto, dejando que la brisa isleña te lamiese el tallo curvilíneo y pleno de tu pierna dislocante, he sentido la impresión estética del *chic* de otras regiones lejanas, en las que la mujer, más libre, es sin embargo más fuerte y más dueña de sí misma que la nuestra. Y como el barrendero entusiasmado de tu belleza que al tú cruzar la plaza de la Constitución terció la escoba en saludo militar, yo también te saludo, desconocida romera de ultramar:

—Tercien, armas! [Santa Cruz, Junio 25, 1907]



LOS FLETES Y LA EXPORTACIÓN FRUTERA²⁶

Está sobre el tapete de nuestros intereses materiales una carta por jugar, entre las muchas que aún no se han jugado con el arrojo que demandan las necesidades imperiosas de nuestro vivir progresivo. No hace mucho que Benito Pérez Armas tanteó en un artículo de viril empuje la cuestión, que sigue en pie en virtud del desmesurado egoísmo de algunas líneas extranjeras de vapores, y es menester que venga una solución harmónica y contemporizadora. No hemos de ser los tradicionalmente explotados. Por dignidad de pueblo consciente, no debemos consentir que todo el engranaje económico de la provincia, en orden a las varias ramas de su comercio, y principalmente el de la exportación frutera, quede a merced, no de las aproximadas transacciones de un mercantilismo honrado —norma única que debiera presidir— sino de las divergentes y trastornadoras imposiciones del agiotaje.

Harto anormal viene siendo el proceso de los mercados extranjeros para nuestros frutos, y no es de correlatividad comercial que las ambiciones del lucro nos exijan un alza en el precio de los fletes. En el negocio de nuestros frutos, actualmente, el exportador indígena liquida con saldo en contra. Por un lado la turba, por otro la huata; por aquí las maderas, por allí la paja; de una parte los clavos, de la

²⁶ *El Progreso*, Santa Cruz de Tenerife, 2-12-1907, p. 1.

otra el papel; más allá las tragaderas de la consignación y más acá el importe crecido de transportes, a veces en condiciones que hacen de la fruta una papilla, concluyen por depositar en manos extranjeras todo el trabajo y todo el esfuerzo y todo el dinero, en una palabra, del hijo del país. No en la sucursal del Banco de España sino en el Banco de Londres o en otros bancos británicos, es donde circula, bajo pabellón que no es el nuestro, la savia de nuestra principal riqueza agrícola. Y esto es inicuo y bárbaro. Yo me rebelo y siento impulsos de decir cuatro desvergüenzas ¡Qué es esto! Pero caigo en la cuenta. ¿No es nuestra la culpa? ¿Por qué ese divorcio permanente entre las unidades económicas del Archipiélago? «Divide y vencerás», reza el aforismo, y es verdad. Estamos divididos por estúpidas suspicacias, por miserables prejuicios, y es natural que de un tal conflicto anímico nazca este otro conflicto de intereses. En una casa donde el padre y la madre y los hijos todos se inspiran en recíprocos celos y en desconfianzas mutuas, no puede haber energía doméstica ni regular función de intereses. No hay más que una sola cosa: un espectáculo innoble que concluirá por llevarlos a todos a las puertas de un asilo de beneficencia pública. Y andando el tiempo, si esto no se remedia, serán los extranjeros quienes a tales efectos nos dividan.

En un autor americano, Max Grillo, he leído que cuando los españoles se asocian, quedan tantos individuos como personas se congregan, mientras que cuando los ingleses hacen lo mismo, es decir, se asocian también, entonces no aparece sino una persona que piensa y que obra, o lo que es igual: la entidad jurídica de nuestro derecho común.

¿Se quiere una más franca planeación del problema? Ahí está todo. Buena es la individualidad y yo la enaltezco y soy el primer defensor del individualismo bajo el aspecto de la cuestión, pero en la presente, debemos atenernos al más radical de los eclecticismos: hay que inclinarse en el sentido de la fuerza y ésta adquiere su mayor grado de propulsión en la mayor unidad de la masa de que irradia.

Rusia y Noruega, si no he pasado mal la vista por las estadísticas, son los dos países a quienes deja un superávit la exportación sobre la importación. Pues bien; creo firmemente que hoy día, encauzando por seguros derroteros la exportación frutera, obtendríamos un coefi-



ciente de riqueza relativamente importante, que vendría a facilitar el desenvolvimiento de otros ramos de riqueza, aun en estado de virginidad por la escasez de capitales propios. Y como la base radica en la producción de nuestros cultivos especiales, en ellos y por ellos debemos emplear toda la sinceridad de nuestras aspiraciones y toda la energía de que pueda ser capaz un pueblo laborioso y apto para exigir el respeto debido a sus intereses comunes.

1908

LA MEDIA NOCHE²⁷

lbase extinguiendo rápidamente la actividad vital en la población joven, y sin embargo gastada prematuramente por la corrupción interna de su vida político-social. En aquella hora hermosa de descanso, en que las estrellas parecían derramar una semi-claridad láctea sobre las sombras nocturnas, levantábase de los cafés el vaho esterilizante de las bajas pasiones y de las rencillas comprimidas. Era la hora del chismorreo y de la maledicencia.

Cuando empezó el desfile y los mozos recogieron el servicio y cerraron las puertas, oyose en las calles ese murmullo apagado de los transeúntes en retirada.

En el sopor de la media noche, como si fuera ésta la hora propicia para los ex abruptos del ánimo y las confidencias «en voz alta», percibíase la gran marejada intermitente de los que se iban al lecho con el espíritu turbado por alguna lucha o algún agrio fermento moral.

—D. H. es un tiparraco, es un ladrón; convéncete. Nadie se atreve a decírselo, pero esto es lo cierto.

²⁷ *Diario del Norte*, Puerto de la Cruz, 19-05-1908, p. 1.



Y la voz se agrandaba con espasmos coléricos, y sacaba a relucir los agios de D. H., y por último se apagaba en un arranque de odio funambulesco.

—Fulanito está enamorado como un turco de Zutanita, y cree que ella nació para él, y viceversa. Sin embargo, Fulanito se casará con Zutanita sin saber nunca que ésta es de aquellas a quienes llamó «demi-vierges» Marcel Prévost²⁸.

—... ¡No digas tonterías! D. F. es un pobre diablo. No sabe hacer otra cosa que antesalas y roer los zancajos a todos aquellos de quienes pretende algo....

Me han engañado inicuaente; pero te aseguro que mañana publico un comunicado en los periódicos cantando las verdades.

Sucesivamente, todas las voces anónimas se apagaban, dejando en el ambiente el eco de una hostilidad o de una burla maligna y sangrienta como picadura de víbora. Y cada una se había despachado a su gusto, haciendo cómplice a la media noche de todas aquellas diatribas y vergüenzas que no se habían atrevido a pregonar en la plena luz del día. El honor de la dama, la santidad del hogar doméstico, la conducta dudosa de esta o aquella señora; la patente imbecilidad de tal o cual, la averiada reputación moral de este o el otro individuo... todo pasó por la vía pública en una promiscuidad repugnante y lastimosa, como la imagen de algo que se coloca bajo el tajo de una guillotina incruenta e invisible.

Y al día siguiente, cuando el sol ilumine todas las caras, los guillotadores de la media noche sonreirán a sus víctimas y las saludarán doblando el espinazo y quitándose el sombrero hasta los pies.

²⁸ «Mujer joven de conducta dudosa». El término se popularizó con la novela *Les Demi-vierges* de Marcel Prévost, y el personaje Peggy del novelista francés Willy.

NEUROSIS²⁹

El mes anterior a su licenciatura, cuando ya hablaban los compañeros de aula de las contingencias de los próximos exámenes, fue para Diego Esteban un mes de esfuerzos y de fatigas. La anarquía didáctica de los programas le había obligado a una tarea de apuntes y extractos pesadísima y aniquilante. Se levantaba a las cinco y se acostaba a las dos de la madrugada. Apenas hacía las digestiones. La vigilia y el desgaste cerebral iban rápidamente dejando en su semblante, huellas de grandes perturbaciones gástricas y nerviosas.

—Licénciese usted cuanto antes y váyase al campo —dijeron a Diego Esteban los facultativos. —Hay que alimentarse bien y respirar aires salutíferos, no los miasmáticos de la casa de huéspedes.

—Así lo haré —repuso el estudiante, cuyo rostro pálido tenía esa tirantez febril de los desequilibrados.

Diego Esteban no se dio punto de reposo. Pasaba las noches en claro, sobre los libros, consultando textos, cotejando citas, ampliando teorías jurídicas. Se mataba. Él lo comprendía, pero cuando sus compañeros trataban de aconsejarle moderación, él les respondía:

—No; quiero ir bien «empollado»; después habrá descanso, aire, ejercicios físicos, distracciones...

²⁹ *Diario del Norte*, Puerto de la Cruz, 10-06-1908, p. 1.



—Bah! Apúrate mucho, que después... después... un título inútil, y reina y señora de tu cuerpo la anemia, esa gran hambrienta que agota la sangre y engendra la hipocondría, la aversión a la vida y hasta el horror a la propia familia... Convéncete, Diego Esteban, bueno es saber, pero primero que nada se debe atender al equilibrio orgánico.

Así le había contestado un compañero de estudios, de clara inteligencia, pero de temperamento epicuresco, petroniano, que sustentaba la teoría de los antiguos griegos. Era partidario de la enseñanza física primero y después de la intelectual. Creía que ningún muchacho, salvo los prodigios de precocidad, debía empezar el bachillerato antes de los catorce años, y detestaba nuestros sistemas universitarios, donde todo conspira al enervamiento físico y la exaltación neurósica del espíritu.

* * *

Por fin se licenció Diego Esteban. Después del bárbaro atracón de librotos insulsos, muchos de ellos inútiles para la ciencia práctica de la vida, quedaron su rostro demacrado, exangües sus venas y sus nervios alterados. Esto, unido al rebelde voltejear de su imaginación, que se había exaltado extraordinariamente los días de exámenes, produjéronle últimamente una honda perturbación fisiológica y psíquica.

—Váyase a su pueblo; respire aire puro —le repitieron los médicos.

Lo hizo así Diego Esteban; pero el mal no desaparecía con la misma prontitud que se había desarrollado.

Algunas veces le parecía que el aire le faltaba, y sentía las angustias inenarrables de la asfixia. Los galenos le dijeron que no era nada, sino un fenómeno de autosugestión, efecto combinado de la exaltación nerviosa y la escasez de glóbulos rojos. No se tranquilizó, sin embargo. Ni las medicinas, ni las distracciones desterraban en el tiempo que él quería los fenómenos rarísimos y dolorosos que turbaban su naturaleza física y moral.

¡Cuán penosos días pasó! ¡Cuán extrañamente se desordenaba en él la comitiva de sus vertiginosos pensamientos! Siempre insomne, siempre febril y debilitado, acometíanle tenebrosos presentimientos

de monstruosas enfermedades. Algunas lecturas que por mera curiosidad hiciera de libros de medicina, en años anteriores, contribuían a enconar más ferozmente sus sobresaltos. Cada día se imaginaba presa de afecciones sintomáticas mortales. En su casa, en el casino, en la calle o en los cafés, sufría lo indecible. A todas horas se sentía morir, y se echaba a andar deprisa, frotándose el lado del corazón como queriendo impedir que cesara de funcionar.

—Aprehensiones, puras aprehensiones —decíanle los amigos.

—No, no es eso; estoy seguro de que el día menos pensado me quedo tieso como un garrote —exclamaba Diego Esteban, sin saber cómo explicarse el desarreglo funcional de toda su persona. —Los médicos me auscultan; los médicos dicen que no tengo nada; pero lo cierto es que no me siento lo mismo que antes.

* * *

Pasaron meses y meses. Diego Esteban mejoraba, aunque muy paulatinamente. Había logrado dominar un tanto la imaginación. Las duchas, las cavas durante un par de horas en la huerta de su casa, los paseos largos hasta rendir el cuerpo y la alimentación nutritiva y regimentada, fueron restaurando gradualmente su sangre y normalizando su sistema nervioso.

A veces no podía contenerse y se engolfaba en los libros. Eran su monomanía. Le embargaba su nostalgia. Los contemplaba con inmensa delectación, a hurtadillas, cuando alguien de la familia no andaba cerca para impedirselo, pues los médicos le habían prohibido en absoluto, hasta su completa reconstitución que hiciera esfuerzos mentales.

—Comprendo que me hacen daño, trastornan mis nervios —decía Diego Esteban; —pero no puedo remediarlo... Las páginas impresas me atraen; necesito leer, tanto como alimentarme.

Consecuencia de la vulneración del régimen, asaltábanle momentos de perturbación, periodos de crisis que le hacían maldecir los libros y odiarse a sí mismo. Entonces se daba a pensar en los que vivían sin preocuparse de los mamotretos, sanos, fuertes, recibiendo la enseñanza de la vida en el gran libro abierto de la naturaleza.



—¡Si yo los hiciera desaparecer! ¡Si los «matara» como se mata a la querida que nos hace daño con sus alucinantes caricias!...

Temblaba ante la idea, pero hubo de resolverse. Un día, a raíz de una crisis nerviosa, se dirigió a su biblioteca. Por tandas, como obedeciendo a una resolución suprema, fue trasladando al patio de la casa todos los libros. Cuando estuvieron apilados, semejando las víctimas de un proceso inquisitorial, los roció con petróleo y aplicó un fósforo encendido al montón. Al llamarazo, acudió una doméstica.

—¡Jesús y María! —gritó— El señorito se ha vuelto loco. Está quemando los libros. Corra, señora, venga y mire...

Cuando encaró con su madre, Diego Esteban tenía los ojos empañados por las lágrimas y el rostro visiblemente exaltado.

1909

LOS JAPONESES LEGISLAN³⁰

Hasta ayer nos venía deslumbrando el pueblo japonés con la admirable epopeya en que vencieron a los rusos; de hoy en adelante habrá de maravillarnos con la revelación de su perspicacia jurídica. La ley y la fuerza, sabia y noblemente encauzadas, son dos fuentes de vitalidad enormes, imponderables... Figuraos una nación que lleve en la mano derecha la espada dispuesta a vengar todo agravio y en la otra la balanza de la justicia, y tendréis el ideal de los pueblos modernos. No la espada primero porque esté en la mano derecha, no; la dureza del hierro retemplado, en este caso, solo será loada a estilo de un bravo paladín que antes entregase la vida que consentir que nadie sea osado a mal hablar de su dama.

Y así nos vamos enterando que es el pueblo que ostenta en su estandarte un sol de oro. De una contextura moral complejísima, llena de laberintos raros —unos que espantan y otros que seducen—, vive con el espíritu en el pasado y con la inteligencia en el presente. ¡Hermoso símbolo para un poeta!

³⁰ *Diario de Tenerife*, Santa Cruz de Tenerife, 18-02-1909, p. 2.



No quiere dejar de ser un pueblo soñador; pero tampoco quiere que la vieja Europa le mire por encima del hombro; y de este modo, a la vez que persisten en él las ideologías de la leyenda, desarróllanse las energías modernas bajo un impulso consciente y metódico de portentosa asimilación.

Ya no se contenta con recorrer los grandes centros de la civilización extranjera. Practico y librecambista en el sentido moral de la palabra, pone en circulación preceptos legales curiosísimos y de una finalidad amplia, que a primera vista parecen pueriles, pero que en el fondo no tienden a otra cosa que remover el progreso social de sus súbditos por el contacto con la afluencia de elementos extraños. Hasta parece que tienen su punto de vista económico esos preceptos. No se puede educar todo un pueblo en un momento dado, y para facilitar el progreso de los suyos, poniéndoles en contacto más inmediato con los extranjeros, el Japón procura atraer a estos dictando reglas como las que prohíben pedir a los mismos, por las mercancías, mayores precios que aquellos que excedan de su justo valor; y los que imponen el deber de tratarles con atención y amabilidad, *sobre todo en las oficinas del Estado*; y los que prohíben hacer observaciones burlescas o chocarreras respecto de sus trajes y su manera de expresarse; y los que vedan mirarles con fijeza rayana en impertinencia; y los que obligan a entrar en sus casas con los zapatos limpios; y los que impiden que los chiquillos se agrupen a su lado en las calles, así como ridiculizarlos con anuncios y exhibiciones; y los que ordenan que no se les debe señalar con el dedo, ni fumar a presencia de una señora o en lugar que la buena costumbre no lo permita; y los que disponen que los que vayan con un extranjero deben llevar su mismo paso; y los que preceptúan que cuando miren el reloj no se les debe entretener más tiempo porque es señal de que le requiere algún asunto.

Así, por el estilo de las enumeradas, publica el periódico alemán *Frankf Zeitung* una colección de reglas, que pudieran llamarse de buenas costumbres y que recomienda con gran eficacia. Y es tal el respeto del pueblo japonés hacia los extranjeros, que ha llegado hasta prohibir la venta de estampas en las que se ridiculice a los soldados chinos.

Son de un alto ejemplo, indudablemente, esas prescripciones de carácter legal, y merecía la pena que nosotros los españoles meditáramos también en ellas, como a sus nacionales les aconseja el periódico alemán citado. A fe que nos hace falta promover el fomento de la afluencia extranjera, que tanto favorece los intereses del Archipiélago y que tanto han decaído en el presente año, particularmente los del comercio de importación. Pero más que tarea legal de nuestros Cuerpos Colegisladores, ese especial derecho de gentes del pueblo japonés para con los extranjeros debe servir de norma a nuestros funcionarios del orden gubernativo, llamados a crear un derecho municipal de relación, por decirlo así, que en armonía con las circunstancias venga a hacer agradable al extranjero la estancia en nuestro país. Hacerlo de esta suerte es hacer obra de depuración social y de bien nacidos, que no es poco [Puerto de la Cruz, Febrero 15 de 1909].



LA NAVEGACIÓN AÉREA³¹

La ciencia labora en silencio. Mientras la prensa diaria sigue con extrema curiosidad los vaivenes de la política y adereza con salsa fuertes los últimos chantajes o los misterios de alguna dama más o menos Steinheil, apenas para la atención —salvo que la nota de actualidad se lo imponga— en la callada y compacta tarea de los sabios. Y es lástima, porque en la evolución compleja de nuestra vida y de nuestros intereses quizá sea la labor científica, desenvuelta en condiciones de viable asimilación, la única que puede reportarnos saludables ventajas para la reorganización nacional.

En tal sentido, es verdaderamente extraño que la prensa de gran circulación española no haya recogido, aunque fuera solo a título de información, los últimos experimentos que el ilustre colaborador del conde Zeppelin, doctor Hergesell, de la Universidad de Estrasburgo, ha realizado en esta isla de Tenerife. Si la navegación aérea logra vencer, como así lo cree el eminente sabio, las dificultades con que aún tropieza, el Valle de La Orotava será el centro, como punto de conversión de todas las escalas, donde se establezca el gran puerto internacional para las futuras flotas de aeroplanos. El antiguo Jardín de las Hespérides, o el Valle de la Dicha, como le llaman los turistas extranjeros, puede dar aún a España días de gloria y de legítimo orgullo. En la imprevista

³¹ *Diario de Tenerife*, Santa Cruz de Tenerife, 4-03-1909, p. 2.

combinación de los acontecimientos, ¿quién puede calcular la importancia de una realidad futura si no se desvanece?

El Gobierno del kaiser, que presta atención a todas las manifestaciones del progreso del pueblo alemán, puso a disposición del doctor Hergesell el crucero *Victoria Luisa* para que le auxiliase en sus experimentos, que dieron comienzo en la terraza del «Gran Hotel Humboldt» y continuaron días después en los mares del Sur de Tenerife, donde directamente los secundaba aquel buque de guerra.

Eleváronse globos cautivos con instrumentos meteorológicos especiales que anotaban a grandes alturas la temperatura, y globos gemelos, de los cuales, al hacer uno explosión caía el otro, siendo recogido por la dotación del *Victoria Luisa*. Se registraron ascensiones de 20.000 metros con una temperatura de 50º bajo cero centígrado, y fijáronse, por medio de los indicados aparatos, las varias corrientes de aire en las distintas capas atmosféricas.

A la vez que se hacían estas experiencias en territorio español, llevábanse también a efecto otras análogas en las Azores, Islas de Cabo Verde y las Antillas; pero las que han tenido mayor éxito han sido las realizadas por el doctor Hergesell. Tales observaciones las ha sufragado una Sociedad Internacional para la navegación aérea, en la que figura el príncipe de Mónaco. Dicho doctor es presidente de la misma y en el próximo mes de marzo volverá al Valle de Orotava para completar sus estudios en Las Cañadas, o sea en las faldas del Teide.

La determinación de las corrientes atmosféricas parece ser lo que más preocupa al doctor Hergesell, y en el Valle de Orotava ha constatado una muy alta y que no varía, contraria al movimiento de la tierra; y es la regularidad de tales corrientes, mayor aquí que en ninguna otra parte, en lo que estriba el aserto del sabio profesor al asignar al más bello rincón de las Islas Canarias la gloria de ser el punto de refugio de los audaces exploradores del espacio.

Tanta importancia se ha concedido en Alemania a las últimas investigaciones relatadas, que el kaiser invitó en Enero último al doctor Hergesell para que diera una conferencia en la mansión imperial, ante la familia del soberano. Los ministros y representantes del Ejército y la Armada, así como otros altos personajes interesados en los



problemas de la navegación aérea. La conferencia duró una hora y cuarenta y cinco minutos, interesando grandemente al kaiser las experiencias que se habían practicado en el Valle de Orotava, en el que, vergüenza da decirlo, apenas paran mientes los Gobiernos españoles, mientras por el contrario, es objeto de estudio y de admiración para otras naciones, como ha ocurrido ahora con Alemania.

GUILLÓN BARRÚS, AUTOBIOGRAFÍA³²

Yo, en mí y fuera de mí. El mundo, mercado de ironías.
El muy noble Epicuro. Recuerdos de estudiante. Alejandro VI
y las dos doncellas. Espejuelos académicos. La magia
de las evocaciones. Retazos de vida. Las tristezas del camino.

Esto de las autobiografías —dígase lo que se quiera— es algo así como un auto-bombo, porque si bien es verdad que la condición de ser sinceros exige la de castigar nuestros defectos con las disciplinas convenientes, también es cierto que la manera que tenemos de decir las cosas —esa manera de seducción literaria que va siendo (¡y qué le vamos a hacer!) una forma de inmoralidad ambiente— tiende a dar a esos defectos una paternidad ajena a nosotros mismos. La herencia, el medio, los elementos educativos, la lucha por la existencia... ¡Qué diablo!... Como miembros de esa falange despreciable e incomprensible que se llama Humanidad, es necesario tener defectos; y si lo necesario no es contingente en el presente caso, bien puede disculparse esa coquetería sin sexo que nos induce a sacar el mejor partido

³² *El Progreso*, Santa Cruz de Tenerife, 18-10-1909, p. 1. Al día siguiente se publicó en *Arautapala*, Puerto de la Cruz, 19-10-1909, p. 1-2, de donde fue recogido por M. de Paz Sánchez y C. Alfonso Da Costa en *Agonía de la luz*, Cabildo de Fuerteventura, 2010.



posible de nuestras imperfecciones, ya que la tendencia a conquistar simpatías es connatural a la especie.

Quedamos, pues, en lo del autobombo. Con frases de más o menos enjundia y algún que otro pensamiento entreverado, no es muy difícil descorrer el telón y presentarse a la muchedumbre, a ese «insoponible tropel sin corazón, sin vergüenza, sin distinción, sin gozo», que decía Stendhal. Esto es humano, por otra parte. Todo el que tiene algo que ofrecer a los demás empieza por la obligada recomendación, más o menos honrada, de lo ofrecido. En el orden moral, como en el mercantil, la propaganda de *la mercancía* disculpa muchas cosas, a veces hasta la poca vergüenza.

Bien sabemos que el mundo es un gran mercado de ironías; pero a ratos nos vamos hacia el mundo porque en las alzas y bajas de la especulación hacen un gran aprendizaje nuestros pensamientos. Ellos, sabedores de muchas argucias, han pasado de antemano por las cinco estaciones de nuestros sentidos y han averiguado lo que es ver, oír, oler, gustar y tocar, extremos importantísimos para toda clase de relaciones; y como estos cinco maravillosos componentes de nuestra animalidad racional son engendrados, o por lo menos propagados de nuestros defectos, no extrañará a nadie que imploremos un poco de alcahuetería a nuestra comadre D^a. Literatura para que nos ayude a esto de la autobiografía en la forma más sugestiva que pueda, y disimule cualquier contaminación vitanda de nuestros consabidos pensamientos; de otra suerte, señores nuestros, y a no estar hechos un poco a la hipocresía social, tened por cosa segura que nos presentaríamos ante Vdes. más desnudos que el propio Adán antes del que debió ser para él muy agradable pecado paradisíaco.

* * *

Cuando pequeños fuimos lo que llaman «un mata perros». Conste, sin embargo, que no hemos dado muerte a ninguno; antes al contrario, tuvimos entonces y seguimos teniendo ahora una decidida pasión por todos los animales, menos aquel del que Darwin ha pretendido sacar nuestra filiación. Y este sentimiento nuestro de repulsión hacia el mono, ¿no será quizá una prueba de la exactitud de aquélla? Este

desprecio que sentimos por un gorila o un orangután, ¿no es, por ejemplo, algo así como el despecho que experimentan ciertas gentes encumbradas por el azar cuando se encuentran ante el público en presencia de unos parientes pelagatos? Puede que así sea; pero no es cosa que nos quita el sueño. Lo mismo nos importa venir del mono que venir de Dios; al fin y al cabo, según los libros de unos señores que llaman Padres —aunque no se sabe si tuvieron o no hijos— el mono también viene de Dios.

Aquella nuestra efusión sentimental por la generalidad de las especies animales responde a un egoísmo de nuestro espíritu y a un cierto sentimiento de hostilidad contra una gran mayoría de nuestros semejantes. A la corta o a la larga concluyen por fastidiarnos e irritarnos las personas. Son los agentes *activos* de nuestros disgustos, mientras que los animales nos ofrecen un descanso a la contemplación benevolente y nos aproximan a esa inconsciente beatitud de la Naturaleza que tanto amamos.

Pero a pesar de toda esa efusión sentimental, es necesario decir a Vdes. que maldito si nos entusiasma el recuerdo de nuestra infancia. Gozamos del presente y, siguiendo los rumbos de nuestro maestro el muy noble Epicuro, exploramos los goces que el futuro nos esconde. El pasado se nos representa como un simple objeto de curiosidad o de completa indiferencia.

Generalmente, la infancia es una piedra preciosa sin facetas. ¿A qué darle vueltas entre las manos si no ha de ofrecernos ninguna luz? La piedra preciosa de nuestra niñez no vale más ni menos que otra cualquiera. Fuimos traviosos —de buena índole en el fondo—, nos zurraron algunas veces la badana, y no pudimos jamás —esto no es alarde de escepticismo ni de escritores despreocupados— llegar a entender en la escuela de primeras letras aquel embolismo de la Doctrina cristiana y la Historia sagrada, que ahora, con la experiencia que tenemos de estas cosas, creemos que tampoco nos hubieran servido de gran provecho.

El bachillerato lo empezamos a los catorce años, y a esa edad también empezamos a sentir la comezón de dar a nuestra vida interna y de relación una forma de arte y de armonía. Como el refinado personaje del citado Stendhal, en *Amistad Amorosa*, nos hemos sen-



tido llenos de una cierta embriaguez interior, nos hemos analizado a nosotros mismos, hemos contemplado los movimientos de nuestra alma, hemos amado las propias sensaciones y nos hemos estimulado a buscar las cosas deleitables, primero en nosotros y luego en los demás. De aquí, de esa propulsión nativa a desenvolvernos estéticamente, nació la tendencia a escribir en prosa y en verso. El escribir lo consideramos como signo de orgullo. Es el afán de perpetuarnos en el tiempo y de hacer plástico nuestro yo. El deseo de vivir, más fuerte que en otros, ha buscado una fórmula de permanencia y la emplea con más o menos acierto, pero con idéntica finalidad siempre.

Jamás en el curso de nuestros estudios llamamos la atención de nuestros profesores. Un poco despiertos de sesera, no hicimos más que cumplir discretamente con el aprendizaje de lecciones que apenas recordamos, porque odiábamos la esclavitud que supone esa insoponible labor de memoria que nos imponen en nuestros centros docentes. Y así pasamos del bachillerato al estudio de la abogacía —la que hoy ejercemos, también como otros tantos—, salpicando nuestras tareas con algunas lecturas, escribiendo artículos de prosa política o literaria y dándonos a las Musas con íntima devoción, la más intensa y sincera de las que nuestra mentalidad sustenta.

Después de algún tiempo, hemos concluido por arrepentirnos de nuestros primeros trabajos literarios, así de los escritos en prosa como de los en verso; y no será cosa del otro jueves, que nos arrepintamos también de los que han seguido a aquéllos, ni tampoco nos cogerá de nuevas que ese arrepentimiento se extienda a los que escribamos más tarde, y así hasta el instante del *pulvis reverteris*. Esto de escribir es como una necesidad nuestra; una vez satisfecha, no nos importa lo demás. Es un órgano y una función, que ofrecen la particularidad de no ser metódicos: el producto de esa función nos interesa, entretanto la actividad del órgano nos hace amar el deleite de la fecundidad, del dolor del parto, del complicado, sutil y anheloso alumbramiento. Dominados por esa predisposición hemos inutilizado una serie de esfuerzos de concepción, de los que aún recordamos uno cuyas redondillas hacían reír a nuestros compañeros del Instituto, en cuya biblioteca lo desarrollamos. Era un poema cómico-sicaléptico sobre la vida de aquel magnífico Pontífice del placer y de la Iglesia que se

llamó Alejandro VI, a quien profesamos una altísima admiración mundana. En aquel poema había dos cardenales que discutían la selección de dos adorables romanas, y como no se resolvieran a un acuerdo, despejamos la incógnita, ya que nosotros en persona no podíamos retroceder a aquella época, de la siguiente manera:

... Y en pie las mutuas querellas
Sobre cual será más guapa,
Se acerca callado el Papa
Y se lleva las dos bellas.

Porque las dos, indudablemente, lo eran en grado sumo, y el magnífico de Alejandro VI, como el personajillo de *La Verbena de la Paloma*, estaba dado al opio por el atractivo de aquella rubia y aquella morena, que así eran de físico también, capaces de producir hoy día, sino hubieran nacido tan temprano, un nuevo terremoto de Messina. Dicho está, naturalmente, que ese poema no verá nunca la luz pública. Permanecerá inédito, y puede que hasta lo hagamos pedazos, porque a pesar de toda esta maleante ironía y de esta despreocupada sinceridad con que decimos y hacemos todas las cosas, es preciso demostrar, o por lo menos intentarlo, que hasta cierto punto nos preocupamos de las buenas costumbres y de los respetos que deben guardarse a esta Sociedad que todo lo arregla con unas cuantas fórmulas, unas faldas de raso con ribetes de honestidad y una chistera con cinta del viejo Imperio.

* * *

Comprendemos que es una calamidad para nosotros mismos el ser como somos. Por dentro, unas veces nos sentimos fuertes, dominadores, llenos de redentora cólera luciferina; otras, nos sentimos poseídos por la languidez, por la irresolución voluptuosa de los instintos, por la impassibilidad brutal de esos ídolos antiguos. En nuestras relaciones exteriores nos ocurre lo mismo, pero no sabemos que casta de influencias se nos ponen en contacto, que a poco nos encontramos distintos, como si fuéramos un producto de reacciones químicas; y a



la verdad, eso nos irrita y nos asombra, nos hace odiar el medio ambiente y a la vez nos aterroriza con su gravitación de siglos y su intangibilidad desesperante.

Nuestra modalidad predominante es la vehemencia y hay quien por ello nos tacha. ¡Qué vamos a hacer! Lo somos por naturaleza y porque la voluntad en nosotros es un producto de nuestros sentimientos y de nuestros instintos. No comprendemos la vida sino como una permanente explosión de savia, y nuestra vehemencia no es borrascosa sino traslúcida como agua de mar bajo la gloria panteísta de un día de sol. A esos que lo ven todo con espejuelos académicos los consideramos como a aquéllos de quienes el marqués de Albaida, en una famosa sesión parlamentaria, decía que eran mulos con *ante-ojeras*. Tienen esterilizada la sensibilidad, castrada la inteligencia y se les ha muerto el alma para todo entusiasmo. He aquí porque esos tales tachan la única cualidad que, dada nuestra complexión anímica, nos sirve para algo y nos concede el privilegio de aplicarles, de vez en cuando, la cantárida que les saca de su entumecimiento moral.

Cada país tiene su grandeza y su monstruosidad relativa, y cada hombre lleva consigo algo de la idiosincrasia de su país. Esto lo hemos aprendido en nosotros mismos, viendo como bajo este sol africano y entre estas gentes de aduar se nos duermen las energías como lagartos amodorrados por la canícula, y viendo también como se gastan en miserias de política traperera las inteligencias más despiertas, en lugar de confundir, noblemente, todos los esfuerzos para la reconquista de un ideal de progreso y de cultura. Por esta razón hemos roto a veces con nuestra irresolución, para ponernos en contacto con esas muchedumbres que detestamos por que son malas conductoras del sentimiento artístico; pero nuestras pretensiones de regeneración por el milagro de una eucaristía ultra-vulgar han sido infructuosas. Pretender la actual regeneración con los elementos que nos degeneran es lo mismo que si se pretendiera lavar una cosa puerca con agua sucia. Nos parece haber dicho estas mismas palabras en no recordamos que ocasión; de todos modos, no daña lo que abunda ni viene mal, tal cual vez, la cantárida a que hemos aludido.

Esos desalientos nos vuelven a nuestro mundo interior, que cultivamos como un jardín de misterio y de pasión; pero hay días en que

amanecemos tan indiferentes a todo, incluso a la propia existencia, que bien pudiera creerse que en la noche antes nos habíamos desposado con la muerte; y aunque entonces queramos resurgir bajo la magia de las evocaciones que nos fertilizan el alma, parece que un poder superior a nosotros mismos nos mantiene en la vacuidad más espantosa. Son esos momentos en que se es un *Don Nadie* para todo. No hay voluntad ni pensamiento. Nos hemos asimilado algunos instantes a los amados brutos, para luego dar gracias a la virtud de un panteísmo voluptuoso que nos despierta a alguna de nuestras orientaciones psico-físicas.

* * *

¿Es poco? ¿Es mucho lo que hemos dicho para dar idea de nuestro yo interno y externo? Si algo muy íntimo guardamos en ese rincón divino que según Heine tiene cada hombre, ¿por qué servirlo como un plato de faisán con trufas a quienes no tienen paladar ni nunca supieron más que de guisos ordinarios y condimentos bárbaros? Francamente, no podemos aceptar eso de vaciar todas nuestras intimidades como una espuerta de patatas. Creemos que la autobiografía de todo hombre sincero está, cuando en alguna forma se ha puesto en relación con el público, en lo que dice o en lo que hace, aunque a veces suele ser también un medio de revelación de nosotros mismos lo que dejamos de decir o hacer; por eso bastará —y conste que no nos hacemos *la réclame*— que el que quiera desentrañar algo más de nuestra psiquis se pierda un rato en averiguar lo que hemos escrito en prosa y verso. En cuanto a la secreta posesión de esos retazos de vida que constituyen nuestra particular experiencia y nuestro propio crepúsculo espiritual, nos repugna amargamente su traspaso. Son como el vino añejo con que damos cuerpo y vida a los otros vinos, más o menos generosos, de nuestro espíritu. A solas, en sigilo, llenos de sobresalto ante la perspectiva de alguna sorpresa inaudita, guardamos, como el avaro las monedas de su arca, el caudal de las cosas íntimas.

Está bien que no seamos tacaños; pero no es conveniente ser pródigos, porque no solo es predisposición que el Código civil restringe



sino que nos impediría la propia salvación en momentos críticos. ¿A qué fuentes de inspiración recurrir, en que abrevaderos ideales abrevaríamos nuestros corderos espirituales si lo entregásemos todo a la pesquisa vulgar? Ya que sufrimos, estimados señores, las tristezas del camino, no nos hagan Vdes. perder la fe en el viaje con un desvalijamiento que no es decoroso, ni estamos, en último término, dispuestos a secundar [*Villa-Carmen, Octubre 12 1909*].

LAS HIENAS³³

He leído en un periódico que se llama católico —*La Regeneración*— un artículo contra Ferrer, saturado de odio y de salvajismo. Los vicarios de Cristo en la tierra —y para esta tesis general prescindo de las clasificaciones de Derecho canónico— ya no espiritualizan ni enseñan llenos de magnanimidad el camino de la Gloria: escarban, desentieran y mordisquean en la memoria de los muertos como pudiera mordisquear una alimaña en un cadáver desenterrado por la impiedad.

Causan horror y dolor esos espectáculos de antropofagia moral. No parece sino que desde los más remotos pudrideros de la historia y de la sociología, vuelven a aullar sus hambres nauseabundas y aniquiladoras de la libre conciencia humana las hienas implacables del Santo Oficio... ¡Ah, Cristo! ¿Dónde estás? ¿Fuiste un mito, fuiste una realidad reivindicadota, o fuiste un loco divinizado para santificar las desgracias de una locura superior de los hombres: la predicación de las ideas? Los que te elevan en los templos católicos como un símbolo de perdón y de humildad, ¿creen también en ti o te invocan sólo como un muñeco que sirve en la feria para hacer el reclamo?

No es posible saber ya para quiénes fue dicha la buena nueva, y aunque miro y busco en torno, es en vano que pretenda hallar a aquellos en quienes fuera depositado el imperio incorruptible de

³³ *Arautapala*, Puerto de la Cruz, 9-11-1909, p. 1.



perdonar las culpas y pecados. Es la más baja de las pasiones primitivas la que se ha desatado: la de la presa. Dijérase, al leer en ese artículo de *La Regeneración* tanta locura de rencor, que Ferrer no murió fusilado a virtud del fallo emanado de un tribunal constituido bajo los desmanes proconsulares de Maura; sino que murió en una noche de desesperación y de altruismo, mientras predicaba como Cristo la emancipación de la conciencia, perseguido por las hienas de siempre, por esas hienas que, en consorcio con las tinieblas, concluirán por invadir nuestros hogares en procesión siniestra, aullando, aullando constantemente sus hambres tradicionales.

No sé si con esta ocasión repasar la vieja contabilidad histórica en cuyos libros escribiérase el debe y el haber de esas hordas perseguidoras; pero, ¿a qué? Detesto el remover sepulturas y ensuciarme las manos con el polvo hediendo de cosas pasadas. Yo miro y aconsejo mirar al sol, en medio de la Naturaleza, a pleno campo, donde si alguien quiere iniciar la lucha, pueda vernos el rostro y cerciorarse de que no temblamos ni se nos traba la lengua a los que no necesitamos de recetas religiosas para vivir noble y honradamente. Distraer el tiempo en enseñar a los aulladores de *La Regeneración* los huesos, uno por uno, de sus víctimas inmoladas a traición y en la obscuridad, no les detendrá en su marcha de regresión al pasado: lo que importa es cerrarles el paso, diciéndoles que somos centinelas de la vida, y que hemos jurado, en compromiso de honor, cueste lo que cueste, impedir todo intento de avance hacia la muerte [Noviembre 5 de 1909].

1912

NOBEL Y GALDÓS³⁴

Es extraordinario lo que ocurre con la petición del premio Nobel para Galdós y Menéndez Pelayo. Muy lejos estamos de pensar, y menos por consiguiente de creer, que nuestro eximio conterráneo y gran novelista, así como el autor de los *Heterodoxos Españoles*, no merezcan aquella alta y honrosísima distinción; pero habituados a sacar de quicio todas las cosas y a bombearnos nosotros mismos, hemos incurrido en la más estupenda de las ridiculeces nacionales: en la de pedir una cosa que debe esperarse en silencio, y en la de lanzar a la apreciación de toda la masa culta de Europa la mezquina y abominable condición de nuestro temperamento, encendido en la rencorosa disputa de dos candidatos, Galdós y Menéndez Pelayo, como si se tratase de una contienda electoral en que salen a relucir todas las efervescencias nocivas de una educación social e intelectual a ras de tierra.

Conste que desconocemos las reglas y procedimientos que para la adjudicación del premio exige la Academia de Estocolmo³⁵, y que escribimos principalmente para censurar ese prurito de última hora

³⁴ *Excelsior*, Puerto de la Cruz, 4-04-1912, p. 1.

³⁵ «Estokolmo» en el original.



enfrentando dos grandes glorias de la Patria en un asunto en que, después de haber sonado un nombre [ha de] tenerse la prudencia de evitar el otro, para no exteriorizar lo que no debe exteriorizarse en estos casos: el sectarismo político o religioso, procurando arrastrar la brasa para su sardina respectiva.

Si no estamos trascordados, ninguno de los premios Nobel concedidos han sido objeto de una petición análoga a la que se ha formulado respecto de Galdós y del primero de nuestros más vastos críticos en Literatura. Esto que parece no tener importancia a simple vista, nos hace pensar, en completa discrepancia con los que andan por ahí encrespando y agriando una cuestión en la que todos debemos inhibirnos por ser de la exclusiva competencia de aquéllos que han de deferir el codiciado premio. ¿Lo solicitó la intelectualidad belga para Maeterlinck³⁶? ¿Lo ha solicitado alguna otra representación intelectual de las demás naciones de Europa, con excepción —bien lamentable, por cierto— de España? Hemos hecho un papel desairado; hemos demostrado que no tenemos la virtud de la prudencia ni de la modestia decorosa y discreta, sin remilgos ni gestos teatrales. Siguiendo nuestros consuetudinarios hábitos burocráticos, hemos planteado, en la esfera de un excepcional y delicado torneo de la inteligencia europea, el sancho-pancesco estribillo de que «el que no llora no mama».

La cosa no es para decir menos. Por de pronto, ocurresenos pensar, ante esas desafortunadas peticiones que parten del viejo solar español, o que los señores encargados de deferir el premio Nobel son unos memos a quienes es preciso llamarles la atención sobre quienes debe recaer, lo que es deprimente y deja en dudas su competencia como jurados o jueces, por decirlo así, de los valores sustantivos y representativos de cada nación, o que son capaces de dejarse influir por tal o cual estado circunscrito de opinión, lo que nunca es honorable ni responde, ni puede responder, a ese otro estado de opinión más amplio y sólido, más glorioso y de mayor sanción, que es el estado general de opinión en todas las demás naciones cultas con relación al futuro candidato agraciado.

³⁶ Maurice Maeterlinck (Gante, 1862-Niza, 1949), poeta, dramaturgo y ensayista belga, que recibió el Nobel en 1911.

Tratárase de un premio nacional y ya no habría que discutir si está bien o mal que nos pronunciáramos en tal o cual sentido; pero no es lo mismo tratándose de una recompensa creada con vistas a todos los vientos, extra-territorial, por así decirlo. Recordemos que Echegaray y Ramón y Cajal obtuvieron el premio Nobel sin género alguno de alharacas y sin hacer ostensibles alardes de inmodestia nacional, ni levantando banderines de enganche y tocando a somatén entre las huestes levantiscas, blancas o azules, rojas o negras; y recordemos también, finalmente, que los más obligados a demostrar que en España queda aún alguien que sabe hacer las cosas con la cabeza y no con los pies, somos los intelectuales, porque, bajo este concepto, tan digno juzgamos a Menéndez Pelayo como a Galdós, prescindiendo de toda filiación política y religiosa, y solo debe quedar reducida la cuestión a una actitud de noble dignidad y de respeto para el nombre que primero haya sonado. ¿No está más alto Menéndez Pelayo que Echegaray como intelectualidad? Indisputablemente. Sin embargo, ni a los neos ni a los que no lo son se les ocurrió dar el espectáculo que ahora estamos dando. Un espectáculo bochornoso, en que los inmarcesibles laureles de la cultura están [pendientes de]³⁷ unas cuantas firmas [*Abril 4*].

³⁷ Ilegible.



LA CUESTIÓN PALPITANTE³⁸

Los conflictos entre el Capital y el Trabajo se acentúan de día en día; pero el triunfo, el triunfo definitivo será del último. En el consejo trascendental de Marx: «Trabajadores de todos los países, uníos», está la clave de todas las victorias del proletariado.

Dentro del socialismo colectivista, la huelga, como lo declaró el Congreso de Bruselas, no es más que un medio transitorio de combate, pero no de emancipación. La asociación profesional es la que constituye el elemento más poderoso de organización y facilita el camino para la reivindicación de todos los derechos sociales y económicos por los que el proletariado contiene.

El actual espíritu de aproximación de las masas obreras es admirable. Los sucesos últimos, ocurridos con motivo de la «huelga negra» en Inglaterra, no son más que un corolario inevitable de aquel manifiesto de los obreros ingleses que poco más tarde, en 28 de Septiembre de 1864, había de reunir en «St. Martin's Hall», en Londres, a los obreros de todas las naciones.

La situación económica exige, indiscutiblemente, una metodización científica. No es humano hacer del trabajo, fuente principal de creación y de transformación de la riqueza, una tan sórdida explotación como la que del mismo viene haciendo el capital. Hay en la

³⁸ *Excelsior*, Puerto de la Cruz, 11-04-1902, p. 1.

vida necesidades comunes que están por encima de toda especialización de clases. No es una lucha de odios, bien mirado, lo que presenciemos. Es un grito de restitución el que cunde por todas partes pidiendo lo que es necesario para la vida a los que se niegan a concederlo.

En el Congreso de París, en 1889, se pronunciaron estas palabras, que son un canto de esperanza y una vibrante profecía: «El día que el proletariado de todos los pueblos cultos se organice definitivamente, constituirá un poder con el que habrá que contar no solo en las cuestiones económicas sino también en las cuestiones sociales... El porvenir pertenece a los obreros; pertenece a la democracia socialista». Y es verdad. Ahí está el ejemplo a que ya hemos aludido; ahí está la Gran Bretaña, el país de mayor estabilidad social, conmovida hasta sus raíces más profundas por ese colosal movimiento de las masas mineras, secundado en todas las demás naciones del Continente y al que el Gobierno británico ha prestado toda la deferente y escrupulosa atención que presta a un enfermo un médico observador y amante del prójimo.

La persistencia del problema reclama una atención constante y una amplitud de buena voluntad sin enconos. Pensar en la represión violenta es lo mismo que si nos empeñáramos en reducir, por compresión, grandes núcleos de pólvora. Todo lo que vive está sujeto a renovaciones y transformaciones inevitables, y el problema socialista no es un valor moral o intelectual aislado, es toda una suma de valores integrales que afecta a la humanidad y que vive en ella con la doble vida del cuerpo y del espíritu [*Abril 11*].



PÁGINA DE DOLOR.

ESTRADA PÉREZ³⁹

Es una impresión intensa, honda, hondísima... No sabemos donde empieza ni donde concluye, por que se sale de nosotros, nos domina, nos ahoga; es superior a nuestra vitalidad sensorial y desborda de nuestro ser, en el que se origina y al que sin embargo abandona para hacer de sí misma una concepción espiritual que simbolice primero la sorpresa expectante, luego la angustia ascendente y dolorosa, y por último el abatimiento irreparable, la pena indecible, el máximo dolor, en fin, ante una desgracia que es una realidad brutal, por que llena el vaso de hieles y amarguras de una familia desolada, ciega a cercen el amplio y luminoso destino de una naturaleza joven y gallarda, y pone en el porvenir intelectual de toda una región la inesperada oscuridad de un eclipse con la desaparición irremediable de un sol naciente que había de alumbrar muchos horizontes...

Ha muerto nuestro joven amigo Joaquín Estrada y Pérez, y su muerte ha repercutido en nosotros como una violencia, como un atentado trágico a la Juventud y a la Esperanza, agredidas en la plenitud del vigor creciente y del ensueño, cada vez más bello y más alucinador.

³⁹ *Excelsior*, Puerto de la Cruz, 25-04-1912, p. 1.

¿Qué ha sido un suicidio? ¿Y qué? Es el hecho de la muerte y no las causas de la misma —sagrado sobre el que levantamos un respeto inviolable— lo que en esta ocasión va prestando alas de luto y de dolor a nuestras ideas.

Morir no es nada; pero lo es todo cuando con el hecho de morir se extingue una vida que encerraba la sorpresa de muchas victorias. Morir, cuando solo se muere para la familia, es siempre una triste y desconcertante mala partida que se fragua impasible o tormentosamente en el misterio de nuestra ley vital; pero cuando se muere para alguien más, cuando uno deja de ser para otros, para los que en la consustancialidad del pensamiento y del espíritu sienten converger sus existencias a una sola existencia harmónica y triunfante, porque en la misma encuentran el refugio de todas las energías que no han acertado a moldear y que el escritor artista les devuelve bajo formas ideales, entonces la muerte, a más de un hecho aislado y doloroso, se convierte en una violación de dispersos valores colectivos. No es que surja una gradación de dolores, lo que sería irreverente; pero concluye para muchos espíritus la voz que agitaba en ellos las dormidas visiones que les eran amables y familiares.

Estrada Pérez, aquel temperamento relampagueante, aquel niño-ciudadano de veinte años que arrastraba tras sí las multitudes como nadie lo ha logrado en Canarias después del nunca bien llorado Pulido, y cuya pluma podría considerarse como un meteoro de estío, entró a saco en la vida cual uno de aquellos bellos conquistadores de la antigüedad que ante nada se detienen por que han aprendido el secreto de todas las audacias y de todas las dominaciones. Y de estas hoy añoradas certidumbres, emerge nuestro más inconsolable desespero, nuestra más sombría meditación frente a la muerte del joven amigo y vibrante escritor: ver que ha desaparecido de improviso, crudamente, del fondo de esta vida a cuyas cúspides se había encastrado con acentos de precursor y noble donaire de caudillo de las futuras batallas del porvenir isleño [*Por la Redacción Guillón Barrús*].



LOS MÚSICOS DEL *TITANIC*⁴⁰

Todo ha sido grande en esa catástrofe homérica del más colosal de los trasatlánticos, todo, hasta la paz religiosa y solemne de las aguas en el momento del responso definitivo...

La prosa y el verso han hecho del horrible siniestro una página moderna de heroísmo que nada tiene que envidiar a las antiguas heroicidades consagradas por el Arte. El hundimiento del *Titanic* perdurará en la memoria de los tiempos como una apoteosis a la energía y al sentido de humanidad de una raza y de un siglo en el que, como en una selva formidable y extraña, florecen y se entrelazan los más diversos y heterogéneos sentimientos.

Pero de toda esa catástrofe, de toda esa sublime monstruosidad del naufragio, emerge con una bizarría sentimental inenarrable, el gesto de esos músicos del *Titanic*, procurando en la hora fatal de la agonía próxima sustraer el espíritu de todos los tripulantes —y el de ellos mismos— a las angustias deprimentes del miedo. El *Rule Britannia*, en aquellas aguas del Atlántico amortecidas por los hielos de Groenlandia y del Spitzberg, debió henchir la paz lúgubre del espacio con la emoción de un salmo de David entonado por héroes.

Nada más intensamente admirable y resignado que esa resolución de los músicos del trasatlántico sin ventura. Su bizarría supera a la

⁴⁰ *Excelsior*, Puerto de la Cruz, 4-05-1912, p. 1.

bizarría del telegrafista que al pie del aparato Marconi demandaba socorro para todos. Penetrando hasta la filosofía íntima de los móviles humanos, podría pensarse que aquel empleado del *Titanic*, mientras no abandonara su puesto, confiaba interesadamente en las bienhechoras consecuencias de su mediación, sin la que toda demanda de socorro hubiera sido, para él en primer término, un pensamiento sin esperanza alguna de transmisión; pero no así los músicos infelices, que en un altruismo espiritual magnífico anteponían a la reflexión de la propia agonía la reflexión de la agonía ajena.

Despertar en los demás la dignidad del postrer adiós, sobreponerse al personal instinto de conservación y olvidar un momento el desastre propio, inminente, para que los que nos rodean aprendan a morir, es de una fuerza moral que excede a toda ponderación. Y eso lo han hecho unos músicos anónimos, unos cuantos artistas asalariados que han pasado a la eternidad con una sonrisa heroica y sobre cuya gloria tenemos el deber de inclinarnos con reverencia de corazones tocados de alta humanidad.



1913

ELECTRA
HOMENAJE A GALDÓS⁴¹

Desde varios años atrás no se ha vuelto a representar en Santa Cruz de Tenerife *Electra*, de Galdós. Hoy, transcurridos esos años, Matilde Moreno, la incommensurable actriz que estrenó y creo prodigiosamente *Electra*, vuelve a presentarla ante el público tinerfeño, ávido de gustar el simbolismo intenso que palpita en la obra, su grandiosidad teatral, su concepción portentosa, su gallarda rebeldía que hace otear el triunfo de una vida plena, sana y libre.

D. Benito Pérez Galdós

He aquí algunos juicios breves acerca de *Electra* y de Galdós, que publicamos como homenaje al maestro y que ahora juzgamos de una gran actualidad, al mismo tiempo que han de servir de preparación para aquellos que esta noche vayan a gustar la obra por primera vez:

⁴¹ «Esta noche en Novedades. *Electra*. Homenaje a Galdós», en *El Progreso*, Santa Cruz de Tenerife, 11-11-1913, p. 2.

Electra, de Galdós, ha hecho que los intelectuales se dividieran en dos bandos. El uno ha visto en la obra la cuestión que fue de actualidad puesta al servicio de la explotación mercantil; el otro, por el contrario, dando un puntapié de desprecio a los sicofantas del maestro de la novela castellana, ha proclamado que *Electra* es la encarnación viva, el germen vigoroso de una sociedad que recobra la conciencia de sí misma y pide luz, ambiente sano, ideas risueñas y amor de vida.

Contra el necio convencionalismo de lo caduco y de lo que atrofia las energías vitales, preponderando, hemos oído la voz rotunda de la existencia y de la fecundidad, siempre libres y siempre portadoras de la esperanza en el porvenir.

¿Hemos de prestar aquiescencia a los que tratan de falsear el luminoso simbolismo del drama de Galdós? No. Sus juicios dogmáticos y estrechos son la resudada podredumbre del jesuitismo absorbente, que aspira a desvirtuar con retoricismo escolástico las enseñanzas que en sí reproducen Máximo y *Electra*, las dos figuras preeminentes del drama galdosiano.

Por otra parte, es ridículo, absurdo, revela una gran dosis de cretinismo cerebral, el suponer que *Electra*, por condensar un periodo de morbosidad político-social, claudica contra los preceptos estéticos del arte por el arte. ¡Riámonos! A este paso, siguiendo la hueca fanfarria de los neo-intelectuales, habríamos de pronunciamos contra los preclaros maestros del arte clásico. Eurípides y Aristófanes, videntes de la triste decadencia del espíritu helénico, ha tiempo que hubieran muerto para la posteridad en el mero hecho de haber puesto su genio al servicio de un ideal de redención. Esto no ha sucedido, ni puede suceder cuando es el alma de un pueblo quien demanda por medio del Arte su libertad y su vida. — *Guillón Barrús*⁴².

⁴² Siguen a continuación otros fragmentos de Ramiro de Maeztu, Rafael Ginard de la Rosa, Pío Baroja, Benito Pérez Armas y *Ángel Guerra*.



1914

VENUS Y LA HARPÍA⁴³

De nada ha valido la actitud preventiva de los pintores en Londres, ni la de los fervientes partidarios del arte de la Pintura. Contra la antipática y grosera modalidad que viene afectando la acción de propaganda de las sufragistas inglesas. Una de estas harpías contemporáneas, en su furor vandálico —y fíense ustedes de la pudibundez y meliflua compostura de la educación británica—, ha destrozado con insidia judaica el lienzo de la «Venus ante el espejo», la obra maravillosa en que Velázquez perpetúa y condensa el sentimiento de la coquetería discreta, de la gracia, de la voluptuosidad y del encanto plástico, innato en la mujer.

Si de antemano se presumía por los devotos del Arte, y les preocupaba la posibilidad de un atentado tan insólito como estúpido, ¿por qué no se ha evitado el acuchillamiento del lienzo incomparable? Resulta verdaderamente incomprensible que en un país donde la perspicacia disciplinaria de la función gubernamental gravita sin las inadvertencias de los territorios latinos, ocurran desmanes semejantes.

⁴³ «Al vuelo. Venus y la harpía», en *La Prensa*, Santa Cruz de Tenerife, 2-04-1914, p. 1.

El de la galería nacional de Londres no tiene precedentes, ni es de esperar que tenga reincidencias análogas.

¿Qué aberración de sectaria ha podido agriar la voluntad de esa sufragista, que más que tal parece una harpía desatada en un desabrimiento agresivo contra una obra de alta belleza y de un valor artístico inestimable? La Gorgona londinense debe de ser —como si la estuviéramos viendo— fea e insensitiva, física y moralmente hablando. Sería pueril, sin embargo, aventurar que el despecho de su falta de atractivos, ha despertado en ella esos odios del sexo que añora los encantos de que le privara la naturaleza y la ha puesto en el vértice de una monomanía contra la belleza, y que ese despecho, por un fenómeno de complicación psíquica y mental, se ha exteriorizado en una forma contumaz e hiperestésica, contra una concepción del genio humano que simboliza, en su noble sentido estético, la ley específica en la esfera social, histórica y fisiológica de la mujer; pero no lo sería pensar que de todos los motivos posibles, el único disculpable sería el de ese hipotético síntoma de vesania.

El caso es de un fanatismo virulento y repulsivo. Como una furia con enaguas, la sufragista que ha menoscabado la obra de Velázquez se nos revela sin educación emotiva, sin finura sentimental, sin delicadezas espirituales ni mentales de ningún género. Nosotros hubiéramos ideado, para castigar su audacia de pindonguera, una penitencia de aquelarre: la hubiéramos obligado a cabalgar una escoba, y como a una endemoniada estéril para toda vida de ensueño y de emoción, la habríamos exhibido a la rechifla mundana entre el hervor nocturno de Picadilly. ¡Qué tipo de endriago aborrecido para un capricho exótico de Goya!

No son como las demás las sufragistas inglesas. Sus compañeras del Continente, a pesar del espíritu de propaganda que las anima, no están privadas, como parece que lo están aquéllas, de esa impresionabilidad sensorial que es como la nota persistente y normal de la herencia femenina. A las sufragistas de Albión les falta espíritu ascendente y vibratorio, les sobra ordinariez de procedimientos doctrinarios, y aunque piensen con anhelos de emancipación y puedan tener alguna cultura, el ámbito de sus inteligencias parece estar repleto de la áspera y deslustrada visión geométrica de un cerebro calvinista.



Oficien de excitantes de la vida británica, como los «mix pickles», las sufragistas; pero no está bien que les dé por un «iconoclatismo» de nueva índole, porque si en lo futuro ha de ser la mujer distinta de cómo ha sido y como es, déjesenos, a los inadaptables al cambio, la libertad de contemplarla en la exquisita supremacía con que el Arte, salvándola de vulgares innovaciones, depura cuanto tiende a romper el sentido de su feminidad.

1915

HOMENAJE A RODRÍGUEZ FIGUEROA⁴⁴

A continuación, tenemos el gusto de insertar los dos brillantísimos discursos leídos por los Sres. Don Luis Rodríguez Figueroa y D. Hipólito González Rebollar, en el homenaje que, en honor del primero, tuvo lugar en el Jardín Botánico, el domingo último, y del cual hacemos una sucinta reseña en otro lugar del presente número. Dichos notables trabajos han sido transcritos íntegros del original leído por aquéllos.

El Sr. Rodríguez Figueroa:

Amigos míos: tal grado de afecto y de enaltecimiento contiene este acto de vosotros para mí, que si del lado de la sensibilidad me conmueve sincera y hondamente, no menos me abruma y pone en el trance de significaros, desde el punto de vista del entendimiento, la lección de estímulo y de renovación que en él a mi juicio se exterioriza.

⁴⁴ «Del homenaje a Rodríguez Figueroa», en *Vida Moderna*, La Orotava, 20-05-1915, pp. 1-2.



No puedo ni quiero —quererlo sería desmedido orgullo o insólita descortesía— evadirme a este testimonio de agasajo que me ofrecéis y de honor inmerecido que me dispensáis; y por que ambas cosas sacuden a la vez toda la intimidad de mi espíritu y levantan el vuelo de todas mis ideas, es indispensable, para que no quede frustrada la permanencia de mi reconocimiento, que mis palabras os vayan al encuentro en la efusión cordial, serena y para siempre imborrable de unas cuartillas, sin precipitarse en el calenturiento o febril tumulto de un brindis fugaz y cumplimentero, ni desparramarse en el repentismo de un discurso incoherente y prolijo.

Ni lo uno ni lo otro, si además tenéis en cuenta que en mí la predisposición al verbalismo oratorio no cristaliza cuando yo quiero, sino cuando el pensamiento y la palabra, por fenómeno psico-físico que todavía no he logrado desentrañar, se suman por combinación extraña y fructífera a súbitos y favorables estados concurrentes de otras fuerzas o actividades heterogéneas de mi unidad vital o sensible. Y ante la incertidumbre de entregar en la improvisación de un discurso —que previamente estudiado jamás podría pronunciar— a un destino aleatorio todo lo que siento y pienso por lo que el acto en sí compendia, ha nacido mi resolución de confiar la esencia y la virtualidad de lo que he de decir a este procedimiento llano, ingenuo y cuasi familiar —y en familia espiritual estamos ahora— de las cuartillas.

Repúgneme el circunloquio, el eufemismo y la gazmoñería en el pensar y en el decir, y por refractario a ello, paréceme que huelga la fraseología al uso para haceros comprender lo arraigado que quedará desde hoy, en mí, el reconocimiento a todos los que, con su presencia o su adhesión, han respondido a la iniciativa de los promovedores —para quienes declaro la más viva y ejemplar gratitud— de esta fraternal explosión de sentimientos estimatorios y de voluntades adeptas. Y no siendo menester insistir —ello sería ofensa para vuestra intuición del estado interior de mi ánimo—, séame concedido descargarme de lo que bajo el aspecto del entendimiento tiene el acto de abrumador, y me exige preguntar a todos vosotros, no por que finja ignorarlo, sino por que así interesa la enlace de las ideas: ¿se me festeja por la agradable impresión que ha señalado en todos el reducido número de unas páginas de novela, urdida y desenvuelta toda ella bajo el apre-

mio de una perentoriedad desconcertante? ¿Y por qué, señores, un acto de tal magnitud para mí solo, que dentro de la intelectualidad insular solo represento el exponente de un diletantismo artístico-literario fervoroso?... Hacedme la gracia, amigos promovedores de este acto, por la que puedan mi voluntad y mi corazón, y también mi fraternidad mental, trasladar la significación y el valor alegórico que en aquél se condensan, a todos mis compañeros de pluma —muchos de ellos aquí presente— en ese escarceo primaveral de las otras once plumas que en unión de la mía concurrieron a pergeñar *Máxima Culpa*⁴⁵, sin la pretensión de hacer una novela en la acepción total y literaria del término preceptivo, sino con el propósito, altísimo y acendrado, de despertar nuestra propia pereza mental y la del Archipiélago en un sacudimiento de novedad y de renovación de la ramplonería ambiente, de este bostezar constante frente a la cotidiana e insoportable —atrofiadora osaría llamarla— sucesión de las mismas y vulgares emociones. No otra razón de origen hizo concebir a mi amigo y entrañable compañero Leoncio Rodríguez, a quien cabe el honor de haber operado una transformación trascendente e inequívoca en el periodismo isleño; no otra razón, repito, determinó la concepción y desenvolvimiento de *Máxima Culpa*, fruto de temperamentos jóvenes y fuertes, devotos del florecimiento cultural de nuestras Islas Afortunadas, que lo son más por el nombre y los dones de la Naturaleza, que por la difusión de ese santo espíritu de curiosidad intelectual y de idealidad

⁴⁵ Se trata del capítulo XII (pp. 169-195) y último de la novela a escote de este título, que se publicó por entregas en *La Prensa* de Santa Cruz de Tenerife y, poco después, se editó en forma de libro, con prólogo de Antonio Zerolo, que está datado en abril de 1915. Intervinieron Benito Pérez Armas, Ildefonso Maffiotte, Diego Crosa, Domingo Manrique, Juan Franchy, Leoncio Rodríguez, R. Gil Roldán, Guillermo Perra, Manuel Verdugo, Emilio Calzadilla, «Carlos Cruz» y, finalmente, el propio Luis Rodríguez Figueroa, que firma con su seudónimo más conocido. La participación de nuestro personaje constituyó, sin duda, un broche de oro que contribuyó al éxito de la novela y motivó el homenaje del que estamos tratando. Existe edición reciente de esta novela, en Editorial Leoncio Rodríguez-Editora de Temas Canarios, Barcelona, 2001, en dos tomos, en la serie conmemorativa de la «Biblioteca Canaria», coordinada por Manuel de Paz Sánchez.



estética que necesitan practicar todos los pueblos celosos de la elevación y depuración de sus facultades superiores.

La vida no es solo un contenido de bajos menesteres y relaciones funcionales más o menos mecánicas; la vida, señores, debe ser desenvuelta en formas ascendentes, en expansiones cromáticas y multiformes, como un árbol que se alimenta de la tierra y se endereza ingenuo hacia la luz del sol —que es para él como la vida espiritual— con la ansiedad lírica y pomposa de su fronda desbordante. Y por que así entendemos la vida los que de ella sacamos todos los valores de belleza y de poesía para acaudalar incesantemente el tesoro de nuestra emotividad artística, es por lo que yo, sacerdote escrupuloso de mis ansias de formas elevadas y nobles, me recojo al sagrado asilo de vuestro estímulo —que este es por encima de cualquier otro la enseñanza de este acto—, y os abro mi espíritu como abre su inocencia un adolescente bajo la espontaneidad del halago paternal. Por lo demás, señores, estas deferencias vuestras me sugieren el símbolo de la primera ocasión en que al niño mimado de la casa se le sienta a la cabeza de los demás miembros de la familia, sólo para que se habitúe a discurrir sobre las graves y complejas responsabilidades que le aguardan tras el porvenir recóndito, y porque, burla burlando, se amaestre y aleccione para los ministerios que le puedan estar reservados en la cooperación familiar, y dentro del círculo social en que sus unidades individuales se desenvuelven.

Confieso, sin reserva ni reboso alguno, que me habéis impreso una mayor plenitud de afán cultural para mi inteligencia y de más vehemente empeño por todas las cosas que dan a la vida esa elevación, ese crecimiento ascensional, sereno y consciente de nosotros mismos y que antes indicaba; pero más que esto, que por ser un estímulo lo recojo con el egoísmo y la ansiedad —siempre humanos— del que recibe una comunión fecunda, habéis revelado —y ello es lo importante y lo que yo anoto con despego absoluto de mi persona— que la sensibilidad del país despierta para algo más que ese trillado afanar de la existencia vegetativa y sin sensaciones agudas y vivificantes. Precisa reconocer, señores, que en Canarias, como en otras muchas partes que se le asemejan, no sabemos o no queremos vivir de un modo alternativo, sino igual y uniforme, nuestra vida, esta vida

transitoria que si algún valor tiene es el de las aspiraciones, idealidades y ensueños con que la enriquecemos. Y para vivirla con las exigencias de nuestra doble naturaleza, sin engaño ni mixtificaciones indignas, recogiendo toda la sustancia del aforismo latino, *in medio virtus*, hemos de afirmar ahora y para siempre, que todos los que han recibido enseñanzas más o menos rudimentarias, como puntos de cohesión intermedios, realizan con actos de esta índole obra de renovación espiritual del país, en cuanto sirven para hacer patente que a determinados núcleos integrantes del mismo ha llegado el fenómeno reflejo de aquel modo con que yo entiendo —y conmigo todos los que sienten el Arte y la Belleza— que debe ser desenvuelta la vida. Todo estriba, indudablemente, en la sensibilidad interior, en la que está la base fundamental de la ideología de un pueblo, integrado por lo predominante en la mayoría de sus individuos; pero no se llega jamás a descubrir el yacimiento virgen de nosotros mismos, y a depurararlo, si no nos ponemos en contacto y nos dejamos influir, impregnar por todas las energías y manifestaciones representativas y que llevan en sí algo del contenido de las formas superiores e ideales de nuestra existencia: la curiosidad estética, en una palabra.

Sí, señores, el deseo de las cosas bellas y artísticas, ya se diversifique hacia la Literatura, la Pintura, la Escultura, la Música o cualesquiera otra de las clasificaciones adoptadas para las diversas actividades, o bien se dirija directamente a las fuentes universales y eternas, el mundo y la vida, es el instrumento más poderoso de la primavera constante de nuestro espíritu. Ese deseo, fenómeno embrionario y hasta contradictorio, si se quiere, en los salvajes, lo he reputado, desde que he podido discernir la complejidad del concepto, como el mayor revulsivo y movilizador de nuestras inclinaciones superiores.

Con esto que os digo no tengo la pretensión de definir nada, ni menos profundizar en el tema, que da para discurrir varios días, y que apenas esbozo para poner mis palabras en relación con los motivos del acto; pero sí puedo y debo pretender de vosotros que hagáis del sentimiento de la belleza el más caro talismán preservador y a la vez motor de la actividad y serenidad de vuestro espíritu. Ese sentimiento, ya actúe por la impresión de unas páginas de novela, o por otra causa eficiente, sea de orden humano o natural, agranda, ensancha los



horizontes de nuestra visualidad interna, y, sobre todo, señores, realiza el soberano milagro de hermanar y aproximar a los hombres en un culto unánime. Todo lo que de él arranca suma en vez de dividir.

Lucha enconada suele ser la Política, lucha de vértigos desencadenados es la Religión, lucha, y no siempre fecunda, es la Ciencia, que lo mismo investiga para el bien que para el mal, lucha también, y por lo general tétrica y sangrienta, surge del complicado mecanismo que rige la Economía social... ¿qué no es lucha en este mundo, amigos míos?... Los momentos actuales, de expectación, de fuego, de miseria social y de sangre dan resuelto el enunciado. Sólo la Belleza, esa gran fuente de emociones puras, que está en la vida, en la Naturaleza y en las producciones superiores de la inteligencia y del arte humanos, tiene el magno prestigio de no encender la discordia entre los hombres sino de hacerles coincidir en la espontaneidad de un sentimiento consustancial a todos, eterno y luminoso como el halo despertador de la Aurora.

* * *

El Sr. González Rebollar:

Señores y amigos:

Yo necesitaba este ambiente de cordialidad, de inteligencia, de comprensión, de comprensión sobre todo, amigos míos, porque la más lacerante de las torturas es la de vivir con pensamientos altos entre las beocias incapaces de llevar al alma el consuelo eucarístico de la compenetración espiritual.

Por eso cuando supe que un grupo de jóvenes de los que saben comprender —y lo prueba este acto— preparaban un homenaje a Rodríguez Figueroa, reclamé un puesto en este altar de la amistad y de la admiración, como le hubiera reclamado ayer, en el que los mismos sentimientos —siempre generosos— levantaron en la hermosa capital de la isla hermana a ese otro prócer de la inteligencia y del arte que se llama González Díaz, cuya maravillosa elocuencia hablada y escrita, cuya exquisitez y hondura de pensamiento pregoné en-

tusiasta y rendido cuantas veces tuve la felicidad de acercarme a las creaciones de su cerebro.

Rodríguez Figueroa: Al poco tiempo de sentar mi planta en este hogar, que no voy a llamar hospitalario —yo no miento nunca por lisonja—, llegó a mis oídos el rumor de cadencias rítmicas y de prosas rebosantes de otro ritmo interno, fuerte y sugeridor, que daba la sensación de una liturgia en que los más hondos fermentos pasionales en avatar de humanidades primitivas, rimasen con las maneras más exquisitas del verbo en supremacías de cultura, para la exaltación de una personalidad de vigoroso contorno, como estatua labrada por artífice que imprimiese la huella del espíritu en el triunfo de la forma.

¿Quién es, inquirí entonces, el escritor que así camina en trayectoria de fama nacional? Y la contestación ha sido una paradoja: Un abogado. ¿Un abogado de la clase de honorarios, platónico de las leyes, como lo son en España casi todos los no analfabetos?, avizoré curioso y sorprendido. Y la respuesta aumentó mi confusión y consolidó mi fe en misteriosas taumaturgias: «No, señor, se me ha dicho. Es un abogado en ejercicio, un técnico de la legalidad, un hierofante de la diosa Themis que maneja tan a la perfección los instrumentos de esta técnica, aún en las fórmulas atávicas curialescas en que vive aherrojada todavía, como aquél otro de las altas idealidades con el que cautivó su admiración en aquellos versos y aquellas prosas de pasión y de ensueño».

Secreta afinidad y simpatía me llevó desde entonces a Rodríguez Figueroa en quien se retrataba el «caso» de mi vida desquiciada; pero aquí triunfante en victoria de fortísimo maridaje de paradoja.

Recuerdo aquel poeta ciego Rodríguez Pinilla, íntimo de Unamuno y director de un diario de Salamanca, cuando en aquellas tierras consagradas por una prodigiosa génesis nacional, vivíamos en íntima comunión de espiritualidades. Rodríguez Pinilla daba cuenta en su periódico de una conferencia sobre literatura salmantina contemporánea, leída por mí en uno de los círculos intelectuales de la vieja Ciudad; y al hacerlo, me presentaba a su público como un «desterrado de las letras» que siente a todas horas la nostalgia de sus amores. Así Figueroa; pero más afortunado que yo, por obra de su propio esfuerzo. Rodríguez Figueroa aherrojado también en el prosaísmo de



la técnica jurídica, que no será un arte próspero —como lo es la crítica histórica, por ejemplo— mientras no logremos despojarla de su atávico carácter curialesco, Rodríguez Figueroa es también un desterrado, que ha sabido crearse un oasis de patria. Desde ese oasis de marfil y esmeralda, morada de encanto para sus ensoñaciones de poeta, ofrenda a diario a la diosa el sacrificio de una cópula ritual, y emerge, bañado en luz, con el fruto sagrado de una página, de un poema, de una creación reveladora y cálida.

Tal es, señores, a vuestros ojos y a los míos, el soñador del eterno inmanente sueño de justicia, el poeta, el novelista, el orador, el técnico de todas las artes de la palabra, el escultor exquisito de su propia vida, como no hace muchos días he tenido el placer inmenso de saludarle en humilde afectuosísima dedicatoria, y me complazco en repetir ante sus admiradores, con devoción acrecentada.

Yo no sé si este homenaje fue sugerido por la vibración reciente, intensa y duradera de esa maravilla de capítulo de novela que puso digno remate a la obra en que, al conjuro de un estímulo genial, colaboraron las más altas representaciones de la intelectualidad tinerfeña. Alarde vigoroso de la fortísima tonalidad de vuestro cerebro, esa novela; en ella he visto, complacido —porque a mí, señores, como a mi egregio paisano Campoamor, la admiración me quita el sueño—, triunfar una técnica viril que yace soterrada en abismos de apatía y falta de ese espíritu regional que yo tantas veces, pensando en vuestro engrandecimiento, eché de menos. Esa novela, vuelvo a decir, es para el mundo una revelación y para vosotros una sentencia que os obliga a perseverar.

Hay que hacer Región, os digo, con ella a la vista; porque vosotros podéis hacerla, como pudieron los catalanes, por procesos auto-creadores y no por expedientes de mendicidad ante un poder lejano, displicente y olvidadizo.

Yo leía con admiración y asombro el primero de los capítulos, en que Pérez Armas, el político de mis grandes simpatías, a quien quiero y me propongo convertir en un artista de idealidades patrióticas, en vez de un cacique vulgar a que le llaman las sollicitaciones del ambiente; en que Pérez Armas, digo, me mostraba una faceta brillante de su polimorfa personalidad, ofreciendo, con arte insuperable, a sus

continuadores, las variadas perspectivas del devenir de una psicología de pasión y de dolor, que tuvo en esos colaboradores (a quienes no cito aquí individualmente, por no prolongar este relato; pero que todos merecen mis sinceros plácemes), que tuvo, digo, en ellos unos intérpretes amorosos, en quienes no se sabe si admirar más el arte puesto por cada uno en el plasma de la concepción, o la unidad misteriosa con que se compenetraron en el pensamiento germinal.

Y ahora dos palabras para terminar. Me apena, conociendo la potencia de vuestro cerebro, veros entregados a la tutela de míseros caciques, que pretenden dotaros, por esas artes de mendicidad, de ese Centro universitario, *Alma Mater* de la Región, que vosotros, y solo vosotros, habéis de crear, y cuyo reconocimiento oficial habéis de imponer, por los métodos que, hace ya cuatro años, os he insinuado desde alguna tribuna prestigiosa. Haced región, señores, vosotros que podéis. Cread una literatura, un arte, un teatro, una política vuestros, con fuertes aduanas contra la imbecilidad de todos los órdenes que trata de imponerseos desde el Centro. Cread la célula social, núcleo fuerte y genético de la futura España. Hacedos oír como artistas y como forjadores de dinamismo social. Imponeos a las prácticas de atavismos que someten vuestro placer artístico al menguado gusto o al interés de un cómico o de una empresa; y vuestra santa libertad municipal al gesto grotesco de un cacique. Orientad vuestra política, vuestra economía, vuestras técnicas, vuestra enseñanza hacia esa modernísima visión sindicalista que lleva en su entraña, con la resurrección transfigurada del espíritu gremial, el germen de la nueva posición del mundo allende la guerra.

Y nada más. Mucho os he cansado; y no pueden tener en este recinto y en esta ocasión desarrollo suficiente las ideas que, abusando de vuestras bondades, quise dejar, como una sugestión en este ambiente de cordialidad tan propicio a las generosas acogidas.



1916

**PRÓLOGO⁴⁶ A *TENERIFE, IMPRESIONES
Y COMENTARIOS. VULGARIZACIONES Y LEYENDAS*
DE LEONCIO RODRÍGUEZ**

Comienzo este prólogo desconfiadamente, poniendo en tela de juicio la eficacia de mi propósito y sólo por no desdeñar (¡oh, «vanitas») el honor de complacer a quien, hermano en letras, me señala para que haga su presentación literaria al público isleño y rompa con algunos comentarios el silencio en la vanguardia de este libro.

Debo anticipar al que leyere la causa de mi titubeo. Túrbame la idea de mi inhabilidad para menester de tanto comprometimiento. Este desbarajuste nervioso y esta atrabiliaria afección de mi organismo, que hace algunos meses estuvo a punto de liquidarme de un soplo, me han dejado un profundo desgaste vital, y, como consecuencia, la función del pensamiento no sabe todavía responder a la de la voluntad con diáfana y precisa trayectoria, sino de un modo fatigoso y deshilvanado.

⁴⁶ Santa Cruz de Tenerife, 1916, pp. V-XIV.

Y como un prólogo obliga a diversas y complejas disquisiciones, para las que es indispensable, sobre todo en libros tan poliformes como el presente, una labor de estudio y documentación previos que no me permiten con toda amplitud mis achaques, de ahí el recelo que mi propia decisión me inspira.

* * *

No necesita Leoncio Rodríguez que nadie sea su presentero ante el público insular. El diario *La Prensa*, que en la vida intelectual de Canarias representa el exponente más alto y mesurado, constituye para él una ejecutoria de distinción cultural, a cuyo elogio podrían concurrir, sin resabios de humillación alguna, todos los adjetivos que más elevan el decoro y la nobleza de nuestra lengua.

Ni antes ni ahora, por otro que el autor de este libro, ha sido cultivado el periodismo local con éxito más halagüeño ni con más palin-génica eficacia.

Este publicista del momento, tan reposado y de tan atrayente compostura, es aquel mismo «Luis Roger» con quien hace doce o quince años contendiera en algunas ocasiones, poniendo de parte y parte moceril arrebató y punzante retórica. Escritor de sana cepa ayer como hoy, su estilo sin embargo ha ganado con el tiempo en claridad y asentamiento, al par que el concepto se ha hecho jugoso y la frase ha tomado ese aspecto sereno de la belleza dórica, sin impertinencias llamativas ni rebuscamientos trabajosos.

Poco más o menos creo que sea esta la misión del prologuista: relatar sus impresiones en orden a la obra y a su autor como hombre de letras, o, en otros términos, quizá más propios y más de acuerdo con la definición del Diccionario de la Academia Española: «dar noticia al lector del fin de aquella o para hacerle alguna otra advertencia».

Cierro este paréntesis y sigo, procurando ajustarme al precepto académico, si bien me complace declarar que no soy de temperamento adecuado para soportar, con todo rigor, las reglas de nuestros clásicos cancerberos del idioma.

* * *



Nació Leoncio Rodríguez a la vida del periodismo, y por ende del cultivo de las letras, en un momento de preparación modificadora. Fue en aquel periodo de incubación y de parto en que algunos adolescentes hoy tal vez más allá de la juventud y por aquel tiempo poco orgullosos del destino que nos estaba confiado —nos lanzamos a decir en prosas breves y labradas con anhelo estético cosas que en Canarias no habían dicho ni cultivado jamás nuestros predecesores—. Hablase en aquel tiempo, con asombro de los apegados a la rutina y a los patrones del viejo régimen, de que era preciso imponer un cambio radical de vida a nuestro país, y que urgía, para el porvenir del Archipiélago, acabar con las rastrerías de la política al uso, haciendo ascender el espíritu colectivo a una esfera de amplitud y de sosiego más edificante y benefactor. Y esta buena nueva —lo era entre nosotros— fue predicada sin fórmulas ni latiguillos desacreditados, sino con primaveral briosidad, insinuando en la desamparada psicología de las masas el movimiento reivindicatorio de sí mismas, y sugiriéndolas, por el prestigio y cordialidad de nuestros propósitos, el espectáculo de una futura reconstrucción insular y el desdoblamiento de la personalidad cívica por la consciente y metódica dirección de los intereses comunales.

En aquella atmósfera de renovación, de concordia bulliciosa y de desinteresada confraternidad mental, fueron porta-vozes de exaltación periódicos y revistas como *Las Efemérides*, *Gente Nueva*, *La Palestra* (fundada por el que escribe estas líneas), *España*, *La Atlántida*, *La Luz*, *El Museo Canario* y no sé si algún otro. Al calor de aquellos entusiasmos moldeó y templó Leoncio Rodríguez su temperamento, y de aquel ciclo de transición, como periodistas netos, sólo se destacarán afirmando la característica de esta idiosincrasia literaria dos figuras altamente estimables: la de aquél y la del andariego y batallador Cabrera Díaz.

Representa hoy el joven director de *La Prensa* toda la concentración ecuaníme de nuestra actuación de aquella época. Él recogió y encarnó en sí, descartadas las peculiaridades de cada uno, el espíritu eclécticamente progresivo e innovador de las primeras voces de propaganda lanzadas por Pérez Armas, Franchy y Roca, *Ángel Guerra*, Suárez y González-Corvo, González Díaz, Delgado Barreto, Cabrera y Calero y un servidor de ustedes. La actuación de este grupo fue rápida, transito-

ria, impulsiva y hasta incoherente, si se quiere; pero produjo evidentemente la sacudida de muchas voluntades y despertó la ambición directriz de las inteligencias más adiestradas, preparando de soslayo la opinión pública para la comprensión de destinos y horizontes aún no revelados, y encauzando por conductos adecuados los valores integrantes de la ciudadanía insular. En una palabra, el sentimiento de la región quiso revivir y revivió en una síntesis consistente el ideal de su situación geográfica, de su origen étnico, de su representación histórica, de su fuerza social y de su capacidad política.

Y tras un largo interregno de estancamiento, casi marchitos los laureles de algunas jornadas fecundas, pero insuficientes para consolidar las posiciones fundamentales, aparece este libro que es como una trasudación de aquel sentimiento, palpitante aún, del alma de la región tinerfeña. El patriotismo insular de Leoncio Rodríguez despierta con sus páginas un noble y hondo sentimiento de autoctonía. Su labor, en cierto modo análoga a la del erudito periodista Ricardo Fuente en su interesante libro *Vulgarizaciones históricas*, ha recogido la dispersa ideología regional y ha impreso un movimiento de ascensión al espíritu colectivo. A pesar de la aparente disociación de sus elementos, palpita y se desprende de él una esencia única: el de la vitalidad de la región tinerfeña, ponderada y exaltada con acendrado sentimiento de devoción. El esfuerzo reconstructivo de todas las formas insulares revive y perpetúa toda nuestra sensibilidad, moldeando en una obra de múltiples facetas y tonalidades la vida representativa de un pueblo aislado en las soledades del Atlántico por largo tiempo, pero incorporado desde hace algunas centurias a las corrientes generatrices y renovadoras en que se entrecruzan todos los grandes destinos de las razas que hemos convenido llamar civilizadas.

* * *

Es admirable el fenómeno prismático de nuestra insignificancia territorial por un lado, y por otro el de nuestro relieve étnico, histórico, moral, político y artístico. Lo que fuimos, lo que somos y lo que queremos ser está latente en las páginas para que escribo estos mal urdidos comentarios. Desde el choque de las dos razas, la conquistadora



y la sometida al dominio del conquistador, hasta el deslinde reciente de las dos fuerzas políticas que se venían disputando la dirección de los intereses insulares, se reasume en este libro toda la psicología del país y todo el conjunto de sus excelencias plásticas. El pasado, el presente y lo que puede y debe ser el porvenir de Tenerife: he aquí los puntos céntricos en torno de los cuales ha ido tejiendo Leoncio Rodríguez una urdimbre cromática y transparente. Los caracteres distintivos de la región, sus paisajes, sus bellezas, su abolengo intelectual, su vida literaria, sus intereses, sus problemas locales, su actuación ciudadana, sus empresas económicas, sus pequeñas y típicas industrias, sus elementos docentes, sus tradiciones, sus instituciones históricas, su movimiento estadístico, su agricultura, sus fiestas características, sus pasiones, sus luchas... Lo que es sangre, nervios y espíritu de un pueblo se hace presente y comprensible a todo el sistema de nuestra curiosidad receptiva, delineándose Tenerife a nuestros ojos en una visión renovada y sorprendente.

La pluma del periodista y la del literato son aquí como dos hermanas gemelas que no es posible distinguir. Ambas han puesto en la miscelánea interesante del texto nerviosas vibraciones del momento e imágenes retrospectivas de tiempos pretéritos. En el desfile kaleidoscópico del contenido de este libro, por encima de cualquiera otras síntesis más o menos incidentales, una voz de estímulo, de resurgimiento y de afirmación de personalidad habla por toda el área de nuestro Archipiélago, para el que puede y merece ser como el vértice luminoso de un reflector espiritual.

No será en balde para nuestra nativa contextura la aparición de esta nueva obra. Nos pone de relieve la entidad propia sugiriéndonos el prurito de una autocontemplación, no por involuntaria menos provechosa. Desenvuelve todas las energías conscientes y nos obliga a afirmar y robustecer de un modo inequívoco el sentido de todos los valores peculiares. Por fenómeno de introspección convertiremos la lectura de sus páginas en dinámica motriz de nuestra voluntad para el presente y para el futuro.

La actualidad del país, si no de un revulsivo, necesita por lo menos de que se modifiquen ciertos estados viciosos de su constitución que todavía entorpecen su actividad libérrima y que impiden el de-

senvolvimiento integral de sus aspiraciones. Y esto ha de ser obra de nuestras costumbres políticas.

No sería justo desconocer que éstas tuvieron un periodo de renovación loable y provechoso, pero estamos todavía a mitad del camino. Parecen desterrados aquellos espectáculos del viejo caciquismo, en que algunos de nuestros políticos, despojados de todo recato, sugerían el cuadro repugnante de aquellas prostitutas que salían a pasearse en camisa por algunas calles de La Habana durante el período de nuestra dominación colonial. Subsiste la convicción de cierto agrio malestar. El contenido de nuestra vida parece haber petrificado con todas las fatales consecuencias de un dogma indestructible. «Hoy como ayer, mañana como hoy, y siempre igual». Sustancialmente no cabe decir otra cosa, aunque quede reconocido lo de la renovación loable que sólo afecta a la forma, pero no al contenido de la vida pública. Esta sigue siendo un mito. La atmósfera moral del país es un compuesto de artificios líricos. Al escribir: «palabras... palabras... palabras...» ignoraba Shakespeare que su clarividencia de genio nos anticipaba todo el resultado de un análisis en la despectiva ironía dramática de Hamlet.

¡Cuántas energías hemos agotado en el torneo estéril, a veces innoble, de nuestra diaria bullanguería política! El panorama grotesco de un verbalismo inagotable subraya la existencia isleña. Nos domina el hábito de la greguería, y parodiando a los grandes parlanchines del parlamentarismo nacional, no hemos hecho más que aburrir a la mitad del país y ensordecir o aturdir a la otra media, que más o menos es lo mismo que ocurre por la Metrópoli. Las palabras, como las máscaras en el torbellino de una fiesta, engañan al más pintado, y los hechos, cuando llegan, es ya demasiado tarde o llegan sin toda la eficacia apetecible, viciados en sus mismas raíces por un determinismo odioso y ancestral.



Será preciso decir con el escritor italiano Juan Bovio⁴⁷, que «no es tiempo de gritar, sino de ver y de escuchar: cuando el genio de una nación está enervado, o extraviado o amodorrado, los efectos, tanto en el pensamiento como en la acción, no pueden llevar señales de grandeza». Y aplicando la sequedad clínica de estas palabras al territorio isleño, habrá que convenir que viene como a pedir de boca, porque es indudable que nuestro enervamiento y nuestro extravío persisten con menos gravedad que antes, pero con la virtualidad indispensable para romper la solidaridad de la acción popular y del esfuerzo cívico.

Y lo que el país necesita es eso: hacer solidarias todas sus energías, descoagular la savia de su espíritu para imprimir a todas las cosas el sello de grandeza de las personalidades inconfundibles.

Un libro que con elementos heterogéneos como el de Leoncio Rodríguez estimula el sentimiento regional con un cierto aspecto de amplitud panorámica, viene a solicitar muy a punto la curiosidad y la atención de nuestra gente. Su lectura repartirá una y múltiple el alma de Tenerife, y servirá para que todos meditemos con reposada e inquebrantable firmeza en no obscurecer ni retrasar el engrandecimiento del solar propio con disputas estériles, ni con las ridículas bambollerías del personalismo que hincha nuestro ambiente político [Febrero 10 - 1916].

⁴⁷ Pensador italiano (1841-1910), profesor de Filosofía del Derecho en la Universidad de Nápoles, partidario de la teoría del «republicanismo social» y anarquizante. Declaró que «el Dios de la masonería es una reliquia arqueológica, una engañosa pantalla y un expediente político».

1917

**CONFERENCIA SOBRE RENOVACIÓN
DE LA POLÍTICA INSULAR⁴⁸**

Palabras del presidente del Ateneo,
Sr. Cabrera Cruz

Ha iniciado el Ateneo —señoras y señores— esta serie de conferencias, que hoy inaugura D. Luis Rodríguez Figueroa, por entender que, frente al hondo movimiento renovador que se viene desarrollando en España, Canarias no debe permanecer indiferente o, mejor dicho, Canarias no puede continuar encauzando sus energías por los viejos derroteros que, como hemos visto, no son, precisamente, los que conducen al engrandecimiento y a la prosperidad.

Es necesario, a nuestro juicio, incorporarnos a esa obra renovadora, haciendo que las palpitaciones insulares rimen con las más vigo-

⁴⁸ Ateneo de La Laguna. 1ª Conferencia sobre renovación de la política insular. La expuso el 23 de diciembre de 1917 D. Luis Rodríguez-Figueroa, con prólogo inaugural del Presidente D. Domingo Cabrera Cruz, Imp. de Suc. de M. Curbelo, La Laguna. Este texto fue recogido por Carlos Aguiar García (ed.): Luis Rodríguez Figueroa. Del regionalismo a la revolución, Ediciones Idea, Santa Cruz de Tenerife, 2008, pp. 105-139.



rosas palpitaciones de la nación, que nuestros anhelos se unan a los anhelos de las regiones más capacitadas de la Península y que la política isleña tenga, en suma, un ideal para que él nos haga dignos y fuertes. Lo peor que puede suceder a un pueblo es carecer de un ideal que ennoblezca sus luchas, que serene sus contiendas, que dignifique su vida, que levante su espíritu y tranquilice su conciencia, porque ese pueblo sería entonces, no el pueblo dormido de los profetas, sino el pueblo entumido de los ilotas. Que así como no hay religión sin evangelio, no hay pueblo libre sin ideal.

Y nosotros tan enzarzados estamos en nuestros antagonismos caceros, en nuestras rencillas personales, en nuestros odios de partido y en nuestras intransigencias de secta, que no queremos ver cómo el pueblo pierde la fe, porque los rabinos han roto el evangelio y los hombres públicos han roto el ideal.

Al hacer nosotros, ahora, un llamamiento a todas aquellas personalidades que representan un estado de opinión en nuestro país, para que nos digan cuál es LA ORIENTACIÓN POLÍTICA MÁS BENEFICIOSA A LOS INTERESES ISLEÑOS EN ESTA OBRA DE RECONSTRUCCIÓN NACIONAL, lo hemos hecho obedeciendo sólo a un impulso ideológico, libres de todo interés, limpios de todo prejuicio. Hemos llamado lo mismo a los directores de las izquierdas más radicales que a los de las más tradicionales derechas. A todos hemos preguntado sincera y honradamente: ¿Qué pensáis de este momento en que parece derrumbarse el carcomido tinglado de la vieja farsa y en el cual se exterioriza enérgicamente la necesidad de nuevos valores y de nuevos procedimientos? Ya que tanto se habla de regeneración, ya que tanto se habla de renovación, ¿nosotros —pregunta el Ateneo— tan inmaculados, tan satisfechos, tan progresivamente vivimos que no necesitamos regenerarnos, ni renovarnos? ¿No reza con Canarias esta crisis de hombres y de ideas? ¿De tal modo pasó por ella que no dejó ni una inquietud, ni una zozobra?

Éstas son, señores políticos, nuestras preguntas. Si tenéis una idea salvadora, exponedla; si tenéis un pensamiento, decidlo, que esa pública exposición de vuestro programa, sería garantía de que, desde vuestra esfera, habrías de ejecutarlo.

Interésame manifestar que, si por de pronto, sólo hemos invitado para estas conferencias a los jefes de nuestros partidos políticos, ha sido porque, dada la fuerza que representan, a ellos toca no solamente exponer, sino realizar. Luego haremos extensivo nuestro llamamiento a personalidades de diferentes esferas de nuestra vida regional. Quedando, por otra parte, abierta esta tribuna con el más amplio criterio para todo aquel que tenga una nueva ruta, un nuevo camino que señalar a los intereses isleños. Varios son —no sólo de Tenerife sino también de alguna isla hermana— los que nos han ofrecido su valioso concurso y su palabra autorizada para esta obra.

El Ateneo de La Laguna ha promovido esta campaña, tan brillantemente secundada por nuestro ilustre colega tinerfeño, removiendo la entraña misma de la tierra canaria, para que de ella surja radiante y esplendoroso un porvenir limpio de miserias y pasiones, en el que el patriotismo no sea una palabra hueca, vacía, sino la recia afirmación de nuestros ideales regionales. Y, convencidos de que no basta decir tenemos región, sino que precisa hacer región y que la médula de toda región es su literatura, nosotros queremos hacer, pretendemos hacer arte regional y para ello proyectamos un Certamen con el fin de premiar obras eminentemente regionales, que sean los jalones de una verdadera literatura isleña.

Disculpadme que haya contenido vuestra impaciencia por conocer la obra que la compleja mentalidad de Rodríguez Figueroa os ofrece. De este exquisito poeta que ha sabido embellecer las luchas de la política con la aureola de la poesía y del arte, purificándolas en su fecundo trato con las pródigas y sonrientes musas.

CONFERENCIA DEL SR. RODRÍGUEZ FIGUEROA

I

Señoras y señores:

Modestamente, con la mayor modestia que sea concebible, estamos en esta tribuna del Ateneo. ¿Qué soluciones de carácter político



podemos ofrecer a ese concurso de voluntades que con tanta virilidad patriótica se proponen buscar la orientación más beneficiosa a los intereses tinerfeños dentro de la obra común de reconstrucción nacional? Desde tiempo ha fue ésta perseguida por hombres tan ilustres como el Conde de Aranda, Florida-blanca y Jovellanos; más tarde predicada por patricios como Pi y Margall y Costa, y en estos días lanzada al dominio de la circulación, tras graves y luctuosos acontecimientos, por la súbita intervención de la clase militar, mediante las Juntas de defensa; por la gallarda y consciente decisión de la Asamblea de parlamentarios, y por la inquieta y apremiante actitud del Proletariado, hecha verbo reivindicador en el manifiesto del Comité de la Huelga, única víctima propiciatoria sobre la que descargara su iracundia vengativa el Gobierno palaciego y repulsivo de Dato y Sánchez-Guerra, tan dignamente calificado de faccioso por los miembros de aquella Asamblea.

Ni por nuestra significación mental, limitadísima, ni por nuestro apartamiento —hijo de íntima repugnancia— de la esfera de actividad de la política imperante, nos creemos con la necesaria autoridad para trazar pautas que requieren, por otra parte, una previa y sólida documentación, de que en verdad estamos ayunos. Y es más ardua todavía la situación nuestra, atendida esta prioridad, tan poco envidiable como indefectible, en que nos coloca la designación del presidente de este centro, el culto y cordialísimo amigo D. Domingo Cabrera, al correr el escalafón y pasar desde el diputado a Cortes D. Tomás Salazar —que según parece había de iniciar estas conferencias y que por motivos que no nos incumben ha dejado de hacerlo—, hasta el que ahora, con notoria incompetencia, tiene el honor de discurrir ante vosotros.

El tema anunciado por el Ateneo nos parece tan vario y complicado dentro de su misma unidad esquemática, que no sabemos por dónde empezar.

La política —a la que tantos son refractarios por el encanallamiento a que prácticamente ha llegado— se ofrece desde remotos tiempos a la consideración de los hombres como un instrumento de vida y gobierno de las sociedades iniciadas en los primeros rudimentos del Derecho. Sólo cuando éste encarna en formas de algún interés y de origen nacional, se acentúan, diversifican y se hacen más complejas

las relaciones de los varios grupos sociales que constituyen en el orden de la historia los diferentes pueblos cuyas civilizaciones han llegado hasta nosotros, informando bajo distintos conceptos y de varias maneras la unidad constitutiva de las generaciones actuales.

Y es desde entonces cuando aparece lo que los tratadistas llaman arte político, el cual consiste, según el señor Santamaría de Paredes, por no ir más lejos, en la aplicación de las ciencias a la vida del Estado por medio de hechos conformes a su naturaleza. La amplitud de ese arte, que como veis es ciencia también, abarca por tanto todo el Derecho público.

Bien sabemos que esta disquisición se aleja de la línea escueta señalada por el Ateneo; pero entendemos que el pensamiento, por su naturaleza abstracta, no se somete nunca, cuando actúa en un círculo de ideas determinadas, al repudio de las que están más lejos por el dominio de las más próximas, sino que por un fenómeno de poligamia mental quiere poseerlas a todas sin preterición alguna. De aquí la asociación de ideas, merced a la cual la inteligencia de la Humanidad es como un océano cuyas riberas llegan hasta la eternidad.

Lo que acabamos de decir servirá para dar la explicación de por qué nos arriesgamos a entrar en la esfera de las generalizaciones previas, discurriendo acerca de extremos que si no integran la cuestión de que debemos tratar, tienen con ella, por lo menos, la afinidad más indeleble.

La depuración, la concepción y el ejercicio práctico de las reglas y medidas adoptadas para regir los intereses materiales y encauzar el movimiento moral de las fuerzas colectivas y sociales, ha venido en el transcurso del tiempo, bajo las influencias múltiples del medio ambiente y de las dominantes bajo el aspecto étnico, fijando y refundiendo, de un modo reflexivo y metódico, todo ese sistema de fórmulas esenciales que actualmente regularizan la vida y organización de los pueblos civilizados. Lograr el *máximum* de bienestar público, garantizar con celosa e inquebrantable dignidad la convivencia de los ciudadanos, y atender solícitamente el desarrollo de las energías comunes, favoreciendo a la vez la actuación de las individuales en lo compatible con aquellas, impidiendo así mismo toda violación o



desconocimiento de unas y otras: he aquí lo que entendemos por política en la acepción virtual de la palabra.

Su concepto histórico ha dependido de la idiosincrasia característica de cada país. Fue teocrática y arbitrada en los pueblos orientales; eminentemente civil y popular en la antigua Grecia; de fuerza y de sagacidad en Roma, la de los grandes políticos en la práctica; de feudalismo, de señorío y de irresponsabilidad y pillaje en la Edad Media; de absolutismo y de privilegio posteriormente, y constitucional, reflexiva y solidaria en la actualidad. Para nosotros toda la política, la verdadera política, dejando a un lado la época de lucha entre la aristocracia y el poder real, sin definitiva influencia del estado llano, está en Platón y Aristóteles, en Montesquieu y Juan Jacobo Rousseau. Descartamos a Luis XIV y Maquiavelo, porque ninguno de ellos transmitió a la posteridad la más ligera vibración de sentido ético. Fue el primero una hueca personificación de las falsas supremacías de la Corona, y sólo merece el segundo la consideración de un pirata hábil y culto, disfrazado de estadista. A pesar de su espíritu de observación y de su examen de la realidad, facilitó los excesos de la tiranía, haciéndose responsable de no pocos crímenes políticos. Para él, el fin justificaba todos los medios. Vulgarizó la política; pero también la llenó de ignominia, y esa rama del Derecho público, sin moral y sin norma jurídica, no es más que una peligrosa potestad discrecional.

Lo hemos dicho con anterioridad. La política es ciencia y es arte. Hasta nosotros, que vivimos y respiramos el aliento vivificador de las democracias, ha llegado la belleza utópica e ideológica de la nobilísima concepción platoniana, y la admirable y maciza construcción experimental en que el método y el análisis aristotélico fundieran con un colosal trabajo enciclopédico toda la sabiduría del Paganismo. «La República» y «La política» de un lado, y de otro «El espíritu de las leyes» y el «Contrato social», son a nuestro entender las cuatro bases fundamentales de toda la investigación moderna para el mejor acierto en la elaboración de los métodos políticos.

Ningún campo tan vasto ni de tantas perspectivas como éste que examinamos a grandes rasgos, porque un estudio más fundamental y minucioso habría de requerir, no una, sino muchas conferencias, pues hay materia copiosa para discurrir muy honda y extensamente.

Nos basta, empero, señalar estas líneas de conjunto para marcar con los rasgos de origen la solución de continuidad de este trabajo.

II

Será oportuno remontarnos, como hace la etiología médica en las enfermedades, al punto de nuestra vida política insular que mejor nos explique y determine el origen próximo de la situación presente, aunque pueda parecer lejano en la esfera del tiempo. Nada es debido al acaso en la decadencia de ciertas costumbres, sino al encadenamiento vicioso de los hábitos que las engendran, creando así un determinismo progresivo y corruptor.

Imposible explicarnos la vergonzosa etapa política por que atraviesa en general la provincia de Canarias, sino teniendo en cuenta también que es un reflujo de la que afecta a la nación entera. Pero como hay estados morbosos cuya continuidad depende más de deficiencias higiénicas propias que del contacto indispensable u obligado con los afectos de algún mal, parecemos cuestión de firmeza volitiva, en lo que a esta isla de Tenerife concierne, el desembarazarnos de esa inflamación molesta que tortura nuestra existencia pública y que no reconoce otra causa que el abuso de la política.

¿Cómo ha sido antes de ahora la política insular? No alcanza tan lejos nuestra memoria —nutrida apenas de referencias en todo lo que no se contrae a tiempos recientes— como para explicar un curso rigurosamente cronológico y detallista de historia de la política en Tenerife; pero como el pasado siempre tiene algún interés en cuanto puede conducirnos a la mejor explicación del presente, creemos de oportunidad recordar, siquiera sea fragmentariamente, los episodios más culminantes y distintivos a los fines de esta conferencia.

Con D. Feliciano Pérez-Zamora, hijo del país, adquiere la política un carácter marcadamente personal, y fija el caciquismo síntomas de creciente perturbación en la vida de los pueblos. Es por el año de 1854. Imperan entonces los llamados progresistas. Espartero, duque de la Victoria, figura como jefe del Gabinete. Dulce y O'Donnell han conspirado en pro de las ideas liberales, como conspirarán más tarde Figueras y Ruiz Zorrilla a favor del ideal republicano. Cánovas ha



escrito el célebre manifiesto de Manzanares, que firmara el conde de Lucena. Es moderado o ultraconservador y carlista el elemento aristocrático. Narváez representa la antítesis de Espartero. La propaganda de los progresistas lleva a las Cortes al señor Pérez-Zamora, hombre de gran olfato político a creer anécdotas que ya nadie recuerda y que el señor Cañamaque recoge en un libro en que se ocupa de los oradores del 69. Duró la actuación de aquél unos 28 o 30 años. Por octubre del 69 le aludía un diario de Madrid, *La Reforma*, en los términos siguientes:

... Progresista exaltado, y casi demagogo en 1854; unionista en 1856, y a quien después se vio cobrando de los ministros más reaccionarios, y votando por consecuencia con ellos; ministerial, en una palabra, de todos los ministerios [¿no estamos viendo algo parecido en la actualidad, con algunos políticos, cuya única diferencia es la de no ser diputados a Cortes?] ya fuesen presididos por O'Donnell, por Miraflores o por Arrazola, sin perjuicio de volver a todos ellos la espalda la víspera de su caída: jugada que, si alguna vez no le salió bien, en cambio en otras varias ocasiones no hubo de salirle del todo mal.

En esos tiempos, y siendo González-Bravo jefe del Gobierno, se destaca políticamente en nuestro país, como autoridad, una figura llena de energía y acreedora a todos los respetos: don Alonso del Hoyo, moderado, hombre de ilustración y de tacto, muy amigo que fue del inolvidable Villalba Hervás, no obstante figurar en campos opuestos. Gobernador en el periodo que precedió a la Revolución del 68, y declarado el estado de sitio en la Península a causa de los trabajos revolucionarios, no permitió que tal declaración se hiciera extensiva a Canarias, por no llenar la medida objeto alguno, llegando hasta el extremo de enemistarse ruidosamente con la primera autoridad militar, y resistiéndose con entereza a adoptar providencias excepcionales contra las personas. Este espíritu de comprensión y de prudencia gubernativa (que para cuando pueda ofrecerse recomendamos a los gobernadores de escasa visión política que, como el fracasado señor Bores y Romero, suele enviarnos el Poder central), concurría de tal modo en don Alonso del Hoyo, que fuera notoria injusticia no

eximirle de la condenación que merece el periodo comprendido bajo la influencia de don Feliciano Pérez-Zamora.

También hubo corazones de excepción que mantuvieron vivo un sentimiento de dignidad colectiva en medio de las borrascosas agitaciones que precedieron a los sucesos de la Revolución de Septiembre: el doctor don Pedro J. Vergara, don José Suárez-Guerra, don Darío Cullen, don Bernabé Rodríguez, don Emilio Serra, don Juan La-Roche, el Marqués de la Florida, don Fernando Viejobueno, Villalba-Hervás y algunos otros, son nombres que consagran la santidad de los desvelos patrióticos.

Con las luchas entre republicanos y demócratas, que empiezan en la época del señor Pérez-Zamora, contra los llamados a la sazón «calamares», descuella como *leader* de las ideas avanzadas el Marqués de la Florida, en quien puede decirse que tuvo la política del país momentos de vibración, de desinterés y de entusiasmo por el ideal. Al lado de este caudillo, que evolucionó hacia la república federal, estuvo don Esteban Salazar, conde del Valle de Salazar, que más tarde había de retroceder hacia el partido conservador.

Descartando la labor del Marqués de la Florida y de los que en torno del mismo combatieron, no encierra el tiempo anterior más que vulgaridad e insuficiencia. En tesis general, cabe reproducir, con relación a Tenerife, estas palabras del señor Villalba-Hervás, cuya ponderada inteligencia les da una irrecusable autoridad:

Las dictaduras locales se habían apoderado de los destinos del país so pretexto de dirigirlos por la senda de su mayor desenvolvimiento, pero en realidad para explotar la cosa pública en provecho de determinadas individualidades las personas habían sustituido a los principios.

Poco más o menos es lo mismo que ocurre hoy, como en lo sucesivo tendremos ocasión de repetirlo.

La política de negocios, la que se utiliza no para el progreso de los intereses públicos sino en beneficio de los propios y de los paniaguados, arraiga con don Juan Cumella, que por el 72 o el 74, si no estamos mal informados, aparece al lado de don Feliciano Pérez-Zamora. Fue aquélla una política mercantil, por decirlo así. Al Ayuntamiento iban



los dependientes de los comerciantes, y éstos se quedaban en sus casas para aprovechar los beneficios y eximirse de las responsabilidades.

Los pueblos, indiferentes o embrutecidos por los hábitos del caciquismo, permanecían bajo la influencia de una soñarrera inacabable. Todo muerto: la actividad de los municipios, los estímulos de la ciudadanía, los anhelos de progreso colectivo, el espíritu de renovación, el ansia de formas superiores. ¿Qué hallamos de todo esto? Nada, nada. Un vacío vergonzoso y desconsolador. Había disciplina, pero era la del látigo.

Nos vamos acercando a estos tiempos, a las primeras estacadas en que ya han visto nuestros propios ojos el ir y venir de las figuras del retablo. Es por el año 93, si no hemos sufrido equívoco en la fecha. Era a la sazón traicionado por los suyos don Feliciano Pérez Zamora. Ya habían figurado y seguían figurando aquellos paladines de la causa pública que se llamaron Azcárate y Pulido. A Cumella sucede don Martín Rodríguez, de menos talento político, pero de más cultura, y él y el conde del Valle de Salazar son los que rigen el partido conservador, mientras los liberales, sin gran empuje ni relieve, giran alrededor de Domínguez Alfonso y se agrupan bajo la jefatura de don Lorenzo García del Castillo. Sigue imperando, a pesar de todo, la misma vacuidad, la misma falta de alteza de miras, los mismos rutinarismos, idénticas manipulaciones infecundas para el desenvolvimiento progresivo de la región. Una gran parte de la crónica escandalosa de esta fecha se apelmaza en las columnas de aquellos libelos procaces y nauseabundos como una materia descompuesta: *El Abejón*, de Cumella y *La Abeja*, encarnación de un grupo político que tenía su asiento en esta bella ciudad de los Adelantados. Tan bajo había caído el sentido moral, que se hablaba a los Jurados para que condenasen, como hoy se les catequiza para que absuelvan. Y váyase lo uno por lo otro.

Signe un pequeño lapso híbrido, enfermizo, sin consistencia, hasta que en el desmayo y estancamiento de nuestra política aparece un hombre combativo y de arrestos tenaces. Al principio no despierta suspicacias ni recelos; casi no tiene enemigos: a lo sumo, el conde del Valle de Salazar y los Villafuerte de Garachico. En el oportunismo y acomodamiento transitorio de este corto interregno, es elegido diputado a Cortes un abogado de reputación y una persona de simpatía

as indiscutibles: don Agustín Rodríguez Pérez, que va al Parlamento apoyado por el señor Bethencourt y por don Juan Febles. ¿Recordáis algo saliente, algo que señale en la vitalidad insular un momento de satisfacción, de trascendencia, de progreso político o de saludable influencia en las costumbres públicas? Nosotros, si hubo de todo esto —y quisiéramos que alguien nos lo señalase— no lo recordamos.

La política de don Francisco Bethencourt Montesdeoca se caracteriza por un predominante sistema de favor sin medida en pro de los adeptos, y por una despiadada persecución, a rajatabla, de los adversarios. Y hubo una ciega, atropellada sumisión de gentes en torno de aquel hombre batallador, amigo de sus amigos, que se imaginó por un momento el monopolio de todas las energías del país, y que indudablemente casi llega a obtenerlo; pero esa etapa era la fermentación de los que se iniciaban en el propósito de lograr granjerías, de los pedigüeños, de los necesitados de una influencia circunstancial, y de los que nunca habían podido satisfacer el ansia de las dictaduras rurales subalternas. Tiempos de tumultuosa ebriedad de poder, de privanza y de extinción de las nobles virtudes del sufragio merced a las tentaciones de una oferta o de una promesa.

No era posible que perdurase una situación contraria al equilibrio ético-social de la región tinerfeña. Frente al hombre de lucha, perseverante y fuerte de la política partidista, que representó Bethencourt Montesdeoca, pero que no supo desenvolver con amplitud constructiva ni selectiva tampoco, comienza a planear escaramuzas levantiscas un joven de viva mentalidad y de encrespada palabra demoledora: es Benito Pérez Armas. Paulatina, pero tenazmente, con la constancia de quien acarrea el material para la casa que ha de servirle de albergue, dotado de una gran fuerza de atracción personal, va difundiendo el áspero incentivo de una insurrección de los espíritus.

Trazamos una síntesis comprensiva, sin pararnos a examinar accidentes ni aspectos supletorios: por esto prescindimos de abrir paréntesis, en que el análisis microscópico revelaría curiosas minuciosidades. No perseguimos otro objeto que el de restablecer el valor anatómico de nuestro organismo insular en la esfera de la política y señalar la consistencia, el vigor y el estado patológico de las vísceras más importantes.



Por agosto de 1907 escribía el diario *La Opinión*:

Queremos ayudar a una obra de pacificación de los espíritus, de que Canarias está muy necesitada, por el bien de la provincia, por el bien del Archipiélago.

Aquí, le que hace falta es justicia: aquí, lo que sobra es caciquismo.

Tras las primeras insinuaciones de rebeldía, sintomáticas del malestar de muchos, fue cundiendo, por zonas de prolongación, el afán de un cambio de postura, y lo que en una gran parte no era inquietud ni daño propios, fue convirtiéndose, por esa ley admirable que propaga el contagio de los romanticismos gallardos y libertadores, en preocupación imperiosa y obsesionante de la opinión pública. Corresponde a Pérez Armas, verbo el más enardecedor y fustigante de la cruzada, el laurel de aquella victoria; pero también tiene sobre sí la gran responsabilidad de no haber sabido impedir que se marchitara.

Esa victoria cristalizó en la explosión fulmínea y vibrante de «Unión Patriótica». Movimiento ideal, en los primeros momentos, fuerza de gran expansión, que expugnó de sus últimos baluartes a los que venían habituados al dominio insólito de las voluntades muertas para el ejercicio de la independencia moral, tuvo una gran virtualidad: la de la lucha, la de dar movimiento al organismo insular, entonces, como ahora, anquilosado. Aparte de esto, no trajo nada ventajoso para Tenerife; no hizo más que preparar una sustitución de personas y afirmar el terreno para el *statu quo* de los actuales cacicatos. Quiso ser una renovación, y no ha sido más que una algarada pretenciosa, sin verdadera sustancia interna, sin cimentación inmovible ni sinceridad directriz.

¿*Quare causa?* Escrutadora, ávida de penetración surge el ansia interrogativa. Todo ha sido un fenómeno de psicología funcional. El proceder de nuestros políticos activos acusa una versatilidad acomodaticia, un maquiavelismo inferior y tortuoso, sin supremacías ascendentes, sino lleno de resquicios angulares y de acentos circunflejos.

Los conductores de los grupos que mangonean, en lugar de pronunciarse en planos de intensidad renovadora, lo que hacen es repetirse con desconcertante y suicida mediatización. El móvil interior de

cada actividad se produce más como una operación doméstica que como un vuelo del espíritu. No hay sello ni timbre alguno de altivez y generosidad para refrendar los actos públicos. La personalidad individual de cada político se chafa en las gurruminas vergonzosas de las camarillas intrigantes; y se humilla y deslustra en las complacencias injustas y perjudiciales del capricho o del interés de los corifeos. Y esta deplorable constitución psíquica de los políticos de Tenerife, bajo el matiz que ahora esbozamos, pudiera compendiarse en la frase altamente expresiva de un elevado poeta de esta nobilísima ciudad, significativa de que esos políticos carecen «de lado izquierdo».

III

La historia se repite. Reaparecen, con más ignominia aún, aquellos funestos espectáculos del caciquismo retardatario y denigrante. Las representaciones actuales de los bandos políticos monárquicos han llegado al máximo desgaste. En toda su gestión, dentro y fuera de la isla, no hay un solo acto de amplia y sólida trascendencia orgánica para la misma.

Reciente está el sordo y espinoso movimiento de hostilidad entre las fuerzas conservadoras acaudilladas por el señor Domínguez Ramos, y las liberales prietistas (antes romanonistas) de Pérez Armas, unidas a la fracción *soi dissant* conservadora del joven don Martín Rodríguez y Díaz-Llanos. La maniobra de conexión y de aglutinación de los monárquicos mauristas con los datistas, ha puesto de manifiesto, últimamente, el cáncer abominable que corroe las entrañas de unos y otros. Por la disgregación de elementos, como el cuerpo por disociación de sus tejidos, sólo se llega a la muerte. Y es ésta la que se cierne en torno de todos ellos, porque el país se va cansando de una feria grotesca donde sólo priva la charlatanería y el cambalache.

No existe verdadera cohesión de elementos, porque las diversas fracciones de liberales y conservadores se detestan entre sí, mediando por otra parte contraposición de intereses y sentimientos personales. De aquí la más fácil inteligencia, por ejemplo, del señor Domínguez Ramos para Pérez Armas, que de éste para el precario y actual represen-



tante de los liberales de Romanones, D. Pedro Schwartz y Matos, hombre de valía indiscutible, pero también de enconada impopularidad.

Queda, pues, reducida toda esa pluralidad a un pandillaje des-acreditado, que sólo tiene por ideología dos ritualidades inmutables: una impaciente y mal disimulada codicia personal, por la cual viene a ser la política activa un cálculo *sui generis* para obtener y afianzar prebendas y remuneraciones oficiales, y una violencia escandalosa y constante de los resortes de la Justicia y de la Administración para favorecer a los secuaces, y coadyuvantes de posición social y de fortuna, en los litigios contra los desprovistos de toda suerte de influencias, lo mismo que para acallar el vocerío de las taifas hambrientas y pordioseras del presupuesto y la burocracia.

¿Qué labor de trascendencia, uniforme y persistente, puede desenvolver bajo tales auspicios en las Cortes nuestra representación parlamentaria? Árbol que tiene enfermas las raíces malogra generalmente todos sus frutos. Esta corriente manida y fangosa de la vida política de Tenerife se extravasa por todas las ramificaciones que la conectan con el Poder central, desnaturalizando por consiguiente las mejores disposiciones del mismo en beneficio de los intereses insulares, pues la noción de éstos, cuando llega a las altas esferas, es a través de la interpretación de semejante política, que por regla general los presenta del lado que más conviene a la finalidad del partido.

El retorno, mejor dicho, la supervivencia de las mismas rutinas, de iguales procedimientos, de idénticas transgresiones de la conciencia cívica del país, proclama la incapacidad de los partidos turnantes en su vida política y aconseja que se les disuelva y licencie como a jenízaros indisciplinados y perturbadores. Y no lo decimos nosotros, que poca o ninguna autoridad tenemos para elevar a la categoría de artículo de fe una conclusión tan explícita: lo dicen en todas partes gentes a quienes no puede negarse discernimiento y facultad de observación. No lo oye el que se encierra en su casa o sólo se pone en contacto con sus íntimos; pero es voz de los cuatro vientos que se difunde por la calle, por los centros de cultura y de recreo, por los teatros, por los cafés, por las tertulias de trastienda, por el ámbito, en fin, donde la vida social tiene regular y constante flujo y reflujos de marea humana.

Se ha vuelto a las fórmulas de astucia y de artificio, informadas por el interés personal e inmediato de los directores de la política y sus más próximos colaboradores. El elemento regresivo retoña, y con él los vicios y corruptelas tradicionales y vituperables. Las oficinas administrativas, los organismos de justicia, los centros de servicios públicos facultativos, las corporaciones municipales y provinciales; en una palabra, los órganos todos que recogen, elaboran, transforman y reparten los elementos más esenciales y favorables a la libre expansión de los pueblos conscientes y progresivos, vuelven a sentir el agobio nepotista, mixtificador y disolvente del mangoneo.

Completando esta intolerable y dolorosa decadencia, óyese en todos los labios una voz despectiva y de protesta contra esa institución, la del Cabildo insular, que debería ser el exponente más alto de la representación ciudadana de Tenerife, y que sin embargo tiene ya sobre sí el santo y seña de la censura pública y del desprestigio. ¿Por qué? ¿Cómo es posible que un organismo semejante, creado por la Ley de 11 de julio de 1912, carezca de todo arraigo colectivo? Se explica fácilmente. Lo que ayer tuvo origen en el despertar del entusiasmo reivindicatorio de un pueblo, ha dejado de ser el santuario fundado para custodiar la santidad de un *Habeas corpus* salvador e inviolable, y se ha convertido —recuérdese, si no, la reciente jornada del Cabildo, del día 21— en trinchera de ciertas conveniencias políticas y en fortín de algunos electoreros, para quienes las reglas que garantizan el derecho de sufragio tienen valor mientras se puedan aplicar en sentido del interés propio o de partido y carecen de él si se invocan para el extraño.

Derivación lógica de lo expuesto es esa desconfianza de todos hacia el absurdo sistema predominante en nuestras costumbres políticas. El espíritu colectivo, mal avenido con la actuación de quienes no han sabido responder al ideal de otro tiempo, ni han puesto en práctica fórmulas nuevas de amplitud y de sinceridad, se ha recogido en sí mismo para reflexionar honda y largamente. Ve de cerca el mal, palpa la realidad funesta y revive en su seno el ímpetu del que se resiste a todo vasallaje.

Como en tiempos de «Unión Patriótica» que en un principio fue sincera y luego interesada y tortuosa reivindicación del país, vuelve



ahora a sentirse la necesidad imperiosa de recabar el libre ejercicio de nuestra actuación cívica, y de desenmascarar a los hipócritas para que no se convierta en artículo de fe eso de que todos los males nuestros dependen de la Península, cuando en realidad somos nosotros mismos quienes en gran parte los mantenemos latentes. Nosotros no culpamos a cierra ojos a la Metrópoli ni al gobierno de Madrid, de un modo absoluto, por lo que respecta a sus relaciones con la provincia de Canarias. El mal de nuestros males está en esa turba de hijos del país, donde campea alguno que otro extraño, engreída, sin méritos relevantes, que se viene arrogando la facultad de encauzar sus destinos y resolver sus conflictos con arte tal, que lejos de engrandecerlo y purificarlo, lo ha empequeñecido y degradado. Muchos de los que explotan la opinión pública se han rodeado de una atmósfera artificial de valimiento que en el fondo carece de toda sanción colectiva, y cuya cotización apenas depende del desenfado sistemático de la *claque* que les aplaude y pregona.

El pueblo necesita que se le diga la verdad sobre esto y sobre todos los aspectos de la actuación de quienes se llaman sus dirigentes, y a nosotros no se nos traba la lengua cuando de decir la verdad tenemos obligación. Porque nos debemos al pueblo y a nosotros mismos, entendemos que cuando los principios de ciudadanía se hallan en conflicto o sufren una amenaza cualquiera, urge levantar el ánimo sobre toda complicidad de las voluntades equívocas y remontarse, sin tendencia sectaria alguna, hacia la opinión múltiple, para hablarle sin eufemismos.

Han cambiado muchas cosas en torno nuestro, pero más han cambiado las personas. Ya no se ofrece a la contemplación de la juventud que empieza, ávida de altos y nobles ejemplos, aquel estadio de recias voluntades, de diáfanos espíritus henchidos de pundonor cívico. Podríamos repetir hoy, pues han vuelto a recobrar la oportunidad con que fueron dichas, en septiembre de 1907, las palabras del reputado periodista y a la sazón presidente de la «Juventud Republicana» de Santa Cruz de Tenerife, nuestro distinguido amigo, el actual director de *La Prensa*, Leoncio Rodríguez:

Dijérase que torpes cirujanos, que crueles cirujanos la han desangrado sin piedad, castrando las energías del pueblo isleño, que ya parece no tener otra conciencia ciudadana que la de servir al amo sobre todas las cosas y respetar el látigo sobre todo otro atributo de sumisión y vasallaje.

Pues bien; sucede lo mismo ahora, en el preciso momento histórico en que se habla de democracia, de justicia, de libertad, de respeto a los débiles y de saneamiento de las relaciones públicas. Sí; esto sucede cuando en la Península empieza a resonar el descuaje apocalíptico de todo lo caduco y gangrenado, cuando todas las voces piden que se modifiquen las normas de gobierno y que se residencie a los hombres que ningún beneficio han sabido aportar a la felicidad de España... Se está haciendo necesario que aquí también prediquemos una nueva cruzada para residenciar a los logreros y claudicantes de la política. Los que se han encumbrado a expensas de un ideal que no llevaban en el espíritu sino en el estómago, no tienen derecho a seguir llamándose intérpretes de la opinión pública. Ya que han tenido habilidad para explotar en provecho propio situaciones anteriores del país, que la tengan también para retirarse oportunamente, sin esperar a que se les arroje y se les ponga la ceniza en la frente.

La telaraña tejida por esa oligarquía de caciques ineptos y desenfadados, que aún mantiene la ignominiosa tradición política que Unión Patriótica se propuso y no consiguió destruir sino transformar, haciéndola más abominable, está pidiendo una voluntad decidida que la rasgue. Del mismo modo que se ha anunciado el fin de los partidos de turno, es necesario anunciar también el fin de semejante oligarquía. El ideal autonómico, que sirvió apenas para trazar el esquema raquíptico y atropellado de un nuevo régimen insular, a expensas del que hicieron su personalidad algunos chauvinistas de nuestra política, no ha tenido ni tiene aún tenaces y fervientes apóstoles. Debemos procurar que los tenga. Mientras no, seguiremos aprisionados en la telaraña despreciable del caciquismo, frágil obstáculo, en verdad, para el esfuerzo de un pueblo consciente, pero a la vez intolérable impedimento para mirar con claridad hacia nuestro porvenir.



De día en día se afirman, más y más, las tendencias de los que reconocen la ineficacia de las prácticas abominables que desvirtúan la personalidad representativa de nuestra isla, y como el horror al vacío es quizá más profundo y desesperante en el orden moral que en el físico, reaparecen las aspiraciones que dieron vida a «Unión Patriótica»; y aunque de un modo menos impulsivo, en cambio con un mayor discernimiento de la experiencia y con una mayor asimilación del pasado histórico y de la realidad del momento. Fortaleciéndose con la enseñanza del desconcierto que invade toda nuestra vida insular, el alma reflexiva de la región empieza a moldear una ideología verdadera, de fondo y no de forma, de programa sustantivo, de principios eficaces, de hechos, en fin, y no de combinaciones a base de listas electorales, de verbalismo declamatorio y de componendas rurales. Reducidas a expresión sintética, las aspiraciones de la isla pueden enunciarse en esta forma:

1º De índole geográfica, comprensivas de la significación trasatlántica y mundial que afecta a todo el Archipiélago. A partir de este punto de vista, nos incumbe desenvolver nuestra existencia y fortalecerla en armonía con el medio que sobre nosotros ejerce virtud más preponderante. Una navegación propia, creada por el esfuerzo de empresas navieras autóctonas que nos emancipen del monopolio de los fletes, y una explotación, en gran escala, de las pesquerías africanas, son los dos extremos sustanciales que entrañan un aspecto representativo para nuestro porvenir marítimo.

2º De naturaleza fisiocrática, tendentes al afianzamiento e independencia de nuestra producción agrícola especial. En este sentido se hace notar la necesidad de sustraer a la absorción de la influencia extranjera, especialmente de la británica, el arbitrio de los precios en el mercado de nuestros frutos, mediante la intervención directa y fiscalizante del terrateniente o agricultor, ya bajo la forma sindicalista, o la individual, o la societaria; y también se hace ostensible la conveniencia de implantar industrias sustitutivas y accesorias para los casos de depreciación económica, de cierre de puertas o de otros motivos imprevistos e insuperables, como éste de la guerra actual. Lo exiguo de los capitales a invertir con dicho fin permitiría obtener ventajas adecuadas, y merced a la transformación de los productos de la tierra,

ya en las circunstancias anormales, ya en las comunes, según el movimiento transaccional, tendría nuestra fuerza agraria una base de nivelación, de compensación y de firmeza.

3º De carácter docente, en relación primordial con la cultura rudimentaria y después con la integral y específica. Urge corregir y desterrar el analfabetismo abrumador que nos rodea: de 500.000 habitantes, próximamente, que tiene el Archipiélago, tal vez no lleguen a 140.000 los que saben leer y escribir. Parte del secreto de nuestro caciquismo imperante está en la insuficiencia de escuelas y en la negligencia que hace ineficaces las que en escaso número existen. En cuanto a la cultura superior y especializada, nos preocupa el afán de adaptarla a la realidad ambiente en la extensión, clase y calidad que requiere el progreso colectivo. Los estudios y disciplinas necesarios deben responder a sus fines privativos. El organismo educador no ha de reducirse a una plantilla burocrática, de mero valor oficial, sino que ha de encarnar el coeficiente de toda la actividad práctica y heterogénea de nuestra vida insular.

4º De tendencia político-social y jurídica, en consonancia con la aptitud y capacidad del contingente ciudadano para desenvolver el programa cívico de los pueblos conscientes y dueños de si mismos. La organización y funcionamiento del régimen municipal y provincial —que supone algo más que relaciones meramente administrativas— demandan formas precisas, rápidas y de eficacia determinada por la experiencia de los hechos. Las mixtificaciones centralistas y burocráticas entorpecen el desenvolvimiento de los intereses insulares. En el orden hidrológico, por ejemplo, necesitamos disposiciones especiales y de excepción que reglamenten el alumbramiento y disfrute de las aguas subterráneas, base de nuestra Agricultura, resolviendo los conflictos entre el derecho de los aprovechamientos preexistentes y el de las explotaciones que aspiran a descubrir nuevos manantiales ocultos. La Ley de Aguas vigente, de 13 de junio de 1879, aplicada al Archipiélago, resulta deficiente, inadaptable en muchos casos, pues no es la misma la constitución geológica de nuestro territorio que la del de la Península.

¿Es forzoso derivar de todo esto un sentimiento privativo, ese condensador ideal de ciertas fisonomías colectivas y propias que se llama



regionalismo? De eso se ha hablado, y ya funciona en la Capital de esta provincia una «Liga Regionalista», compuesta de elementos que tienen marcada significación en la órbita de los intereses públicos de aquella ciudad, y en quienes todos reconocemos loables propósitos y desvelado patriotismo; pero debemos empezar por no pagarnos de nombres sonoros, que sólo sirven para halagar rebeldías epidémicas. El Regionalismo —y no nos oponemos a que sirva de denominador genérico— no es ni puede ser para nosotros la expresión de una fisonomía típica, especial con respecto a las demás provincias que integran la Nación española: es únicamente, sin que pueda tener para los isleños otro alcance ni medida, una concepción práctica y de positiva adaptabilidad dentro de la que, bajo normas eficientes, hallen previsora y holgada acción tutelar los intereses todos del Archipiélago.

Ha unos veinte años, cuando los primeros enardecimientos mentales de la mocedad nos agujoneaban con el prurito de afirmar un «yo» quimérico, hubimos de sostener más que la posibilidad, la casi existencia de un regionalismo artístico y literario, únicos que en realidad corresponden a la evidencia de un alma colectiva con peculiaridades significativas y resaltantes; empero, el estudio de nuestra historia indígena y de nuestras costumbres, la observación del medio social, y una reflexiva compulsión de todos los valores y categorías del espíritu isleño nos han impuesto el convencimiento —y con él la rectificación consiguiente— de que no tenemos fisonomía propia, distintiva, en el único y adecuado sentido que a derechas corresponde a la palabra «regionalismo».

Digamos autonomía o descentralización verdad, con las restricciones consiguientes, y estaremos más en lo firme, aceptando a la vez patrones que están en relación más justa con nuestras necesidades, con nuestra significación geográfica y con las corrientes de vida moderna que deben ser las nuestras. Pidamos, pues, reformas y mejoras de carácter autonómico; pero capacitémonos, ante todo, para su ejercicio: que no vayamos a la postre a sentar el precedente de una insuficiencia que sería vergonzosa y que a la vez serviría de fundamento irrefutable para una reprobación de los Poderes públicos. Sin una transformación radical, inaplazable, de las costumbres políticas; sin una severa interdicción que prive, a quienes las han prostituido, de

toda injerencia en los destinos insulares, nuestra rehabilitación y nuestra prosperidad serán un mito. Orientemos primero al país en el camino de su educación política, impongamos el respeto más absoluto para todos los intereses, y entonces será otra cosa. Que se reconozca en la política una fuente que fertiliza todos los campos en vez de esterilizarlos; que se la practique, no como una habilidad de malabaristas o de volatineros, sino como un arte y una ciencia encaminados a promover el bienestar común y dar efectividad a la felicidad pública, y así nos orientaremos a horizontes de renovación. Como dijera Unamuno en junio de 1910, en los Juegos Florales de Las Palmas, «no puede llamarse política a dar vueltas y más vueltas a una cosa y buscar en la Península abogados a quienes dar como honorarios un acta, pues eso no es política, ni nunca se ha llamado químico a un buhonero de drogas». Duro es decirlo, pero esto último es lo que vienen a ser los que actualmente dirigen el cotarro.

Mientras no desaparezcan del escenario los concupiscentes; mientras no se les residencie y se compenetren los que directa o indirectamente secundan sus prácticas perniciosas, de lo que influye la sinceridad individual en la resolución de los problemas colectivos, será absurdo pretender que nuestras aspiraciones logren un molde de viabilidad autonómica. Por el contrario, pedir reformas de tal entidad para que su sostenimiento y desarrollo caiga en manos de los claudicantes, es hacernos más esclavos aún. Para eso, que siga el centralismo de que abominamos. Toda tiranía es terrible; pero la del hermano sobre el hermano es más que tiranía: es una sodomía moral infamante, miserable, contra la que se rebela el sentimiento de la sangre y se inflama en acusaciones el espíritu.

No obstante, será preciso repetir que tenemos necesidad de capacitarnos, de documentarnos para enfilarnos con probabilidades de éxito la trayectoria conveniente. Navegamos como barcos sin lastre, y lo que así se consigue es zozobrar apenas arrecia el viento. Ved sí no lo que nos ha ocurrido en presencia de la guerra que hoy asola todos los continentes, principalmente el de Europa. La imprevisión es nuestro mayor defecto. Si el país hubiera tenido exacta noción de su destino, y de su realidad económica, se hubiera percatado, no ahora, con ocasión del conflicto, sino de mucho antes y en vista del negocio de



las líneas extranjeras, de la conveniencia de poseer una flota mercante isleña que nos independizase en el orden de la navegación del agio extraño y de la voluntad de navieros y armadores de otros puntos, y que a la vez habría resuelto para nuestro comercio el fatídico problema de los transportes marítimos. Y lo mismo podríamos decir con relación a otros muchos servicios, en que los apuros del momento nos han hecho comprender cuán otra sería la situación del país de haber habido, desde el primer instante en que estalló la guerra, voluntades y cerebros precavidos.

Hay que pasar de las teorías y generalidades pueriles a los sistemas concretos y a los métodos eficaces. Debemos empaparnos en planes orgánicos de posible desarrollo. Es de toda conveniencia estudiar, como base, la estadística productora y consumidora de la región, y cuando haya hombres suficientemente preparados para desdoblar nuestra vida y que un sol más vivo la fecunde, matando toda esta miseria parasitaria que nos imposibilita para gobernarnos por nosotros mismos con fórmulas autonómicas adecuadas, sin merma de la soberanía nacional, entonces podremos decir que estamos en aptitud de emprender la obra de una amplia y fecunda renovación insular.

EXPLICACIÓN FINAL

La deferencia y el desprendimiento han apadrinado la publicación de este folleto.

Así lo quiso un núcleo del Ateneo, cuya libertad de espíritu viene a plantear con estas conferencias una verdadera desamortización política insular.

¿Qué subrepticamente se labora en contra? Tal vez; cuando ladrar debe ser porque cabalgamos.

La perspicacia colectiva sabe quiénes son los que han defraudado la ansiedad moral del país, y no se dejará guiar por ellos, ahora que pugnan en la sombra para reducir el auditorio a los que predicán el santo evangelio de la renovación... sin doble fondo.

Sépanlo así quienes hayan pretendido y aún pretendan hacer el vacío a la iniciativa de aquel núcleo del Ateneo, cuyo padrinazgo queremos solemnizar con el reconocimiento más íntimo y efusivo.



1918

UNA NOTA POLÍTICA⁴⁹

Ha circulado una nota política —reproducida por *La Prensa* al comienzo de su editorial del martes último, y comentada por *El Progreso* el mismo día— que nos sorprende y que a la vez renueva nuestras convicciones inquebrantablemente democráticas.

¿Estamos en presencia de una abjuración, de una simonía, o simplemente de una debilidad? No; para pensarlo así sería preciso una prueba más convincente, y aunque los deberes de la fiscalización suelen ser implacables, su órbita inquisitiva no puede convertirse en una extensión arbitraria.

La índole del hecho que examinamos acusa la generación de un cisma o entraña una ligereza política incalculable y pernicioso para los intereses ideológicos del partido republicano de Tenerife. Si la voluntad del mismo quedó definida en la Asamblea de 27 de Enero último, quienes ahora tratan de torcerla, eludirla o suplantarla se hacen a sí mismos un flaco servicio. La autoridad política no es personal; proviene de la fuerza colectiva que deliberada y consciente-

⁴⁹ *El Progreso*, Santa Cruz de Tenerife, 8-02-1918, p. 2.

mente la transmite. Tampoco la logra el que quiere, sino quien sabe merecerla o encarnarla.

Así como el espíritu de libre examen que informa la actuación de los partidos avanzados y radicales rechaza toda imposición dogmática del pensamiento, de igual modo la autonomía ética de los que en ellos militamos se rebela contra todo mandato dictatorial de la voluntad. Y esto es lo que representa el texto de la nota consabida frente al acuerdo legítimo de la Asamblea, sancionado por la coparticipación de los republicanos que a ella concurrimos.

¿Dónde está, por otra parte, la obra de «pacificación y engrandecimiento» moral y material que se invoca para justificar la componenda tramada a espaldas de la opinión republicana? Hubo una aspiración en aquel sentido, que fue el alma-mater de «Unión Patriótica», pero ésta jamás llegó a tener virtualidad depuradora, sino que, por el contrario, degeneró en un organismo de represalia, inconsistente, artificioso, transitorio, y prácticamente insustancial.

Esencialmente, las cosas están como estaban. La vida política del país no ha evolucionado con ventaja; sigue siendo un detritus primitivo. Hoy, como ayer, constituye todo un sistema de favoritismo provocante y de influencias de casillero. La hostilidad contra el adversario ha perdido algo de la escandalosa exterioridad de otros tiempos, pero sigue siendo tan efectiva como al principio. Hay un régimen de protección para el que claudica y se somete, y otro de solapada persecución contra el que por incompatibilidades morales permanece inabordable.

En las cotizaciones del favor de los caciques imperantes, tienen «letra abierta» los que disponen de muchos votos frente a los que disponen de pocos o no cuentan con ningunos. La política de los grupos dinásticos insulares, en resumen, es de presa, no de gracia benefactora. Representa la aproximación comanditaria de los que saben que la mejor póliza de seguros para los intereses particulares es la expedida por el jefe del partido turnante.

Nuestro buen amigo el director y propietario de *La Prensa* parece congratularse de la resolución que se preconiza en la repetida nota, sin profundizar el sentido dogmático con que se quiere adormecer la conciencia colectiva; pero es que hay espíritus tan remontados y



generosos —y el de Leoncio Rodríguez entra seguramente en la categoría de tal— que revisten de su propia buena fe y de su idealidad interna la vida objetiva y tangible. Sin embargo, la situación no es la que se forja por exhuberancia refleja de la visión que se lleva dentro, sino otra muy distinta. Y no basta el esfuerzo del pensamiento utópico para romper las aristas ásperas de la realidad angulosa, medio sonriente, medio atraidora, que recogemos en estas líneas con honda, hondísima estupefacción [*Febrero, 6-1918*].

[Sigue el texto al que hace referencia Luis Rodríguez Figueroa en la crónica antecedente, que se había publicado en la prensa local. Véase *El Progreso* del 5-02-1918, p. 2]:

Una nota política

Hoy como ayer estamos en nuestro puesto

Escrita en máquina y sin firma alguna que la autorice, recibimos anoche la siguiente nota política, que también hemos leído hoy en *La Prensa*, y que dice:

«Reunidos los señores don Agustín Rodríguez y Pérez, don Rafael Calzadilla y don Benito Pérez Armas, para solucionar ciertas dificultades originadas en la elaboración de la candidatura que deben presentar los partidos conservador, republicano y liberal, llegaron al siguiente acuerdo:

Apoyar a los señores don Tomás Salazar y Cologan, don Félix Benítez de Lugo y don Darío Pérez y García, continuando así la obra desde hace años iniciada de pacificación y engrandecimiento moral y material de Tenerife».

Como comentario adecuado a la anterior nota y por lo que a nosotros afecta como republicanos, nos conviene declarar por la sinceridad y honradez de nuestra actuación en la vida política insular, que estamos y estaremos siempre a lo que por unanimidad se acordó respecto a la próxima lucha electoral, en la asamblea general del partido que se celebró el día 27 de Enero último.

Mientras otra cosa no se acuerde por la plena y genuina representación del partido republicano tinerfeño, y salvando los naturales afectos personales y la significación de nuestro respetable amigo don Rafael Calzadilla, como republicanos disciplinados y fieles cumplidores de las decisiones que se adopten, no respetamos otros acuerdos que aquellos que emanan, como hemos dicho, de la suprema y legítima representación de la colectividad.

Para el partido republicano tinerfeño, pues, no existe otro acuerdo que el tomado en la asamblea del 27 y en los comicios solo apoyará con sus fuerzas a don Darío Pérez y a don Julián Besteiro. Pues como se convino en la citada asamblea, única que obliga, vamos a la lucha separados totalmente de los partidos dinásticos.

El partido republicano —nos parece interpretar el criterio general— prefiere la derrota en las urnas, fiel a sus orientaciones y a la dignidad de sus finalidades, que la victoria en compañía de quienes han tomado nuestro partido y sus prestigios para mantener posiciones, y para traicionarlo cuando conveniencias personales así lo exija.

Hoy, como ayer, estaremos en el puesto que nos corresponde.



CRÍTICA DE LA CRÍTICA DE UN CRITICASTRO⁵⁰

Por ser misión depuradora y a la vez educativa la del crítico, dicho se está que quien la ejerza ha menester de buen gusto y amplia cultura. Criticar, en el sentido lato de la palabra, es fácil tarea para los osados; hacer labor de honrada y serena apreciación literaria solo compete, en fueros de legítima autoridad, a las mentalidades capaces en la materia.

Hay algunos plumíferos —que diría el concienzudo y jocoso Mariano de Cavia— para los cuales todo el monte es orégano: con el mismo desenfado garrapatean una gacetilla volandera, que se arrodarán a oficiar de hierofantes de las letras. Les basta —y menos mal cuando así lo ponen por obra— con un superficial hojeo del Diccionario de la lengua, para sentirse en posesión del grave ministerio que en literatura tiene por objeto juzgar a quienes la cultivan.

Entra en la categoría de los que así se improvisan censores del trabajo ajeno, don L. Betancor Cachaso, que ha creído poner una pica en Flandes con el juicio crítico que aventura en el diario republicano de Las Palmas, *El Tribuno*, a propósito de mi composición poética titulada «Lo que hace falta», recientemente publicada en *El Progreso*, de esa capital. No pretendo eximirme a las acerbidades del criterio de otro, porque ello implicaría un egotismo irrisorio, del que estoy muy

⁵⁰ *La Prensa*, Santa Cruz de Tenerife, 25 y 26-03-1918, p. 1. Se publica un fragmento significativo del texto.

lejos; pero entiendo que en funciones de crítica debe ser irreprochable aquel que reprende a los demás, según he leído no sé dónde.

Con el aludido señor ocurre todo lo contrario. Tiene mucho que reprender y no se ha dado cuenta de ello, ni se ha percatado tampoco de la enseñanza contenida en este aforismo latino: *Ne sutor ultra crepidam*.

Ha dicho el mentado crítico en ciernes, entre otras cosas de que me ocupare más adelante, que mi expresada composición poética es «inculta por impropiedad en la aplicación de las palabras». Se me censura por el uso indebido de los vocablos «mondo» y «simoniacos».

En efecto; el primero, como adjetivo, significa lo que consigna el señor Betancor Cachaso: «limpio de cosas superfluas»; mas, al decir, refiriéndome al presente del pensamiento nacional que éste está *mondo de todo exaltamiento viril*, para expresar su cobardía ante el actual relajamiento político, no cometo pecado de impropiedad; lo que hago es emplear un término con la significación restringida que le da todo el mundo en la conversación corriente; y también conviene observar, que yendo seguido de la preposición «de» no ofrece dificultad alguna su inteligencia, que no es otra que la de hallarse el pensamiento falto de todo arresto, es decir, sin energía, sin elevación, sin dignidad.

Discurriendo desde otro punto de vista, cabría disertar sobre si es o no literariamente admisible el restrictivo convencionalismo de una dicción; pero esto no conduciría al esclarecimiento del punto a debatir: lo que más importa saber es si la voz «mondo» ocupa o no un lugar apropiado en esta estrofa:

«Está podrido el fondo
De nuestra vida; *mondo*
De todo exaltamiento
Viril el pensamiento...
¡Y el presente es tan hondo!...»

Leyendo estos versos se comprende sin esfuerzo que *mondo* no tiene un valor de epíteto o calificativo, sino que sirve para denotar un estado o



situación de aquel pensamiento, y en este caso, y figuradamente, es sinónimo de las voces «desprovisto» o «falto» de alguna cosa.

Respecto al otro término, «simoniacos», que aparece al principio del segundo verso en la segunda estrofa, se me objeta que no se trata de compra ni venta de cosas espirituales. ¡Oh, crítico miope! ¿Qué regla de lenguaje impide que por extensión se califique de aquel modo a estos gobernantes nuestros del día que trafican con el honor y con el alma de la patria? ¿Acaso no son éstos valores espirituales?

Más que un alto dignatario de las letras insulares, paréceme el Sr. Betancor Cachaso un *guindilla* vidrioso y de malas pulgas.

Claro es, y no lo ignoro, que la palabra «simoníacos» corresponde a cosas del fuero eclesiástico, y, sin embargo, tal circunstancia no es obstáculo para que yo sostenga que la variedad y flexibilidad del pensamiento, en poesía, consienten la generalización de ciertas dicciones y permiten ensanchar su radio de acción léxica fuera de la zona de su uso privativo. La movilidad de nuestro idioma, que se va despojando de trabas y reglas que lo momifican, ha llegado a una cierta expansión tan necesaria como rejuvenecedora, y lo que al señor Betancor Cachaso se le antoja impropiedad en la aplicación de las palabras, no es otra cosa que limitación por su parte para abarcar la multiplicación del fenómeno renovador en el arte de la expresión artístico-literaria.

Ahora me propongo volver por pasiva al consabido criticastro la lección que ha pretendido darme. No se me puede negar el derecho de legítima defensa, ni impedírseme que devuelva al *sabihondo perspicuo y atildado* articulista del Guiniguada el vapuleo que me ha propinado con la intención, ya que no de hecho.

El señor Betancor Cachaso
En gramática está raso.

Es una verdad como un templo lo que digo en este dístico. Para corroborarlo léase esta frase: «Vea usted cómo queriendo denigrar *el* pensamiento lo enaltece...» ¿Qué construcción es esa? El atrevimiento del Sr. Betancor Cachaso es inaudito. Si la acción del verbo recae

sobre el pensamiento, ¿por qué ha escrito *el* en lugar de *a*? Si lo hubiese hecho así no resultaría anfibológico el sentido, y tal como lo hace, el sujeto de la acción de denigrar viene a ser el pensamiento y no el término de la misma.

Por este ejemplo puede hacerse cargo. No se dice: «Quiso hacer trotar EL caballo», sino «Quiso hacer trotar AL caballo». Y estos otros: «Cuando ya había prevenido AL ama», de don Eugenio Hartzenbusch erudito y castizo escritor del siglo pasado, y «... menospreciando la Constitución y las leyes, pretende agraviar de nuevo AL régimen parlamentario», de don Melquíades Álvarez (palabras del mismo en *El Liberal* de Madrid, del corriente mes) pueden servir al que tan sin ton ni son me flagela, de modelos de claridad y corrección sintáctica.

Todavía campean en la crítica de mi criticastro otros no menos críticos defectos; y si no todos porque sería labor muy ímproba, bueno será desengarzar algunos del amontonamiento en que los exhibe su autor con aire de aparente suficiencia.

[...]

Hablando de que hacen falta ilustrados vates (y también prosistas, señor Cachaso, pero no de su empaque) que «en tristes endechas (¡vaya una cursilería!) se lamenten de la actual adversidad de España» (para el señor Cachaso, vates y sauces llorones deben de ser una misma cosa), arremete contra mí porque «sin reparo daño la sensibilidad hiriendo el oído, *alucinando* solamente la incultura del vulgo con altisonantes y ridículas exclamaciones de pedantesca filosofía». Vamos despacio. «Alucinar» significa «perturbar la razón con engaño de los sentidos». Asimismo, significa «ofuscar», «reducir» o «engañar con arte o dominio» e «ilusionar o dar a una cosa falsa apariencia». Siendo así, ¿cómo es posible admitir que esté expresando con claridad sintáctica eso de la alucinación de la incultura del vulgo? Será éste el alucinado a consecuencia de aquella; no obstante, tal como lo escribe el señor Betancor, quien parece ser víctima de la alucinación de marras es la incultura y no el vulgo, que por causa de ella se deja seducir por mis exclamaciones de «pedantesca filosofía».

Poetas castellanos ha habido ha luengos tiempos, y argentinos a partir de una fecha relativamente más próxima a nuestros días. ¿Refie-



re el señor Betancor Cachaso a todos ellos, a los de antaño igual que a los de hogaño, esas «bellísimas creaciones actuales» de que habla en sus apreciaciones pseudo-críticas? La no distinción de tiempo origina un anacronismo mayúsculo y hace pensar en el caso de actualidades poéticas que tienen por paternidad la de autores nacidos en edades pretéritas, lo que seguramente no se ha querido dar a entender, pero se expresa en forma que se presta a pensarlo así.

[...]

Basta y sobra con lo escrito para poner en evidencia los balbuceos críticos del Sr. Betancor Cachaso, a quien será oportuno recordar esta quintilla de Moratín⁵¹:

«Tu crítica majadera
De los dramas que escribí,
Pedancio, poco me altera;
Más pesadumbre tuviera
Si te gustaran a ti».

Solo le falta, para que venga como anillo al dedo, escribir «versos» allí donde el clásico escribiera «dramas». En la sucesión del tiempo los Pedancios se repiten con extraordinaria promiscuidad.

⁵¹ Se refiere, obviamente, a la famosa quintilla de Leandro Fernández de Moratín, que efectivamente también se ha divulgado del siguiente modo: «Tu crítica majadera / de los versos que escribí / pedante, poco me altera. / Más pesadumbre tuviera / si te gustasen a ti».

LOS DIPUTADOS SOCIALISTAS⁵²

Cuando se escriba el éxodo doloroso y resplandeciente de los hombres del Comité de la Huelga —que pasarán a la posteridad con esta denominación, síntesis de un álgido momento de la vida obrera española—, habrá que estampar en la primera página este título, un tanto novelesco: «Del presidio al Parlamento». Y después que se medite acerca del contenido político-social que empezó por un acto de insubordinación del Ejército —poder de poderes dentro del régimen oligárquico nacional— y concluyó en los atropellos y ensañamientos de Sánchez Guerra con los trabajadores de Asturias y Vizcaya, reconoceremos todos los que alentamos un patriotismo desinteresado y renovador el beneficio incalculable que representa para el saneamiento del ambiente moral de España la reivindicación del proletariado, emprendida desde los escaños del Congreso por los nuevos diputados socialistas.

Los periódicos de las derechas han dicho que la voz de estos representantes de los humildes es voz de procacidad y clamor del arroyo. ¡Ah, bergantes! ¡Bien se ve que os escuece! Esa voz —*vox populi, vox Dei*— es el grito de acusación que hacía falta. En medio de este relajamiento de conciencias y de esta molicie de las voluntades que

⁵² *El Progreso*, Santa Cruz de Tenerife, 10-06-1918, p. 1.

viene prostituyendo el espíritu de la raza, la palabra de los ex presidiarios de Cartagena ha resonado en nuestro Parlamento con el trágico sentido de aquellas que los ojos, atónitos, de Baltasar vieran escritas en la sala del festín: «Mane», «Thecel», «Phares»⁵³.

El tránsito de la ergástula al hemiciclo, que además de ser una reintegración jurídica es un síntoma fortalecedor del ideal democrático, amortiguado pero no extinguido en la conciencia del país, nos ha ofrecido la magnitud de un espectáculo noble, de dignidad humana y de sobria energía matinal. En el verbo sincero, parco y fuerte de los directores del movimiento de Agosto, nos llega la convicción de una musculatura que se tonifica y de un corazón cuyo torrente circulatorio salta con el ímpetu de una vitalidad que ha recibido el bautismo de todas las fuerzas más puras de la Naturaleza.

Besteiro, Saborit, Anguiano y Largo Caballero aportan a la vida pública española una ejemplaridad ciudadana de sacrificio, de honradez y de temple de ánimo. Ellos han santificado la recia y burda indumentaria del presidio y pueden decir con orgullo, en medio de la caterva monárquica del Congreso que ha querido aplastarlos con enredos oratorios: «Cuando hayáis estado allí, como nosotros y por lo que nosotros estuvimos, tendréis derecho a hablar de regeneración y de sacrificio por el bien de los demás; hasta hoy no pasáis de unos ergotistas y unos bellacos al servicio de un régimen sin decoro»... Pero aún después de decir esto, les quedará algo más definitivo que

⁵³ El rey Baltasar, hijo de Nabucodonosor, celebra un banquete impío con mil de sus príncipes. Ya ebrio, ordena que se sirva más vino en los vasos del templo de Jerusalén, que su padre había conseguido como botín. En ese momento aparecen los dedos de una mano que empieza a escribir sobre el muro tres misteriosas palabras: Mane, Thecel, Phares, de significado desconocido para los sabios, que son requeridos por el rey para interpretarlas. La reina reclama la presencia de Daniel, el profeta, además de amonestar con severidad a Baltasar, le explica el significado de las tres palabras. Se trata de las predicciones de la caída del rey. Mane significa que Dios ha puesto fin a su reino; thecel, que su peso en la balanza no ha alcanzado el requerido; y phares, que el reino se ha dividido y se entrega a medos y persas. Una bella y antigua representación de esta escena figura en el *Códice del Beato del Monasterio de Silos* (<http://www.moleiro.com/es/beato-de-liebana/beato-de-silos-beato-de-liebana/miniatura/605>).

hacer: avivar incesantemente en los que trabajan, en los que son elaboradores y transformadores de la producción nacional, el estímulo de un porvenir más amplio y más claro, en el que desaparezca como artefacto inservible esta máquina de gobierno que tanto nos afrenta, que tanto ruido mete y que tan pocos rendimientos deja a la prosperidad de la patria.



EL SENTIMIENTO REGIONAL⁵⁴

La orientación ideológica insular no existe. Es, a lo sumo, un diletantismo frío, fragmentario. Tiene la privanza llamativa y pasajera de una *toilette* femenina, o la morbosidad impertinente de un constipado que se origina con un cambio de estación.

Situaciones transitorias, sobrevenidas por acarreo, inspiradas en el espíritu de imitación, no constituyen, no pueden consolidar —por muy desinteresado, por muy noble que sea el propósito— la base de una personalidad regional en el sentido histórico y político-social con que, si no ha cambiado el valor del concepto, la entendemos.

Geográficamente, un territorio determinado suscita en el pensamiento del gobernante y del político una complicación de problemas y el maremágnum consiguiente de soluciones; y del nexo, mejor aún, de las relaciones de ambiente, de latitud, de topografía y descenso demográfico, derivan todas las reglas, organismos y procedimientos de regularización vital que hacen posible la existencia pública dentro de un patrón adecuado de ciudadanía.

Planteado el asunto en tales términos y refiriéndolo al Archipiélago, la política regionalista —disfraz del léxico aparte— es pura y sim-

⁵⁴ *El Progreso*, Santa Cruz de Tenerife, 3-10-1918, p. 1. Este artículo está recogido en la edición de Carlos Aguiar García: *Luis Rodríguez Figueroa. Del regionalismo a la revolución*, Ediciones Idea, Santa Cruz de Tenerife, 2008, pp. 157-161.

plemente un contenido de enseñanzas y de instrucciones autónomas. Pero es error evidente y lamentable vincular aquella política en el «sentimiento regional», considerado éste —y entendido de otro modo no sería sentimiento— como expresión del «modo de ser» o de la complejión interna, espiritual de los habitantes de una región física y territorio. A partir de aquí, hablar de personalidad regional característica, distinta y propia, es pretender afirmar una fuerza representativa multiforme con abstracciones de logomaquia estéril.

Sin esencia primitiva, sin virtualidad funcional específica, sin núcleo celular étnico, independiente, ¿cómo concebir la región con íntima, homogénea y singular autoctonía?

Desde este punto de vista, esa fruición lírica de un hombre de tan claro intelecto —el primero quizás, de las Islas— como González Díaz al hablar del sentimiento regional y de la personalidad de esta índole, nos parece extraviada y absurda. La conferencia del más atildado de nuestros oradores insulares en el Teatro Municipal la noche del 25 de septiembre próximo pasado, bellísima en la forma, es deleznable en el fondo. Le falta observación profunda y documentada del medio. González Díaz nos ha ofrecido una idealidad poética, una abstracción, una fantasía. Lo que él llama «caracterización racial» y «fisonomía histórica diferente» es sólo un espejismo de sus vastos panoramas cerebrales.

¿En qué somos, actual y sustancialmente, distintos a los peninsulares? ¿Dónde está ese predominio del núcleo racial primitivo sobre la población de origen esencialmente ibérico, o mejor, celtíbero? Leamos a Berthelot, a Viera y Clavijo, a Verneau, a Proust y Pitard, a Antonio de Viana, a Angier y a cuantos han escrito acerca del Archipiélago...; se verá que el elemento indígena guanche no nos afecta, o en todo caso, apenas nos roza en una proporción infinitesimal. Étnicamente somos andaluces, galaicos, cántabros, portugueses, normandos y hasta ingleses e italianos. ¡Un *potpourri* racial! ¿Y puede toda esa mezcolanza constituir una caracterización de tal naturaleza?

Ni tenemos costumbres, tradiciones, leyendas y psicología colectiva precisas y nativas que nos personalicen con relieve vigoroso, como de un modo señaladamente plástico y perceptible se observa en la región aragonesa, gallega, andaluza, catalana, levantina o valenciana, etc.,



etc.; ni tenemos, tampoco, un registro histórico exclusivo, sin subordinación matriz a la corriente histórica del pueblo conquistador.

Para que haya ideología genérica y colectiva en una región territorial determinada —ideología peculiar e integral, se entiende—, es indispensable que esa región aliente con un alma suya, de rancio abolengo moral y de energías propias y concurrentes. Donde esto no suceda no puede haber «sentimiento regional» como fenómeno del espíritu múltiple y a la vez único por la cohesión de todas las particularidades étnicas y biológicas distintivas. ¿Se ignora acaso que la misma población indígena del Archipiélago era heterogénea? ¿No se recuerda la diversa idolatría de los diferentes habitantes de las Islas, y los usos y costumbres, y hasta el lenguaje? ¿Cuál es, por tanto, la unidad indefectible que requieren la «caracterización racial» y la fisonomía original e histórica de una región, concebida en la misma no en su aspecto físico, que es secundario y pasivo, sino en un orden humano y superior?

El regionalismo entre nosotros es una moda ridícula. Cambó y sus corifeos no tienen nada que hacer en Canarias. Nuestra actividad debe extenderse exclusivamente en un sentido de presente y de futuro. Si queremos —y haríamos bien en quererlo así— revestirnos del prestigio de una ideología eficaz y dinámica, es necesario pensar en algo más consistente y moderno que esa reviviscencia artificiosa y retórica del trogloditismo guanche. Forjar una fisonomía distintiva con retazos de museo es sólo caprichosa preocupación de arqueólogos desocupados. Nuestro país, típicamente hablando, es una reproducción policrómica de diversas regiones peninsulares, sin acentuación marcada que lo especialice. Ni las *folías*, de que tanto nos vanagloriamos, son nuestras, y si no, que lo digan Moreto, el gran comediógrafo, y Samaniego, el renombrado fabulista.

Esto no es apagar fuegos vivificadores de la conciencia cívica isleña, ni aguzar con malévola ironía a los neo-regionalistas que de pronto han nacido a la vida activa de nuestra política localista; pero sí es poner puertas al campo para atajar el baldío espectáculo de unos molinos de viento que no son más que viejos artefactos inútiles. Bien está que los vergonzantes, los que tienen miedo a las palabras y a los métodos revolucionarios, fuertes y explícitos, encubran bajo la ficción de un

regionalismo chabacano, empequeñeciéndolo y bastardeándolo, el ideal autonomista, que es ideal de pueblos modernos y conscientes; pero que no recurran para hacerlo triunfar a desfiguraciones de nuestra simplicísima y cordial fisonomía ribereña [*Octubre 3*].



LA DIMISIÓN DE UN MINISTRO⁵⁵

Alba se ha ido del Ministerio de Instrucción Pública. Demandó algunos millones con que desenvolver sus proyectos de reforma y mejora del organismo básico de la cultura nacional, y no los obtuvo. Dimitió la cartera. ¿Qué otra actitud podía adoptar sin mengua?, ¿qué otra decisión poner por obra sin abdicar los prestigios funcionales del cargo? Hizo como debía. Para figura decorativa del régimen o automática de farsa, no vale la pena llamarse ministro. Es otro el nombre que mejor cuadraría.

¿Son aquellos proyectos —aumento de sueldo a los maestros y creación de un considerable número de escuelas— medios adecuados, actualmente, para una solución verdadera, profunda y eficaz de nuestro primordial sistema docente? Sin conocer en toda su amplitud y con minuciosidad el plan de reformas, así como su desenvolvimiento práctico, nos es obligado, procediendo con la indispensable discreción de juicio, restringir los comentarios, pero el tema ofrece tales atractivos y sugiere tantas consideraciones, que no sería ociosidad encuadrarlo en el marco de algunas reflexiones, más o menos esquemáticas.

En España se derrocha el dinero en todo aquello que más influye en el rebajamiento de su sentido de humanidad y de selección psicológica: los toros; que más perturba y hace infructífera su actividad

⁵⁵ *El Progreso*, Santa Cruz de Tenerife, 12-10-1918, p. 1.

civil y económica: la excesiva y caprichosa organización militar; y que más fuertemente acoyunda y atrofia al pensamiento: la dominación clerical, cuya fuerza de absorción parasitaria vicia y anula en su origen todo intento renovador y fecundo. No podía esperarse, pues, ni por excepción, que se interrumpiera o quebrantara una sola vez la ley ancestral, el predominio morboso de los estigmas hereditarios. ¿Dinero en escuelas, mayor holgura económica para la clase pedagoga?... hacer esto, imponer esto a la comprensión y a la voluntad españolas hubiera equivalido a desfigurar los trazos característicos de la personalidad étnico-histórica.

Dígame lo que se quiera, la firme resolución del ministro ha fracasado por esos tres enemigos constitucionales del progreso nacional, y no por complicaciones internas de gabinete ni por trastornos irreducibles del presupuesto. En pueblos de ambiente moral continuo y vivificante, una iniciativa de buen gobierno como la del señor Alba encuentra siempre caminos de viabilidad, y por lo menos ancho cauce de simpatía, predisponente a una ejecución no lejana; más en países como el nuestro, o tropieza en la indiferencia de la mayoría, o, como ahora ha ocurrido, si el renovador insiste, se le paraliza con el recurso artificial capcioso de esas altas razones de Estado que suele invocar la cobardía de los poderes decadentes para no afrontar ciertos problemas.

Desde otro orden de apreciaciones, ¿supone el aumento de número de centros didácticos y de los haberes remuneratorios a los maestros, una positiva, saludable y futura reivindicación de los fueros de la enseñanza primaria? Creemos que no. Lo que en primer término hace falta es sustituir por otros nuevos y más depurados los métodos educativos, llevar a cabo una revisión completa y enérgica del personal educador, amputando lo inservible, para establecer una selección provechosa de elementos capaces, y garantizar sin titubeos ni fórmulas elásticas el imperio riguroso, austero y constructivo de la instrucción laica obligatoria. Cuando esto sea un hecho, cuando tengamos el cimiento preparado para una edificación amplia y magnífica, entonces será oportuno multiplicar las escuelas y pagar a los mentores de la infancia con largueza. Hoy en día no llenan las primeras su



objetivo ni abarca una gran mayoría de los segundos toda la compleja excelstitud de su ministerio.

Sea como fuere, lo evidente es que el problema de la enseñanza en España, ya se le enfoque en su origen, ya se le aborde en su vitalidad precaria y casi estéril, no despierta interés ni suscita el concurso de la conciencia ciudadana. Lo demuestra esa dimisión del ministro de Instrucción Pública. Cuando se hace o se recomienda el silencio —si no se recurre a la diatriba— frente a actitudes de trascendencia, que si no son salvadoras del todo implican por lo menos una orientación promisoría, es señal de esclavitud perpetua al medio que nos influye. *Nulla est redemptio.*

ACERCA DE LA EXPERIENCIA⁵⁶

¿Es necesario saber cómo fuimos, o penetrarnos de lo que somos para empezar con provecho la obra de lo que debemos ser?

Las enseñanzas de la experiencia colectiva, que son la sustancia de la historia de cada pueblo en la sucesión del tiempo, tienen más importancia teórica que práctica, supuesta que efectiva. Aquello de que «nadie escarmienta en cabeza ajena» —y casos hay que en la propia tampoco— es una gran verdad, comprobada incesantemente en innumerables casos.

Si la propia experiencia nos demuestra que los males individuales de ayer muy raras veces nos sirven, y por lo general incompletamente, de anticipo precautorio para la eventualidad de los que nos aguardan, ¿cómo desechar este convencimiento íntimo frente al problema de los males colectivos, que son en su mayor parte una transformación y un reflejo —por leyes de química y física sociales pudiéramos decir— de los de cada uno de nosotros?

En la vida real, el recuerdo del golpe que acabamos de recibir al volver de una esquina, por muy arraigado que nos quede en la memoria, no podrá impedir ni atenuar siquiera el que mañana recibamos mientras nos disponemos a comenzar nuestras tareas habituales.

⁵⁶ «Observaciones de la vida. Acerca de la experiencia», en *El Progreso*, Santa Cruz de Tenerife, 16-10-1918, p. 1.



Caben distingos, indudablemente; pero esas distinciones implican la relatividad de la regla de la experiencia y su mezquina eficacia en la vida. El valor que en ella tiene entraña más la sistematización de una filosofía vulgar y arbitraria, adoptada por perezosas complacencias del pensamiento, que la disponibilidad de una fuerza moral eficiente, adecuada y útil en los momentos más precisos.

Lo que en tal o cual tiempo nos haya sucedido, no puede servirnos de norma de conducta invariable para lo que hayamos de ejecutar en tal o cual otro; somos distintos cada día, sin apenas darnos cuenta de ello: ¿cómo actuar del mismo modo? Sin cesar experimentamos esos imperceptibles y sutiles cambios, físicos y anímicos, que nos alejan de la posición anterior y nos sitúan en un meridiano que no es rigurosamente el mismo que antes ocupábamos, y donde la ignorancia expectante de los hechos contingentes hace marrar toda adaptación de lo pasado.

La eficacia de la experiencia tiene de hecho, en el orden de la actividad material, una visible e innegable realidad progresiva; pero fuera de ese orden, donde rara aunque positivamente se interrumpe, desvía o extingue —valgan por ejemplos algunas de aquellas típicas artes manuales de otras épocas que no hemos sabido perpetuar—, es obligado reconocer su escaso valor, por no decir su inexistencia. Y es que en último término, sumándose a nuestras propias alternativas psíquicas y físicas, está el azar, monstruo invencible de todos los designios y esperanzas.

Una excesiva preocupación de nuestra vida retrospectiva es pernicioso. Mirar hacia atrás con insistencia para establecer comparaciones entre lo recorrido y lo que nos queda por recorrer, es perder el tiempo en una operación de curiosidad estéril, que en nada aumenta ni disminuye la distancia efectiva del camino por donde transitamos. En medio de toda realidad apremiante, lo esencial es disponer de una voluntad recia y de un pensamiento sereno. No se resuelve ningún problema con reminiscencias del pasado. El recuerdo, como base de la experiencia, no tiene más que un valor literario puramente decorativo. Debemos atender más a leyes de mecánica racional que a pasajeros fenómenos históricos.

Cualquier proceso de evolución, aunque venga de atrás, como todo lo que arranca de un origen, tiene siempre un momento actual del que deriva el sucesivo. Ese momento, en sí mismo, tiene una virtualidad propia generatriz. Es él la forma viva, soldada a una cadena de formas muertas y en aptitud de producir la que debe perpetuar incessantemente la unidad, que en la nomenclatura del tiempo denominamos AHORA, y cuya esencia representa para nosotros lo que la célula en el orden biológico.

DOLOR DE LO IMPOSIBLE⁵⁷

Ennoblecendo la áspera vulgaridad del tranvía, su voz harmoniosa, ávida de una respuesta informativa, inquirió, entre el enracimado desorden de nuestra cháchara:

—¿Verdad que nada es tan insoportable como «el dolor de lo imposible»?

Me sentí arredrado. La pregunta, sobre ser de una profundidad torturadora en cualquier parte y ocasión, lo era doblemente en aquel trance de viajero que habla de asiento a asiento (o en otros términos: *vis a vis*) con una amiga que lleva el mismo itinerario y cuya amable conversación, enflorciendo la rutina del camino, va volando poco a poco sobre diversidad de temas hasta bordear una tesis abstrusa y compleja.

Los claros ojos, algo ecuóreos, de la bella y curiosa amiga seguían manteniendo el espíritu interrogante de la pregunta. Casi estuve por salir del paso con una frase de momento, más o menos ingeniosa, diciéndola que lo más insoportable era el dolor de pagar tan caro un tranvía para llegar tan sordo a La Laguna; pero refractario a los juegos de palabras, aventuré esta contestación:

⁵⁷ «Observaciones de la vida. Dolor de lo imposible», en *El Progreso*, Santa Cruz de Tenerife, 24-10-1918, p. 1.

—Ese dolor de que usted habla, discretísima y curiosa interlocutora, es el más sutil, complicado, abstracto y, en una palabra, metafísico de los dolores...

—Si va usted a enredarme en filosofías, que no entiendo, renuncio a la respuesta...

—Para esa interrupción —objeté— no estoy preparado. ¿Hay nada más filosófico que el dolor? ¿Qué es Job, el hombre de la santa paciencia, sino un filósofo en acción? La pregunta de usted, amiga mía, nada tiene que ver con el dolor físico, de que son bellos e imponderables ejemplos en la esfera del Arte el Lacoonte y las Niobes; se refiere su afán inquisitivo a lo más laberíntico, difícil, inescrutable e inaccesible de nuestra sensibilidad interna.

—Y sin embargo, mi corazón, mi alma de mujer, me afirma la sensación viva, martilleante del dolor de lo imposible dentro de mí.

—¡Oh, criatura! ¿Dolor o contrariedad?

—Igual... ¿Qué otra cosa puede ser la contrariedad sino un aspecto del dolor mismo?

—Veamos el modo de entendernos. «Dolor de lo imposible»...; es decir, pesar, sentimiento, pena, congoja o aflicción de no poder ejecutar o conseguir —pase lo prosaico de ambas locuciones— lo que es objetivo constante de nuestro anhelo. Desde este punto de vista, bella amiga, corresponde definir como el dolor más alto de lo imposible, el astronómico...

—¡Sin paradojas ni salidas humorísticas, caballero!

—... Sin paradoja. ¿Qué dolor de lo imposible como el de un astrónomo que no logra alcanzar el sol, la luna ni ninguno de esos astros llenos de misterio y de atracción que vemos en el espacio?

— ¡Qué superficial, qué nimio, qué vacío!...

Y como hiciera un gesto de tristeza y a la vez de inefable inquietud, por no ceñir el giro de mi pensamiento al estado de ánimo que en ella había sugerido el tema de la pregunta inicial, la dije ingenuamente, sin trucos ni familiar ironía:

—Sin duda, usted misma encierra en sí la solución de la incógnita. Su corazón, su alma de mujer, como usted ha dicho, llevan dentro el dolor de que hablamos. ¿Para qué definirlos, pues? Toda la psiquis femenina, frente a la imposible realización o logro de un ensueño, de



un afán, o de un capricho, se enciende en viva hoguera, que a veces es de holocausto, de renunciación cruenta y sorda, y otras de aguda excitación banal, de mortificante prurito de la coquetería, que algún técnico clasifica entre las enfermedades morbosas. No diré que sea el más insoportable de los dolores ese de que usted se siente combatida —y que yo no osaré explorar—; pero sí que es el que más perturba la existencia: sacúdalo, ahuyéntelo usted de sí, amiga mía, so pena de agotar en la estériles lamentaciones de Leopardi —sacerdote de todo pesimismo— el helénico placer de vivir sintiendo el contacto de todas las cosas.

LA VOZ REVOLUCIONARIA⁵⁸

De golpe, para el caso, ha venido el viejo mundo europeo a sentir en lo más íntimo de su entraña el estremecimiento revolucionario. Ayer Rusia, la autocrática, la oscura y complicada tierra de los zares plutócratas y déspotas; hoy Austria, la imperial, la románica y cesarista, raíz genealógica de las grandes corrupciones monárquicas.

Una corriente germinal intensa las ha sacudido, inflamándolas en la afirmación de una existencia nueva. En ambas naciones, por un fenómeno de energía social instintiva, han surgido del fondo mismo de sus dolores, de sus culpas, de sus desgarramientos, de su obsesión dominadora y sangrienta, de su suerte adversa, en fin, la desesperada preocupación de la vida, el estímulo conservatriz de la personalidad, el acicate de la conciencia racial. Y entre el horror y el aniquilamiento de la guerra, en el ansia de un oráculo supremo y salvador, el pensamiento nacional, así en Austria como en Rusia, no tiene más que una obsesión luminosa: la República, y un éxodo sagrado y glorioso: la Revolución.

Somos espectadores —y quiera Dios que en España seamos pronto, al menos por contagio, actores perseverantes— de las más estuendas transformaciones del pensamiento político y de la organiza-

⁵⁸ *El Progreso*, Santa Cruz de Tenerife, 5-11-1918, p. 1. Este artículo también está recogido en la edición de Carlos Aguiar García: *Luis Rodríguez Figueroa. Del regionalismo a la revolución*, Ediciones Idea, Santa Cruz de Tenerife, 2008, pp. 161-166.



ción social actuales. Asistimos a una honda conmoción de todas las fuerzas y valores del antiguo régimen, en la que el convencimiento democrático, como una sustancia explosiva, hace saltar en pedazos el podrido cascarón de los poderes decrepitos y concupiscentes. Barbarie es la guerra, en sus principios y en sus consecuencias inmediatas; pero suele traer consigo, por ley de los contrarios, vivaces y misteriosos gérmenes de ulterior fecundidad. Aunque destruye, deja entre el polvo de sus ruinas el alma de libertades futuras para las generaciones venideras. En la esclavitud del soldado que vierte su sangre bajo la tiranía de la ley del Estado, germina latente la rebeldía de mañana, que hallará en esa misma ley el motivo para extirpar a quienes la implantaron.

Mayor hecatombe no han presenciado ni la volverán, quizás, a presenciar los siglos. Un torrente de metralla y de sangre, desbordado por el haz de la tierra, ha segado en flor millones y millones de vidas humanas. Brazos que eran palancas de prosperidad han sido arietes para el derrumbamiento de todos los emporios de producción y de abundancia; inteligencias que ennoblecían el ministerio iluminador de la civilización, se han perdido para siempre en el trastorno epiléptico de ese horrendo fratricidio reglamentado e internacional que es la guerra. Se ha sembrado el odio y se ha grabado una espantable visión en la Historia; empero, de lo más profundo de tanta responsabilidad comienza a difundirse el verbo de las rehabilitaciones perdurables.

Repugna a nuestro temperamento, a nuestra educación y a nuestros principios el derramamiento de sangre, la violencia y cuanto significa transgresión de la ley fundamental cristiana: «amaos los unos a los otros». Sin embargo, enfrente de la máxima evangélica, se ofrece con una actualidad brutal el proverbio inexorable: «la letra con sangre entra». Ahora, después del derroche de tantas vidas y del despilfarro de tantos tesoros en artilugios de exterminio y de muerte, caen los hombres en su cuenta y se percatan de la conveniencia de la paz y de la necesidad de introducir a tocateja un nuevo régimen de vida, tanto en el orden político como en el social. No ha bastado la serena persuasión del filósofo, ni la admonición reiterada del moralista, ni la documentada instigación del sociólogo, ni el desvelado em-

peño del propagandista y a la vez hombre de acción; ¡ha sido preciso —para esta renovación que está cambiando la faz de Europa— que la precediese una abominable carnicería! Debemos resignarnos! También fue carnicería la que sirvió para el triunfo de las ideas de Cristo, aunque de bien poca cosa nos haya aprovechado su inapreciable sacrificio y el de sus apóstoles y secuaces.

La lección de esta actualidad abrumadora y trágica se adentra con voz prodigiosa en el espíritu de los pueblos. Ha sido un holocausto asiático, terrible; pero del centro de la inmensa pira expiatoria empieza a brotar el grandioso milagro. La ideología de dos siglos, hecha carne, sangre y dolor en las llanuras del Marne, en las cumbres de los Alpes, en los lagos de Mazuria y en las proximidades del Bósforo, está en el trance culminante de acrisolarse y resplandecer con la pureza de una antorcha victoriosa. Y hay que repetir la inexorable, tremenda, desconcertante crueldad del proverbio: «la letra con sangre entra». Porque es verdad: la virtud dignificadora de las ideas de paz, de libertad, de justicia y de ciudadanía parece que vuelve a tener un sentido de realidad y un valor de aplicación práctica —¡oh inverecundo y cerril antagonismo de los hombres!— después que Europa entera, desangrada, se ha dado cuenta de que fenecía de miseria y casi apesataba a cadáver.

Las necesidades extremas originan también extremas soluciones. Del caos, como en aquellos tiempos milenarios del Génesis, vuelve a brotar la luz. Lo que no ha logrado la inteligencia —con ser la obra de renovación social obra del esfuerzo evolutivo de las ideas— lo ha obtenido la solidaridad del sentimiento colectivo. Mientras en el misterio de nuestra naturaleza espiritual no funciona más que el pensamiento, el mecanismo de la vida es sólo un aparato sorprendente y lleno de maravillas; cuando, a la acción ideológica se agrega el calor sentimental, la expansión germinatriz del sistema emotivo, entonces todo es posible: la palabra y el acto se han fundido en una aleación portentosa, activa y eficaz; la revolución sale al paso de la evolución y la suplanta, por que es imprescindible marchar más aprisa. Las grandes distancias se salvan al galope, aún a riesgo de perder la existencia.



Y eso es lo que acaba de hacer Rusia, y lo que están haciendo Austria y Bulgaria, y lo que hicieron Portugal y China, y lo que harán Inglaterra, con ser tan amplias sus costumbres políticas, e Italia, la de perseverante espíritu progresivo, y España, la retardataria, la del charlatanismo impenitente, siempre insegura y vacilante como un fantasma animado por la habilidad de una taumaturgia intolerable y estéril. Faltaba la acción emotiva y ya la tenemos. Todo el mundo la siente. Se ha derramado por la tierra el óleo santo de un sentimiento unánime y los corazones todos se preparan para la gran fraternidad universal.

Oigamos la voz de las reivindicaciones decisivas. De hoy en adelante no habrá más que ciudadanos. Llegó la hora de enjuiciar todas las tiranías y de acabar con todos los servilismos. El mejor síntoma es que aun los mismos devotos del pasado y de las situaciones consagradas inclinan resignados la cerviz. ¡Se han sentido agobiados por la morbosidad de una existencia siempre igual e infecunda! Y en medio de esta tempestad mundial sin precedentes, aquella voz se hace superior al rugido catastrófico y señala a los pueblos consternados el instante de recobrar la dignidad y soberanía que por siglos han tenido en tutela deshonrosa.

BIZANTINISMO⁵⁹

Cuando Maura confeccionó el Ministerio cuya dimisión confirmaron los telegramas del día 6 —Ministerio de notables, de *leaders*, al decir de la prensa madrileña; de «primeras espadas», para decirlo con expresión típica y más a tono con la psicología de la raza—, sintió la extraviada sensibilidad española la satisfacción que produce en los entendimientos miopes y en las almas superficiales todo lo aparatoso y teatral. Por limitación comprensiva originaria, por una buena fe despreciable, o por hipocresía acomodaticia más despreciable aun —quizá por triple aleación de esas diversas situaciones internas—, no vio España que aquella agrupación de prohombres de la Monarquía era una martingala de gentes ambiciosas o palaciegas, para sacar de apuros, no al país, sino al régimen que nos mantiene en ignominiosa decadencia; no a la soberanía del pueblo, sino a la realeza; no a la dignidad nacional, sumergida en una situación brumosa frente a los conflictos exteriores dimanados de la guerra europea, sino a la majestad de la Corona, insegura de sí misma ante el vendaval revolucionario del actual ciclo histórico.

¿Se explica, de no haber ocurrido así ayer, y de no seguir aconteciendo igual hoy, que a la hora en que todos los pueblos funden violenta y omnímodamente su nuevo destino en la fragua de la Revolu-

⁵⁹ *El Progreso*, Santa Cruz de Tenerife, 11-11-1918, p. 1.



ción —destino de libertad, de repudio de las viejas fórmulas y de creación de valores distintos—, sigan, empero, dirigiéndonos, a expensas de idénticos procedimientos de combinación política, una parte de los factores ministeriales —nebulosa desprendida de otro núcleo nebuloso de mayor densidad— que integran el organismo gubernamental inocuo que acaba de fracasar tan vulgarmente? Es para descorazonarse. La crisis del gobierno de Maura y la solución que la misma ha tenido, constituyéndose un gabinete inferior en unidad jerárquica al que ha dimitido y superior a él en rutinarias prácticas políticas, lejos de esperar a los que desconfiamos de la renovación social de España, lo que hace es recrudecer el escepticismo que nos domina. Un Estado enmohecido, donde a pesar del sangriento desastre de nuestra política colonial, y de la humillación de entonces, siguen gobernando los hermanos menores de quienes con la Restauración inmovilizaron el espíritu democrático de la clase media hispana, no puede sugerir probabilidad alguna de posibles y ulteriores rehabilitaciones.

Si lo que nos hace falta es cambiar de conducta y de métodos que la hagan eficiente, ¿cómo va a lograrse lo uno y lo otro mediante la intervención de los que han prostituido la primera y hecho de los segundos el más descarado arbitrio de medro oligárquico y de nepotismo prevaricador?

De más está discurrir —para hacer evidente la incompatibilidad del porvenir con el pasado, del ideal con el dogma, que es petrificación— acerca de la causa fundamental de estos tanteos y equilibrios de los que todavía aparecen afectos y al servicio de unos intereses que están en contraposición con los del pueblo español. Aunque algunos aparenten ignorarlo, nadie lo ignora en realidad. El recientísimo Ministerio que preside el árido y anodino señor García Prieto, es como un remiendo en un manto de soberano que nadie desgarra por pusilanimidad cívica; pero que al fin y al cabo hará jirones la acción fatal del tiempo y las imprevistas exigencias con que mañana habrá de sacudirnos la obligada relación de pueblos más decididos y más árbitros de su personalidad que el nuestro.

No tenemos, desgraciadamente, un estado llano apto y resolutor. Si no nos alecciona la enseñanza de esos consejos de obreros y sol-

dados —la equidad y la fuerza en nexo vindicativo— que en Rusia, Austria-Hungría, Bulgaria y en la misma Alemania, últimamente, han emprendido la obra de acabar con los gobiernos palatinos, de camarilla y de intriga, forjados más por la coacción indirecta de la potestad real que por imperativo de una estricta ciudadanía, seguiremos siendo, como hasta el momento presente, una recua berberisca, paciente para todas las sumisiones impuestas por el látigo e insensibles al ejemplo de arrebatos con que los demás han sabido recabar el sentimiento de su respectiva dignidad.

Unos cuantos hombres que nunca se han sentido limitados por el vínculo tradicional de acatamiento a los poderes mayestáticos, no bastan para concluir de una vez, sea como fuere, con este espectáculo vergonzoso de un bizantinismo corruptor, de una sucesión de gobiernos acéfalos, sin eficacia, sin acción centrífuga, sin dinamismo propulsor ni dominio integral de las orientaciones modernas. Mientras no exista, bien a base de difusión continua y progresiva —sistema tardío, desacreditado y hoy en desuso—, bien a expensas de súbita inflamación del instinto vital hija de inesperado milagro, colectivo, una opinión consciente, una voluntad ciudadana, dueña de sí, sin los innumerales estigmas de educación viciosa y contradictoria que informan nuestra existencia, esterilizándola para toda actividad suprema y trascendente, habrá que maldecir de la hora en que venimos al mundo en un país sin estímulos ni afán de procurárselos, o resignarse al bochorno de un futuro en que, desde fuera, nos sometan, de grado o por fuerza, a la tutela indispensable de que han menester los incapaces para regirse a sí propios.



COMENTARIOS A LA CARTA DE UN ALMA TRISTE⁶⁰

Llega a mis manos —expresiva y confidencial mensajera de prematuras nostalgias— una carta donde, concisa y nerviosamente, alienta la intranquilidad dolorosa de un corazón de mujer, incomprendido. «Mi vida —dicen algunas líneas de concentrada amargura— no tiene aliciente: nada espero que no sean tristezas; nada que haga revivir a mi alma, despierta solo para el dolor. Por toda riqueza ambicioné cariño, y a Dios debió parecerle mucha mi ambición».

Esta joven mujer que así escribe —perdonad que un sentimiento de noble reserva sustraiga su nombre a la curiosidad del que me lea— no es una romántica de última hora, ni es tampoco lo que generalmente se entiende por una marisabidilla. Hay en su carta —que en cierto modo viene a refutar mi crónica *Dolor de lo imposible*, publicada en *El Progreso* del día 24 de octubre próximo pasado— sinceridad, elevación de pensamiento y justa medida de la sensibilidad interior. Se trata, pues, de un espíritu femenino seleccionado, cuyo vuelo remonta más alto de lo que acostumbra el común denominador de nuestro bello sexo; y creo no incurrir en ninguna incorrección al ofrecerle —cortesía y comentario a la vez— no una respuesta privada, sino esta pública que por mediación de la prensa le envió. Siempre será, para él y para mí, estímulo de meditación, y camino de

⁶⁰ «Correspondencia espiritual. Comentarios a la carta de un alma triste», en *El Progreso*, Santa Cruz de Tenerife, 18-11-1918, p. 1.

perspectivas interiores para quien busque en la psicología ajena afinidades de la propia.

Un alma que ha empezado a sufrir es siempre un horizonte que se borra o se acorta ante la vasta y sombría perspectiva de la noche próxima. El dolor, como un sol en Occidente, ennoblece toda la infinitud que pueda tener nuestro anhelo; pero impide ver y aprovechar el tesoro de energías oculto en aquella parte del hemisferio de la existencia que ha quedado oscurecida. ¡Oh, amiga mía!... Bien está que haga usted el honor de una suspirante reverencia íntima a su temprano infortunio; no así que por esclavitud a sus desengaños impere el sacrificio allí donde el esfuerzo de la primavera puede aún deslumbrar con muchas flores. Todo se renueva en la sucesión del tiempo. En el fondo de cada hora de tristeza no hay más que momentos de doblegación de nosotros mismos. La total tristeza de una vida es solo el producto de la multiplicación de esos momentos. Que nuestra voluntad se supere a sí misma en el empeño de restarlos o reducirlos a factores accesorios de la corriente del mundo, y seguiremos siempre —hasta el límite de los años posibles— esperanzados en el rescoldo de la felicidad anhelada o confortados por la savia ideal del único ensueño que culminó en nuestra vida.

«Dolor de lo imposible» —se me dice— «no es la contrariedad de no conseguir lo que se desea; es sentir una pena muy grande y muy honda, y saber que no hay consuelo para ella». En la sencillez de forma de estas palabras late, intuitiva, la serenidad viva y doliente de un temperamento esquilino. Empero, no es definir lo que importa, criatura de selecta espiritualidad. Las definiciones suelen ser —y permítaseme el ejemplo— como esas muestras de tela que el horterero nos exhibe en el mostrador y sirven apenas para darnos idea del color y calidad del género; pero no nos bastan para todo el traje. Si pretendemos ajustar a cada estado de ánimo o situación de espíritu la indumentaria léxica de una definición, se quedará tiritando de frío nuestra alma, que no sabe vestirse con retazos sino con mantos imperiales.

No quise yo definir, en toda su extensión y complejidad psíquica, un dolor, el de lo imposible, que se ofrece con tan múltiples y contrapuestos aspectos, lo mismo en el orden material que en el anímico más elevado. Aspiré, tan solo, a presentar en este escaparate del pen-

samiento cotidiano, que es todo periódico, el muestrario de una tela que, desde Sófocles y Esquilo hasta Shakespeare e Ibsen, tiene la urdimbre varia y complicada con que la teje cada corazón que sufre. Por tanto, prescinda la amiga que me escribe de esa definición —que ahora me corrige— o muestrario ofrecido por mí a propósito de lo que ella, en una sugestiva conversación de tranvía, llamara «dolor de lo imposible». Vea el modo de saber que hay consuelo para toda pena, por muy grande y muy honda que sea. No es definiendo las diversas clases de dolores como de ellos nos podremos aliviar o curar definitivamente. Dándonos cuenta de que nuestra vida es como un árbol de muchas ramas y que en cada una hay un nido de esperanzas, llegaremos a soportar con humana firmeza los golpes irremediables y fatales, y a sentir en el desierto aparente de nuestro ser nuevas voces lejanas que nos anuncian resurrecciones imprevistas... Mi consejo, de «vivir sintiendo el contacto de todas las cosas», no implica profanación de las cenizas que un destino ineluctable haya podido amontonar en la profundidad de nuestro recuerdo; supone, a lo sumo, intensidad vital suficiente para eximirse a la obsesión de una continuidad escéptica⁶¹ y dislacerante, y recomienda la actividad de nuestras emociones y sensaciones, que es principio de idealidad constantemente renovada, frente al abatimiento conformista del dolor, que es germen de una admirable pero infecunda abstracción.

⁶¹ «Escética» en el original. También es viable la opción interpretativa «ascética».

PENSANDO EN LA AUTONOMÍA DEL ARCHIPIÉLAGO⁶²

Sin que ello implique exclusivismos de predicación que vendrían a destruir la finalidad difusiva de nuestra propaganda, séanos lícito repetir una vez más que el derecho vincular de los ideales autonómicos en España radica en el Partido Republicano, y solo puede corresponder como patrimonio público a los dignos, por sus obras y palabras, de sentarse a la diestra de nuestra señora la Democracia, que jamás ha sentido la nostalgia de ningún homenaje cortesano y falaz.

En su amplitud y en su pureza, tal como lo sustentara y difundiera el insigne Pi y Margall —cuya memoria recibe una consagración reivindicatriz en este renacimiento luminoso y eficaz de sus doctrinas—, viene a ser el sistema político de la autonomía una reintegración de los pueblos capacitados en el libre ejercicio de su vida colectiva, sin mistificaciones constitucionales de la teoría estatista ni el embrollo tutelar del centralismo, que es la realidad viciosa y perjudicial de aquella teoría.

Aspirar a desenvolverse autónomamente no equivale, como alguien cree, a pronunciarse en rebeldía contra la unidad espiritual de

⁶² *El Progreso*, Santa Cruz de Tenerife, 28-12-1918, p. 1. Este artículo está recogido en la edición de Carlos Aguiar García: *Luis Rodríguez Figueroa. Del regionalismo a la revolución*, Ediciones Idea, Santa Cruz de Tenerife, 2008, pp. 175-177, pero con algunos errores. La fecha está equivocada, ya que se publicó el 28 de diciembre de 1918, y no el 23 de diciembre, como señala Aguiar García; se confunde, además, en el párrafo sexto, valor por velar, que es lo correcto, aparte de que se colocan mal los guiones en este mismo párrafo, con lo que la frase aparece alterada en la pureza de su sentido, así como otras erratas de menor importancia.

la raza, ni contra la suprema fuerza cohesiva que encarna el sentimiento patrio; es, simplemente, sentirse con plenitud de fuerzas propias para afrontar la dirección y desarrollo de los intereses que tienen un carácter privativo, así como para discurrir e implantar prácticamente la diversidad de procedimientos que en la esfera de las relaciones internas se ajusten a las exigencias del vivir cotidiano.

La autonomía entraña un dinamismo preciso, complejo y fuerte: requiere potencia económica, inteligencia diestra y sólida, y conciencia cívica inalterable, llena de firmeza moral. Sin esto, si no se dispone de tales factores, la propaganda autonómica, es lo mismo que girar una letra sin haber hecho la oportuna provisión de fondos.

El alma isleña siente la autonomía y la desea. La siente por que los intereses materiales y la posición geográfica del Archipiélago —por esto y nada más que por esto, aunque se recurra a otras nimias consideraciones— reclaman una libre y propia intervención. Y la desea porque sin duda le ha llegado el momento de comprender que no debe continuar ante el retablo podrido de la política urdida por los caciques, sino que necesita concretar sus aspiraciones en una actitud eficaz que sacuda esta incuria cívica del país y solidarice a todos sus hombres de honrada voluntad para recabar el *self-government* de la voluntad territorial.

Los demócratas de corazón y de pensamiento debemos preocuparnos de este régimen reivindicador e integral. Nos corresponde promover su implantación y velar por la pureza de su ejercicio —si a ello llegamos— contra el pandillaje intrigante y trapacero de nuestros políticos profesionales. Por que es imprescindible que nos preparemos para levantar el rastrillo de la fortaleza de la ciudadanía cuando pretendan escalarla los que tienen por hábito merodear en la opinión pública. Aptos, por instinto acomodaticio para todas las farsas, saben hacer del sentido de la realidad y del de convivencia social un truco utilitario con vistas a un ulterior y personalísimo beneficio.

Sepamos, pues, discernir, documentar y exponer las necesidades peculiares del país canario, procurando hacer de nuestra capacitación la fuerza expansiva suficiente para comprender y desarrollar, con desinterés y perspicaz espíritu moderno, las soluciones autonómicas; pero sin promiscuidades infecciosas ni pantomimas de circo ecuestre.

1919

FALTA DE CALOR ESPIRITUAL⁶³

La opinión pública española, irregular, angulosa, informe, nos sugiere el ejemplo del hierro batido en frío: aunque suscita la curiosidad de las cosas primitivas, indefinidas y resistentes, deja en nuestro ánimo —depurado por esta vida moderna de relaciones, más exquisitas— el desconuelo que producen las conformaciones inexpresivas, sin energía interna, sin la influencia suprema de un agente transformador definitivo.

Vivimos y accionamos de una manera indecisa, sin conexión, a saltos arbitrarios, sin dependencia unos de otros, contrariando muchas, muchísimas veces, el ideal de perfeccionamiento nacional que se nos pregona desde los escaños del Parlamento, desde las poltronas del Gobierno o desde las columnas de los grandes rotativos. La voluntad colectiva permanece refractaria a todo desenvolvimiento uniforme y solidario; falta de espontaneidad en sus determinaciones íntimas, no llega nunca a la acción difusiva y virtual necesaria para establecer el concurso activo de los órganos morales del país. De ello depende que nada florezca ni fructifique entre nosotros.

⁶³ *El Progreso*, Santa Cruz de Tenerife, 3-01-1919, p. 1.



Nos falta calar espiritual. Desde el punto de vista de su impresio-
nabilidad psíquica, hay que reconocer en el pueblo español la inefi-
cacia del esfuerzo de los hombres de cultura para aleccionarlo y co-
municarle el afán de una renovación inaplazable, jamás la labor
persuasiva de la pluma y de la palabra ha tenido obreros más aptos,
más competentes y de más despejo mental que los que diariamente
vienen consagrados a forjar nuestra personalidad para el porvenir, y
sin embargo... nada: permanecemos inmoldeados, llenos de líneas
irregulares y violentas, que no ceden a ningún esfuerzo, porque se
actúa sobre nosotros en frío, de una manera académica o dialéctica,
empleando el silogismo con un pueblo que lo más inculto que tiene
es la razón, en lugar de ganarlo por la sensibilidad, que es el camino
más corto y seguro para llegar hasta la zona de las ideas.

Que se nos analice, siquiera sea someramente, y se verá que los
sentimientos más profundos y sustantivos de la raza continúan sumi-
dos en la oscuridad atávica de los primeros tiempos. En el fondo de la
psicología española perduran, casi invariables, las tendencias regresivas
y los impulsos del fanatismo. A nuestra sensibilidad moral no ha
llegado todavía el calor de un gran espíritu dominador y atractriz.
Nuestros tribunos y nuestros escritores no han hecho más que ensayar
estilos literarios y combinar imágenes retóricas, porque no aciertan a
descubrir el talismán que mueve y funde los afectos, facilitando la
educación y modificación de los mismos. Y es que los hijos, en lugar
de irnos derechos al corazón de la madre, nos hemos entretenido
estérilmente en contarle las superficialidades que eslabona el natural
despejo en una tertulia de gentes dicharacheras.

LA PRENSA HEROICA⁶⁴

La epopeya de la rebeldía contra la opresión de los déspotas, ha tenido siempre por caudillo invencible e inapresable al pensamiento. Vencidos, maniatados, bajo la acción persecutoria de la fuerza, han sentido muchos pueblos el bárbaro desquiciamiento de su vida material, llegando a veces hasta perecer bajo la destrucción más completa; pero del fondo mismo de las ruinas, de la desolación y del exterminio, como revelación de un espíritu imperecedero e invulnerable, surgió más o menos pronto el prodigio triunfante de las ideas: la Libertad.

Hemos asistido —aún lo estamos presenciando— al grandioso despertar de Bélgica redimida. A pesar de la férrea dominación del invasor, el sentimiento moral de su independencia se hizo férvido apostolado en tres grandes intérpretes: el cardenal Mercier, Adolfo Max, alcalde de Bruselas, y la Redacción incógnita de un periódico audaz, lleno de esa santa virtud —la de una irreductible y fiera conciencia pública— que lleva a todas las apoteosis. Este periódico es *La Libre Belgique*.

Del austero y enérgico arzobispo de Malinas, y del digno y no menos enérgico magistrado comunal de Bruselas —la ciudad del encanto sereno y de la distinción amable, entre todas las de Europa—, nos son conocidos los rasgos más salientes de viril ciudadanía; pero ignorábamos el éxodo gallardo y a la vez azaroso de *La Libre Belgique*, en el que parece

⁶⁴ *El Progreso*, Santa Cruz de Tenerife, 24-01-1919, p. 1.

culminar la magnitud de una voluntad indomable, hecha ensueño de un país libre bajo la injuria del sable conquistador. Ninguna publicación periódica, bajo las reprobables ignominias de una guerra sin precedentes, ha librado tan bizarra y tenaz campaña de patriotismo y de sacrificio como la antes citada. Perseguida con tenacidad inaudita por el gobernador general germánico Falkenhausen, ella alentó desde el misterio de la clandestinidad el ansia de reparación del pueblo belga y su esperanza de manumisión futura. Y llegó, al fin, el día radiante y memorable.

Del más viejo de los diarios comenzados a publicar a espaldas de la censura militar, a raíz de la ocupación de Bélgica por los alemanes, se cuentan aventuras estupendas y curiosísimas. Cuando Falkenhausen sucedió a Bissing, llegó hasta encontrar en los bolsillos de su abrigo números de *La Libre Bélgica*, y aunque las pesquisas policíacas menudearon y se hizo venir de Berlín a los más diestros esbirros del poder, el periódico rebelde y libertador continuó su propaganda, llena de [...] y una astucia sorprendentes. La rabia de Falkenhausen llegó a un límite extremo cuando un día, en la primera plana, apareció su fotografía y debajo su firma auténtica.

Fue capturado, al fin, el impresor, encarcelado y condenado a doce años de trabajos forzados. Este triunfo policíaco lo solemnizaron los sabuesos de Falkenhausen con un gran banquete; pero quince días después *La Libre Bélgica* reaparecía, irónica y pimpante, burlando todas las medidas represivas y publicando como gráfica nota de burla una fotografía del banquete consagratorio *del éxito* de los policías berlineses, sin que hasta ahora se haya podido saber cómo los redactores del diario clandestino lograron obtener el cliché.

Ha vuelto Bélgica a recobrar su libertad y de nuevo el ramo de oliva corona la frente de los pueblos ensangrentados por la guerra. Y —como es necesario— para honrar las hazañas de los héroes —que universalicemos el culto a los que nanea se envilecieron bajo el yugo de la fuerza, ni abdicaron jamás la dignidad del pensamiento, libre, batallador y enemigo irreconciliable de todo servilismo, nos parece de fausta oportunidad que la prensa demócrata del mundo entero consagre un homenaje de admiración y de fraternal compañerismo a *La Libre Bélgica*.

UN HÉROE DEL ESPÍRITU. SAN SEBASTIÁN⁶⁵

Del seno tumultuoso y androgenésico del Tiempo —como de la voz de un oráculo sagrado hecha imagen— surge ante nosotros la epopeya ardorosa en que el héroe cristiano tuvo un gesto de grandeza lírica y humana. Ella es de un contenido anímico que irrumpe en el más ennoblecedor e indescifrable de los éxtasis: el de la vida ultraterrestre por la confusión en el ser único, esa abstracción personificada de un concepto metafísico que Platón y Sócrates simbolizaron en el demiurgo.

Todo el esfuerzo mental nuestro no bastará a hacer revivir ante vosotros su figura —su doble figura diremos— física y moral. La vida del hombre y del mártir es una vida de luz. Cuando en ella se extinguían los resplandores del Helios pagano por una hipóstasis maravillosa y triunfadora aparecía coronando la bella frente del jefe de los arqueros de Diocleciano el nimbo mirífico de la paloma de la Gracia. En la profundidad de los siglos, donde fermenta siempre una mezcla de horror y de belleza, ninguna época ofrece al artista y al psicólogo una combinación de matices tan opuestos y a la vez tan intensos: pudo contemplarse en un momento de convivencia de los mitos ar-

⁶⁵ «Vidas hagiográficas. Un héroe del Espíritu. San Sebastián. Conferencia que di-era hace algún tiempo en la Escuela Normal de Maestras de La Laguna, nuestro amigo Luis Rodríguez Figueroa (*Guillón Barrús*)», en *El Progreso*, Santa Cruz de Tenerife, 10, 13, 15, 17, 20 y 24 de mayo de 1919, pp. 1-2.



caicos con los principios de las nuevas predicaciones, frente a la confortante y suave humildad de la Panagia, la complaciente y noble serenidad de la Minerva del Capitolio.

Los pueblos históricos descansaban aún sobre un destino de concepciones mitológicas, pero empezaban a transformarse por la crisis violenta y regeneradora de conceptos fundamentales y eternos. Del centro mismo del Mediterráneo, en aquella gran península donde el alma latina rompió en un vuelo de águila el cerco trazado por Rómulo en torno del monte Palatino para santificar con un rito etrusco la fundación de Roma, formáronse aquellas legiones conquistadoras de los Césares que partiendo hacia Oriente y Occidente habían de fertilizar con una movilización de poderosas energías la Antigüedad entera. Bajo la égida del Paladión, transportado al Lacio por el hijo de Venus y de Anquises, fue creciendo el radio de la ciudad sagrada, hasta llegar a aquel apogeo de gloria interior y de engrandecimiento geográfico que alcanzara bajo el reinado de Octavio Augusto, fecha memorable en los fastos del pensamiento y de la evolución social del mundo. Entre esos puntos culminantes de la historia antigua; el uno que emerge del fondo de la fábula y el otro que se fija y precisa en fuentes de autenticidad, ¡cuánto esfuerzo de raza, cuánta grandeza de energías cívicas, cuánto ejemplo de virtudes ciudadanas y de sabio desenvolvimiento de las de las aspiraciones étnicas y nacionales! En ese [alentar] altivo y fuerte del pueblo romano, en esa diseminación de la simiente fecunda de su genio y de su misión histórica quizás palpite, como un secreto inviolable del progreso y de la cultura, una gran parte de la fuerza de propagación universal del Evangelio.

¿Por qué lejanas y luminosas combinaciones de todos los sistemas de moral, de filosofía y de gobierno de la Humanidad, sobrevino la extinción de la fulgurante y dominadora proyección de la antorcha del Paganismo? ¿Por qué surcos enigmáticos cruzó, infiltrando gérmenes desconocidos en la vida, el rayo de un nuevo pensamiento y de una nueva idea? ¿Cómo brotó en aquel vasto y espeso concurso de naciones relucientes, ricas y poderosas, pero entregadas a la idolatría, a la molición, a la esclavitud del hombre por el hombre, la chispa de la palabra que había de incendiar los viejos ídolos y dar al mundo una fórmula de amplitud para los más altos vuelos del espíritu y para las

más exigentes reivindicaciones de la dignidad humana? ¿De qué raíces y por misterio de qué ineludibles corrientes de todas las creencias, de todos los ritos, de todas las enseñanzas, de todas las doctrinas, de todas las sabidurías, de todas las aleaciones, en fin, de lo que hasta entonces había sido universalidad y totalidad del pensamiento del mundo, se formó el árbol pródigo a que se acercó la Humanidad entera con hambre y sed de justicia? ¿De dónde vino y cómo fructificó el germen transformador de las sociedades futuras? ¿Por virtud de qué prestigios se sobrepuso a los primitivos estados de conciencia hasta llegar al héroe por quien sentimos este entusiasmo de las cosas pasadas? El fenómeno nos ha despertado desde hace algún tiempo, un interés constante, enlazado con la curiosidad de penetrar en la vida de aquél para observar su desenvolvimiento y sorprender aquellos singulares aspectos del hombre que en la plenitud de todos sus ímpetus vitales desprecia el favor, la protección y los halagos del César ante el influjo impercedero y pertinaz de «la palabra nueva».

¿Pero era todo nuevo en la palabra centelleante que preconizaba la fe en un destino más alto y compatible con la visión espiritual del porvenir de las multitudes? Siguiendo las líneas de intercambio mercantil y las de conquista militar y política de las extinguidas demarcaciones geográficas —Grecia, Italia, Egipto, Cartago, Fenicia, Palestina, Asiria, Caldea, Persia, Etiopía, Bactriana, la India, toda la región del Ponto y la continental de Germania y Sarmacia— debemos detenernos y reconocer cuales fueran los vestigios jalonados del pensamiento de esa gran procesión de pueblos que ha henchido de fastuosidades deslumbrantes y a la vez del horror de hondas convulsiones el libro de la Historia; porque el pensamiento, en las razas ya vencedoras o vencidas, ha sostenido siempre en alto como una señal de salvación y de perdurabilidad, las prerrogativas más excelsas del ideal de cada civilización. ¡Qué inmensas e intrincadas aparecen las de aquellos grandes núcleos que integraron la primitiva geografía política! ¡Qué misteriosas las raigambres que se entrecruzan en la existencia de unos y otros hasta confundirse algunas veces y producir nuevos tipos de civilización! Así se nos ofrece la explicación del arte fenicio, encerrado en una concepción tosca e irregular del de los egipcios y asirios, y así también el de los romanos, de un primitivo origen etrusco, fúnde-



se la gracia y ligereza helénica. Igual que en el arte en cada manifestación de la vida antigua obsérvanse relaciones e influencias recíprocas. Si el medio representativo plástico por el que encarnan las ideas los sentimientos y las aspiraciones de la colectividad o del individuo produce o crea entre razas afines o diversas elementos nuevos y combinaciones multiformes, sobre la base de patrones comunes o propios, del mismo modo se desarrolla este principio de palingenesis artística aplicado a las puras especulaciones de la mentalidad. En todos los tiempos, a despecho de las más severas disciplinas y de los más hondos abismos entre los pueblos, las radiaciones del pensamiento humano han tenido maravillosos puntos de contacto, momentos de afinidad pasmosa que se han eternizado en la sucesión del tiempo y de la humanidad.

Con los pelasgos probablemente llega por primera vez a la antigua Hélade el primer elemento generador de la mitología pagana que va perdiendo de un modo paulatino, bajo la influencia de otro clima, y quien sabe de que otros agentes de evolución, la pesadez y el rígido sopor de su oscuro entronque con la tradición védica. Y con esa mitología las ideas, sangre o licor vital de las representaciones eternas, y con las ideas la filosofía, la moral y la religión con que ellas acentúan la distintiva de los grandes grupos sociales. Por procedimientos análogos, por aproximaciones voluntarias e irrefrenables, se inician y consolidan los intercambios recíprocos del espíritu y de la inteligencia. Busquemos estos contactos antes del cristianismo y veremos que en la entraña de todos los dogmas anteriores al establecido en el primer concilio de Jerusalén, de que nos hablan los Actos de los Apóstoles, haya acaso un fondo común. Ascendiendo al vértice de las ecuaciones metafísicas, como operación interrogante la más elemental de nuestro espíritu, tropezamos con el principio de todas las cosas, con la sustancia infinita e indeterminada, con la unidad indivisible, con Dios. ¿Y cómo se nos ofrece este concepto de la fuerza generatriz del mundo en la teología india? ¿No es Brahma el Ser Supremo salido de un huevo maravilloso? Descartemos todo lo que es leyenda o mito; indaguemos solamente las relaciones lógicas del hombre, de la vida y de la actividad cósmica para arrancar de ellas un sentido superior y establecer el valor ultramaterial de nuestra existencia. La causa única del Universo

existe, defínasela o aplíquese la como se quiera, que este no es nuestro objeto. En torno de esa causa, girando incesantemente con una persistencia escrutadora que asombra, hanse formado todos o casi todos los métodos de moral, de filosofía y de religión. De las interrogaciones a Brahma fue formando Buda o Sakiamuni la serie de postulados que conducían al Nirvana después de una laboriosa transmigración en que depurada de toda mancha llegaba el alma al término de su destino. Más tarde, el estoicismo, ¿no proclamó por ventura, como el credo búdico, principios que arrancando de la concepción filosófica de la sustancia y de la fuerza, como términos metafísicos, tienen en el orden moral un enunciado de íntimas analogías con aquel? La fe del corazón, la pureza de sentimientos y de alma, la severidad, en fin, de costumbres predicadas por Buda, ¿no nos lleva a pensar, afirmándola, en la posibilidad de intercambios remotos? ¿No llegó acaso hasta las riberas del Indo Alejandro de Macedonia? ¿No fundó este en la Bactriana más de catorce ciudades que pobló con más de catorce mil griegos? ¿Y no pasó más tarde a Roma la filosofía de Zenón y de Epicteto para convertirse de fruto de especulaciones mentales en regla de vida práctica con Escipión estoico en la conquista, con Bruto estoico en el patriotismo, y con Catón estoico en la política y el gobierno? Si venimos a tiempos que nos son más asequibles, ¿no es acaso Kant un estoico complicado, y su imperativo categórico, origen del héroe moral, una refundición concentrada de los dispersos elementos de la escuela socrática? ¿Y antes que el profesor de Kaenisberg, no presintió Schiller, en su *Don Carlos*, el mismo ideal kantiano? Así como la semilla contiene en germen una sucesión indefinida de formas, así también la idea lleva consigo una indefinida y cambiante sucesión de modalidades y proyecciones que sin cesar evolucionan en el entendimiento.

El comercio de la mentalidad antigua es un hecho comprobado por la historia y la geografía. Cuatrocientos veinte y nueve años antes de Jesucristo, el discípulo primero de Sócrates y, después de Euclides, Platón, había emprendido largos viajes de estudio y de recolección y siembra, por decirlo así, de ideas que no mucho después habían de encontrar un sorprendente renovador en su discípulo Aristóteles, tal vez el primero en sentar los precedentes del método científico.



A medida que nos engolfemos en estas disquisiciones retrospectivas nos será indispensable rozar los gérmenes del cristianismo con la teología platoniana, sin que nada signifique contra tal evidencia el que los sentimientos religiosos del paganismo estuvieran en pugna con la esencia de las doctrinas filosóficas puestas en circulación, porque esa divergencia entre el pensamiento en todo tiempo marcha y las creencias sociales cuya tendencia es a la estabilidad, es un fenómeno normal y de fácil comprensión. Tanto más evidente resulta el aserto cuanto que a medida que recorramos el pasado y nos introduzcamos en él, concluiremos por ver en las sinagogas de Palestina, llevados de ese sentimiento de natural curiosidad del hombre que es la primera puerta para el intercambio mental a los hijos del Júpiter romano y del Zeus helénico inquiriendo los misterios del culto monoteísta de Jehová y estableciendo los primeros síntomas de un proselitismo que en no muy lejano tiempo debía servir de preparación y de terreno abonado para las predicaciones del cristianismo. No nos fijemos en las diversas sectas de fariseos, saduceos y esenios, sino baste a nuestro intento la circulación de los valores mentales de unos y de otros, sus disputas en las sinagogas y sus propagandas del credo respectivo. Había en juego intereses nacionales, intereses de razas, e intereses de costumbres junto a otros intereses más transitorios pero de un contacto irrechazable.

La esclavitud del hombre por el hombre, el extravío de los destinos de la personalidad humana empezaba a despertar la protesta sorda y laboriosa del pensamiento sin delinarse aún de una manera concreta y fuerte en las conciencias. Era preciso que todo el contenido de la vieja filosofía, de la vieja moral y de la vieja y multiforme concepción religiosa, filtrase a través de una voluntad firme y de un pensamiento temerario y disolvente, para que con nuevos caracteres, con una originalidad nueva se operase en la inteligencia del mundo antiguo la gigantesca revolución que en los labios del hijo de Galilea había de poner «el testimonio de la palabra nueva». Y fue así, por el laberíntico misterio de una elaboración portentosa, compleja y subitánea como floreció el cristianismo, a cuyo triunfo consagró su existencia el que después del martirio había de pasar como un santo a los altares.

Como un iluminado, Cristo, vidente del futuro recoge y transforma por la taumaturgia del genio todos los relámpagos vivificadores de la antigua sabiduría. Como lo indica la traducción griega de su nombre, Mesías en hebreo, él había aparecido para regenerar el mundo. ¿No es cuando discute con los Doctores, el portador de un nuevo método y de una enseñanza por imágenes en la que el concepto, el moral y filosófico, abre una demoledora y profunda brecha en las absortas muchedumbres? Inquieta y desvanecedora como un rayo de luz, no es la lógica la que convence sino el ideal que agita por todas partes con un frenesí ardiente que a todos arrastra y hace olvidar la dialéctica y los sofismas del Sanedrín. «El sol saliente tiene más adoradores que el sol en el ocaso», decía Pompeyo a Sila y el descendiente de David era el nuevo sol naciente. Él dijo: «haced a los hombres todo lo que queráis que os hagan, por que esa es la ley de los profetas», y repetía con esto una máxima que en el siglo séptimo antes de su Era había expuesto Tales de Mileto con alguna mayor concisión, y que en el transcurso del tiempo, aunque quizá con sentido más limitado, había de proferir el emperador Trajano, no obstante haber perseguido con notoria crueldad a los continuadores de la obra de los Apóstoles. En muchos puntos de la doctrina del que predicó el desprecio de las riquezas y proscribió el juramento, se percibe una resudación de la secta de los esenios, que diríase un paso de preparación para el Evangelio. En las nuevas costumbres de los cristianos se deslizan reminiscencias del mesianismo judaico. El Bautista, que era un esenio, fue el precursor, y en el Apocalipsis y en la Epístola de San Pablo descúbranse indicios de la moral judaica y de las prescripciones legales del pueblo de Israel.

¿Era algo inmanente en Jesucristo la palabra divina? Y esa palabra, la palabra de Dios, ¿no era la concepción definitiva y espiritual de un más alto ensueño de la humanidad anhelante y angustiada? No hagamos más interrogaciones ni sondemos nuevamente ese abismo donde nuestro conocimiento se pierde sin tocar nunca ¡nunca!, un límite. El prodigio se hizo. El espíritu emancipose de las supersticiones del paganismo —de aquel paganismo acariciador que a veces parece refloreecer en nosotros bajo nuevas formas, como un manjar de la vida— y Cristo hecho hombre arrojó del templo a los viles merca-



deres y dejó caer en el surco la simiente de libertad que hizo crujir y deshizo en mil fragmentos la miseria de tantos siglos.

II

Preponderando en la amplitud imaginativa y en el sentimiento de los pueblos, es como la supervivencia de los héroes llega imborrable hasta nosotros y se perpetúa incesantemente. Así el que dos siglos y medio después del advenimiento del Hijo del Hombre, llevando en sus venas un noble linaje latino, naciera para ser un continuador de la doctrina renovadora, en la Galia transalpina, en la vieja y triste ciudad de Narbona. Habían pasado como trombas sangrientas para el cristianismo los Imperios de Nerón, Domiciano, Trajano, que arrojara San Ignacio⁶⁶ a los leones, Adriano que instalara el culto de Júpiter en el templo de Sión, Marco Aurelio, Septimio Severo y Decio; empero era una obstinación rotunda la de la ansiedad de los nuevos conversos y perduraba como un hervor místico en el alma cristiana pura y tersa cual un cristal recién salido del horno sagrado. Incendios, sacrificios, persecuciones, torturas... todo inútil. Parecía que esas tiránicas y cruentas barbaries tenían el sentido oculto de una enseñanza indeleble para los hombres de una acrisolada y continua acción en la gimnasia de la voluntad, en la santificación del espíritu, en el ennoblecimiento del corazón, en la autonomía de la conciencia, en la libertad completa, al fin, de la vida interior, que hace del individuo un héroe de todos sus instintos y pasiones y le esclarece la misión de su paso trascendental por el mundo.

Como Buda había suprimido las castas, avanzando algo más en el desarrollo del principio, Cristo había predicado la igualdad de los hombres ante Dios. El cristianismo, que fue tanto una revolución contra el despotismo nacional de los Césares como una rectificación

⁶⁶ Se refiere a Ignacio de Antioquia, uno de los Padres Apostólicos de la Iglesia. Redactó siete cartas mientras se le conducía desde Siria a Roma para ser ejecutado: «para ser trigo de Dios, molido por los dientes de las fieras y convertido en pan puro de Cristo», según escribió en una de sus cartas (A los Romanos: 4, 1).

de la pétrea sequedad de los severos dogmas judaicos, cundió con mayor eficacia fecundadora entre el elemento heleno y latino, y el bárbaro de los galos, que en aquel oriente suntuoso y embriagante como su molicie perfumada. Los pueblos occidentales, de mentalidad más fresca y renovada, más apta para la asimilación del verbo evangélico y con una energía moral más fácil al desprendimiento y a la generosidad tenían en tales cualidades el factor de más importancia para hacer triunfar en la lucha la idea de un Dios único, que también enseñara con una anterioridad de centenares de años el desterrado Anaxágoras⁶⁷.

De este modo hemos de acercarnos hasta la figura de aquel que las mujeres fenicias de Biblos⁶⁸ admiraban con la voluptuosidad que despierta la contemplación de la belleza con el arrobamiento que pone, en la percepción visual, la armoniosa compostura de las líneas del cuerpo humano, que en nuestro héroe parecían adunarse para reproducir la hermosura de Antinoo, la esbeltez del Hermes de Praxíteles y la insinuante languidez de Ganímedes. Setenta años después de la persecución de los cristianos de Lión por Marco Aurelio, apenas sí preludivan los balbuceos de su infancia el nombre de aquel que, en la hora trágica de la agonía, repetían los mártires con delirio extra-humano: «la peor muerte será la mejor para agradar a Dios»; pero a los treinta y dos o treinta y cuatro años de su nacimiento, ya en el corazón el ansia libertadora y en la voluntad el indomable empeño de propagar las verdades para la salvación eterna que enseñara San Pablo, le encontramos, jefe de la cohorte pretoriana del dálmata y

⁶⁷ Filósofo presocrático (vivió entre el 500 y el 428 a. C.), que introdujo la idea de *nous* (mente o pensamiento) como elemento central de su concepción física. Se estableció en Atenas, donde tuvo como alumnos a Pericles, Arquelaos, Protágoras de Abdera, Tucídides, Eurípides y, según se ha sostenido, también Demócrito y Sócrates, en cuyo pensamiento, sin duda alguna, influyó de manera significativa.

⁶⁸ Biblos, también conocida como Gublu o Gebal, está situada al Norte de Beirut (Líbano). Actualmente se la conoce por Jubayl. Descubierta por Renán en 1860, el origen de Biblos se sitúa en torno al año 7000 antes de Cristo, aunque como ciudad fue erigida un milenio después. Se trata de un centro civilizador de primera importancia en la región.



emperador Diocleciano, mimado⁶⁹ por el Augusto y tenaz en sus exhortaciones a favor de la nueva fe, hacia la que [atraería a] Cromacio, prefecto de Roma.

Parecería nefando que un espíritu educado en la liberalidad lustral del cristianismo abrazase la profesión de las armas, y lo que es peor aun que entrase al servicio del César; pero quizás en las secretas decisiones el jefe pretoriano, como en la de muchos de nuestros conspiradores del día, alentaba el propósito de ser el excitador constante y el propagandista hábil, audaz e inmutable de la doctrina del Crucificado ante sus discípulos. En su posición ventajosa y envidiable había una gran esperanza para los prosélitos, en los que a cada momento reencendían la llama avasalladora.

Cayo Valeriano Jovio Diocleciano⁷⁰, aquel hijo de un liberto elevado al rango de Augusto en la tetrarquía que formara con el emperador Maximiano, y con los césares Cloro y Galerio, sintió hacia el jefe de sus arqueros de la ciudad de Emesa, en cuyo templo del Sol había oficiado Heliogábalo de sacerdote, aquella misma desbordante predilección que sintiera el emperador español Adriano hacia Antinoo, bello esclavo de Bitinia en cuyo honor fundara cerca de la Propóntide la ciudad de Antinópolis.

Tocamos ya el momento culminante en que la benevolencia y la tolerancia del Augusto que permite a los cristianos la construcción de su iglesia en Nicomedia, frente al palacio imperial, cede a las influencias e intrigas de Galerio, requerido a su vez por las maquinaciones supersticiosas de los sofistas Diocleciano otorga el primer edicto de persecución y da comienzo a *la era de los Mártires*. Era el trance en que iba a estallar el conflicto y a erguirse trágicamente el héroe. La pasión teológica, el drama moral del espíritu, fraguábase con una pujanza inaudita. De la contradicción entre los dos deberes, el de la disciplina y subordinación a los mandatos del César, y el de la conciencia, apoyada por el sentimiento, nace como una columna ígnea el gesto rebelde y heroico. La regla de conducta se precisa imperativa y se impone inexorable a la

⁶⁹ «Mimado» parece decir el original, pero debe tratarse de una errata entre las muchas que posee la fuente hemerográfica.

⁷⁰ Cayo Aurelio Valerio Diocleciano Augusto, también llamado Jovio.

voluntad y a las facultades superiores del capitán pretoriano. En tiempos de Federico de Prusia o de Napoleón, el jefe de los arqueros sirios habría pagado irremisiblemente y sin demora alguna con la vida el primer intento de rebelión; pero en el César late la obsesión de la belleza plástica y se detiene un instante no más: sufren el suplicio dos mártires cristianos, Marco y Marcelino, quienes recibirán la muerte por no abjurar de la fe de Cristo. Sebastián, al frente de sus sagitarios, presencia el martirio y entre tanto se opera en su espíritu, formidablemente, la exteriorización de su rebeldía, cuyo predominio más intenso viene de la fe en el ideal. Él los exhorta, de pronto ante la multitud atónita a no arrepentirse, y a sufrir con entereza aquella muerte que ha de ser un renacimiento en la otra vida. Para comprender la magnitud de esta audacia frente al César, es preciso revivir todo orgullo del espíritu pagano y penetrar hasta la médula en la psicología versátil, despótica y ampulosa del tirano imperial. Oigamos de sus labios por mediación de los del más alto poeta de la raza latina Gabriel D'annunzio, de cuya obra hemos dicho hace algún tiempo lo que sentíamos y pensábamos, cómo en esta escena, de una honda y cálida grandeza representativa, responde el Augusto a la provocación del joven arquero en torno del que hostil aúlla la multitud gentílica. «Toma en tu mano descarnada como la garra de mis águilas —dice el César— la Victoria imperial. Su globo representa la tierra y la manzana de las Hespérides... Tú eres Dios, tú eres César, tú eres Príncipe de la Juventud... Todo lo tendrás... ¡todo! Te daré el botín de mis guerras de Asia, del Asia profunda y calenturienta como la boca del León y como el corazón de Alejandro... Aún en vida te legaré el Imperio. Tú serás señor... Tiende la mano: ¡Toma la Victoria!» ¿No estáis viendo al César? ¿No sentís el estremecimiento emocional de los momentos solemnes, con la solemnidad de una tempestad que se prepara antes de estallar? ¿No salta en vuestra máquina nerviosa ante la imagen envuelta en el verbo olímpico del poeta la ilusión de esa oferta brillante como un sueño, seductora como un néctar inacabable? ¿Cómo resalta la omnipotencia del Augusto y su ampulosa esplendidez en el engarce rutilante de la frase rítmica! Pero el jefe de los sagitarios, mártir en breve, ha lanzado ya al cielo, en demanda de la señal de la gracia, la saeta simbólica de la fe y el dardo no ha retornado. El alma, libre en la exaltación de sí



misma, funde en su propia embriaguez todas las actividades de la personalidad y se desliga de todo banal atadizo. Marco y Marcelino han expirado. Sebastián prorrumpe en el rugido del león espiritual de su conciencia elevada hasta Dios; lanza el reto, como un dardo luminoso. Dice: «El Cristo reina. Tú no eres más que fango. ¡La muerte es vida!», y arroja al suelo la Victoria, símbolo sagrado del poder imperial, que se quiebra en mil fragmentos.

¡Figuraos lo que pasa en el choque estupendo de las dos voluntades, la terrena y la del espíritu! En Sebastián, el absoluto espiritual se sobrepone al absoluto patria y disciplina. No es más admirable la *Antígona* de Sófocles, cuando a la cólera de Creón contesta poniendo sobre los decretos de los hombres la superioridad de los principios inmutables, eternos, porque nadie sabe cuando han nacido. Es necesario situarnos en el centro de aquella Roma perturbadora y perturbada, de aquella sociedad turbulenta, para poder alcanzar toda la magnitud de la rebelión interior del pretoriano, que sobrepone el interés de su fe, de su ideal a todos los deberes de autoridad y de ciudadanía. «El que no está conmigo, está en contra mía»: he ahí todo. Así había Corneille, andando el tiempo, de glorificar en Poliuto⁷¹ la santa rebelión.

Henos ya al fin del conflicto trágico del héroe en la ciudad cuyo recinto sagrado sellara Rómulo con la sangre de su hermano, para testimonio de la inviolabilidad del poder soberano de los reyes. En el momento último había triunfado en el César omnipotente, como una reacción del principio de autoridad, el sentido violento de la tradición del poder temporal. Sebastián fue entregado para el martirio a sus propios subordinados, los arqueros de Emesa.

III

La sed inextinguible de lo infinito había tomado entre los humildes y explotados la eficacia de un instrumento de lucha y de redención, y

⁷¹ *Polyeucto* (1643).

el mártir pretoriano pudo ascender sin duda la virtualidad de la doctrina al grado superior del convencimiento que es la fe en las cosas que presentimos aunque no las veamos. Es de este lado, moral, psíquico y sentimental del lado que nosotros queremos y vemos la personalidad del santo, no del teológico, para el que declinamos toda competencia y todo intento exegético.

El Arte, que anima la belleza plástica con la fiebre del genio y opera en ella la transfusión del modo de ver interior del artista, ha transmitido a la posteridad, inmortalizada por el pincel, más aun que por la estatuaría, la figura gallarda, armoniosa e impregnada de una dulzura infinita de la víctima de Diocleciano. Hemos visto el San Sebastián de Botticelli en la galería real de Berlín; el de Perugino, en el Louvre de París; el de Correggio, en el cuadro de la Virgen y el Niño de la Galería real de Dresde; el de Juan Antonio Razzi, llamado *El Sodoma*⁷², en el museo de Florencia; el de Van Dyck en la Pinacoteca de Munich, que se nos asemeja en su cara de líneas delicadamente mórbidas a como lo concibiera D'annunzio en Yda Rubinstein; el de Benvenuto Tisi⁷³; el de un tríptico de Hipólito Darzello; el de Andrea Vaccaro y el del Españolito que nos ha parecido más bien un gladiador ennegrecido por el polvo de la palestra, del museo nacional de Nápoles... Salvo en el de Perugino, de cuya vida facial parece

⁷² Se le conoce, efectivamente, por Giovanni Antonio Bazzi o Giovanni Antonio de' Bazzi y, también, por Giovanni Antonio Razzi, aunque es más frecuente que se le llame, simplemente, El Sodoma (Vercelli, 1477-Siena, 1549). Este pintor italiano, que se sitúa entre el Renacimiento y el manierismo, fue discípulo de Giovanni Martino Spanzotti. Entre 1505 y 1508 trabajó en la terminación de los frescos iniciados por Luca Signorelli en el claustro del Monte Olivetto Maggiore de Siena. A partir de 1508 se trasladó a Roma, donde formó parte de la Escuela de Rafael. En 1519 regresó a Siena, al objeto de participar en otros encargos, básicamente el oratorio de San Bernardino, que eecoró con escenas de la Vida de la Virgen. Su obra maestra fue el gran fresco del Palacio Farnesina, que lleva el título de «Las nupcias de Alejandro y Roxana». En la Galería Palatina (Palacio Pitti) de Florencia se conserva un San Sebastián, otra de sus obras fundamentales.

⁷³ Famoso y prolífico pintor italiano, Benvenuto Tisi da Garofalo conocido como Garofalo (o *Il Garofalo*), debió nacer en Ferrara hacia 1481, donde falleció en 1559. Perteneció a la Escuela de Ferrara, trabajó para la Casa de Este, duques de Ferrara y Módena, y viajó por Italia. Realizó diversas obras de relieve.



desprenderse una emanación mística de lo eterno, en los demás apenas encontramos signo alguno de aquellas batallas íntimas que en los otros mártires santificados por la Iglesia borraron y destruyeron la belleza del cuerpo para no dejar más de la envoltura humana que un continente cuasi inmaterial. Y es que en el mártir cristiano no había penetrado la enseñanza del Redentor por la lucha de la inteligencia, por el sacudimiento subterráneo de la fiebre mental, que absorbe las florescencias todas de la ecomía física sino por una intuición espontánea del alma, por una asimilación súbita, como de ensueño, de la esencia, del elemento virtual del Evangelio, que parecía haberse hecho presente a su facultad imaginativa como al genio de un poeta la magnificencia de una concepción que, al encarnar, subyugase todas las manifestaciones de la voluntad. Ved, pues, como el atleta de Cristo sigue siendo después del martirio la figura pagana con el corazón lleno del perfume de los lirios de la ciudad de David. Es el mismo de quien las mujeres gentiles decían: que era más hermoso que Apolo y cuyos cabellos parecían sobre su frente negros racimos del dolor. Nunca mejor que ahora cabría repetir con Schiller, un elogio de San Sebastián: «un alma hermosa revestida de hermosas formas».

La moral de los pueblos antiguos había echado los cimientos de la religión que redimía [redimiendo] a los hombres del dolor, les consolaba con la esperanza de un «más allá». Los conflictos trágicos que como ha dicho un ilustrado crítico francés, significan las revoluciones morales de la historia, no hacen más que condensar la personalidad colectiva e individual y lanzarla por rumbos casi inverosímiles a la gloria. ¿Qué importa que el cristianismo primitivo haya destruido o socavado, al menos, la idea de patria? Por encima del destino circunscrito de una raza o de un pueblo está el destino supremo de la humanidad y el porvenir de la conciencia universal, que flotará siempre en todos los naufragios como el Arca santa de la Alianza.

La máxima virtud está en la máxima conformidad de los actos voluntarios con la recta inclinación de la conciencia; pero cuando en la vida del hombre flota repentinamente la visión de un ideal inasequible por las vías que todos frecuentamos, entonces se opera el milagro ascensional de nuestro espíritu y la clarividencia interna produce el héroe. Una cristalización de todas las facultades en una forma única

que no se quiebra ni se rompe por nada ni ante nada: he aquí como nos explicamos nosotros esas victorias cuyas proyecciones culminan desde la inmortalidad. Ellas son auroras o fanales enhiestos que nos trazan el camino de conquistas a las que no se llega después de haber salido invictos de los siete círculos descritos por el Dante. Tras de lo inaccesible a los pigmeos, está la luz en que los cíclopes han de bañar sus frentes y han de ceñir a sus sienes, en el seno de lo Desconocido, la corona del descanso y de la paz.

Réstanos, para concluir, echar en la urna votiva de los honores, como una brasa la sinceridad ardiente del corazón y de la esperanza, porque quizás aún nos espere en el fondo de los siglos un nuevo martirologio.



EL CORAZÓN DE JESÚS⁷⁴

Habla la prensa madrileña de la consagración de España, por su majestad Alfonso XIII, al Corazón de Jesús, y como hasta hoy habíamos creído que la tierra ibérica vivía entregada al Diablo, júzguese de nuestro júbilo al saber que para lo sucesivo todo el pueblo español, lo mismo gobernantes que gobernados, ha de seguir la senda de amor y de fraternidad trazada por el Divino Cordero, cuyo corazón, órgano muscular en el orden anatómico, es en sentido ético símbolo universal de la más excelsa de las virtudes conocidas y por conocer.

¿No se ha dicho que Covadonga entraña el espíritu de unidad de la raza?... Pues ahora tenemos, como Sede ideal de su fuerza de solidaridad anímica, el Cerro de los Ángeles. Allí, por una intuición repentina, ha entrevistado el Monarca hispano el futuro nacional, y al entreverlo, ha querido ser el primero en definirlo. No habría hecho menos un ácrata de irrefrenable ideología.

Amor, una gran corriente de amor, como de un manantial inagotable, brotará para España del Cerro emblemático, donde, cual nuevo Gólgota sin sangre, resplandeciente de gloria, se ha entronizado de nuevo, redimiéndonos y preparándonos para la felicidad, el Corazón de Jesús.

⁷⁴ *El Progreso*, Santa Cruz de Tenerife, 18-06-1919, p. 1. Artículo recogido por Carlos Aguiar García (ed.): *Luis Rodríguez Figueroa. Del regionalismo a la revolución*, Ediciones Idea, Santa Cruz de Tenerife, 2008, pp. 190-195.

«Venga pues a nosotros —ha dicho el Rey— tu Santísimo Reino, que es Reino de justicia y amor». Y vendrá, no lo dudéis, para impedir o enmendar, según los casos, las barbaridades o injusticias sociales siguientes:

—Que los carlistas enciendan la guerra civil y al nombre de *Dios, Patria y Rey*, reiteren sus históricas fechorías....

—Que volvamos a presenciar los suplicios de Montjuich y los atropellos de Alcalá del Valle, Cullera, Infiesto, Jumilla, etcétera, etc. y las atrocidades de la Semana Trágica, y los sucesos de agosto de 1917, debidos a unos ministros que tal mal interpretan los sentimientos cristianísimos del jefe del Estado, que sólo vive por y para el Corazón de Jesús, todo amor, todo bondad, todo tolerancia y perdón...

—Que nuestros obreros, lo mismo los del campo que los de la ciudad, no emigren faltos de trabajo a tierras donde la representación oficial española apenas les ampara, como en Méjico y el Brasil, donde suelen ser víctimas de la arbitrariedad policíaca, de la explotación de las agencias de colonos o del pillaje de los bandos insurrectos...

—Que se depraven y conviertan en carne de presidio, en la tierra del Corazón de Jesús, de aquel Jesús que decía: «Dejad que los niños se acerquen a mí», tantas criaturas sin padre, sin hogar, sin afecto y sin la más rudimentaria enseñanza, como suele verse por las calles de todos los pueblos y ciudades de España, desarrapados, sucios, llenos de lacras y asediados desde la infancia por los vicios más repugnantes.

—Que los proletarios a cuyas expensas se enriquecen los grandes terratenientes, los grandes industriales y en general toda esa masa representativa del Capital, no vivan como perros, comiendo una bafía que apenas nutre y descansando en un jergón podrido, infecto, en un zaquizamí antihigiénico, sin aire y sin luz, mientras el que los explota disfruta de todos los placeres de la vida...

—Que el Ejército y la Marina no hieran con sus espadas ni ametrallen con sus cañones al pueblo, cuando el pueblo pide que su Rey oiga sus quejas y ponga remedio a sus males, convirtiendo en colonos diligentes y agenciadores de tanto latifundio improductivo como hay en España a los miles de compatriotas que sin utilidad ni provecho para la prosperidad nacional derraman su sangre en Marruecos,



contrariando la ley de amor del Corazón de Jesús, que proclama hermanos a todos los hombres...

—Que el caciquismo no abuse de su influencia política ni supedite al interés egoísta de unos cuantos las instituciones y organismos que debieran ser más sagrados para todos, como la Administración de Justicia, que suele fallar los pleitos atendiendo más a la posición del respectivo litigante que al derecho con que se pleitea...

—Que los obispos y altos dignatarios de la Iglesia hagan vida de humildad y de resignación apostólica, como la hicieron los primeros representantes de Jesús en la tierra, destinando a obras de beneficencia y caridad las dos terceras partes, por lo menos, de sus pingües ingresos, desmintiendo así a quienes creyéndolos modernos fariseos, dan en llamarlo «sepulcros blanqueados».

—Que la lista civil de la Familia Real no sea un insulto para el padre de familia al servicio del Estado, que sólo disfruta un sueldo con el que apenas le alcanza para un mal puchero, mientras a cada hijo que nace de nuestra augusta soberana se le asigna, sin el discernimiento necesario para saber en qué ha de invertirla, una cuantiosa retribución, con la que tal vez habría bastante para alimentar a todos los huérfanos de aquellos que han sido útiles a la patria...

—Que...

No hace falta seguir. Está en la conciencia de las gentes de bien que hasta la fecha ha venido viviendo España sin amor de los unos para los otros, sin ese noble y desinteresado amor que eleva hasta Dios el corazón de los hombres. Pero de aquí en adelante será otra cosa. Las palabras del Rey no deben ser palabras que se lleve el viento. Y su sentido, seguramente, no puede ni debe ser el meramente formulario y retórico de una ceremonia ritual.

Toda forma está animada por un contenido, a veces sustancial, corpóreo; otras veces intangible, de naturaleza eminentemente ideal, como la gracia purificadora de la bondad de Jesús, de aquel rabino cuyo corazón ardió de amor por los desheredados y por los oprimidos, por los pobres y por los que han hambre y sed de justicia; de aquel Nazareno que no claudicó jamás ni se doblegó ante los poderosos de la tierra; de aquel que, por la virtud del más generoso de los corazones, se encendió en ira contra el fariseo y el escriba, latiendo con violencia

cuando el brazo arrojaba del Templo a los mercaderes, y resplandeció de fe y de perseverancia cuando circulaba entre aquellos pescadores, obreros de Galilea, a quienes dijo la palabra nueva que había de echar por tierra en una santa rebeldía los falsos ídolos...

Incorporado el nuevo culto, en su sentido laico, a la realidad oficial de la actuación de los Poderes públicos, será un ejemplo saludable, renovador y de positiva influencia para el bienestar de España.

La prensa madrileña es una prensa chirle, superficial, asalariada, y torpe, además. ¿Cómo creer que se trate de una continuación de la farsa? ¿Acaso no nos hemos cansado del odio ancestral que ha venido haciendo de la Península ibérica un circo de fieras? Cuando un Rey invoca a Jesús debe de ser porque Jesús se le ha metido dentro, y el que lo siente en sí ha de obrar también como Jesús. No cabe dudarlo. Esperemos, por lo menos. Que el verdadero Corazón de Jesús, el grande, el magnánimo, el que alberga todas las reivindicaciones, sea con nosotros: *O quam bonum et quam jucundum habitare in corde hoc!*

EL HOMBRE DE LOS «ZARPAZOS»⁷⁵

... Parece uno de aquellos temperamentos forjados por el estrépito explosivo de la Convención. Sólido, fuerte —maguer su corta estatua—, lleva dentro sí la vorágine candente de un simún espiritual que domina y arrastra a quienes le escuchan. ¿Cómo este hijo de la eglógica Galicia, paradisíaca y añorera, viene a desmentir la teoría que hace depender del «medio ambiente» la conformación de nuestra personalidad? Es la excepción, que confirma la regla.

El orador de la rufa testa imperativa y de la amplia faz cordial, trajo al mundo una prosapia que se impone a todo medio y lo supera hasta someterlo al imperio de su voluntad infatigable. Don Basilio Álvarez, hijo de un humilde herrero, moldeó su recia condición moral y endureció su envergadura física en el taller de Vulcano, donde el hierro se convierte para los hombres en atributo redentor o en instrumento de exterminio. En la herrería paterna, al pie del yunque profesional, sintió el «hombre de los zarpazos» la ansiedad de una idealización de la realidad a que él mismo venía sometido. Hacer de la oculta rebeldía de los hombres una fragua en que forjar las nuevas generaciones ibéricas, y en que encender el pensamiento de la patria con la inquieta curiosidad de un nuevo porvenir.

⁷⁵ «Figuras que pasan. El hombre de los 'zarpazos'», *El Progreso*, Santa Cruz de Tenerife, 15-09-1919, p. 1.

Y así fue. El mozo rudo, el aprendiz de forja, en los intermedios de descanso se iba al Instituto y allí se adiestraba en las disciplinas mentales que habían de influir en las orientaciones futuras de su inteligencia y de su voluntad. Después se hizo cura, y al contacto con toda la población rural de su país nativo, con aquella feligresía ingenua de labriegos explotados por el dueño del dominio directo de la tierra, y dilapidados, además, por el fisco, vibró de indignación, estremeciose de ansiedad reivindicatriz y se acordó de aquella fragua paterna donde, entre el humo y las chispas, símbolo de nuestra vida, había visto como el fuego sabiamente manejado transforma el metal oscuro de la mina en lingote resplandeciente y útil para las grandes conquistas del Progreso.

Y por esta revelación del alma de las cosas, se hizo el profeta revelador del alma de los hombres humildes y vilipendiados.

Quiso estar en íntima comunicación con el pueblo campesino de su tierra e hizo oposiciones a una abadía, la de Beiro, que aún tiene. Allí poetizó su apostolado agrario despertando las dormidas rebeldías del pueblo gallego, ansioso de encontrar un conductor que le guiase y un agitador que lo enardeciese. El caciquismo de los terratenientes recibió rudo golpe. La palabra del nuevo predicador revulsiónó el agro galaico, y en medio de las campiñas virgilianas inflamó el espacio como un aerolito rebotante.

Ardió la fragua, y toda Galicia, y toda España sintió la quemazón del hierro que se adentra en la úlcera para extirpar la podre y hacer que nazca carne nueva. Sus paisanos residentes en la Isla de Cuba le llamaron, y por allá divulgó también su credo libertador y fertilizante, para que la cadena de solidaridad racial perdurase, manteniendo en todo lugar donde hubiese un español —y sobre todo un gallego— la fuerza expansiva del ideal de emancipación de los hombres de la gleba.

Vino la guerra, y el sacerdote y propagandista dio tregua a sus campañas agrarias y de manumisión de los campesinos para sumarse con fiera gallardía de escritor demócrata a la causa aliadófila. Abroquelado en un léxico rotundo, bizarro, impaciente y repleto de magníficas violencias, ha dilacerado con su pluma —garra ígnea— todo lo que aprisiona y entenebrece la vida de los que sufren, y cuanto se opone al avance revolucionario de los tiempos.



Ahora, terminada la lucha mundial y sangrienta, volverá a su rincón nativo para difundir otra vez su programa de redención foral, que tanto perturba y tan profundamente afecta a la vida económica del hombre de campo de Galicia.

Tal es don Basilio Álvarez, este huésped por algunos días de la tierra isleña, tan ansiosa de sacudir, no la esclavitud del surco, que afortunadamente no está esclavizado entre nosotros, sino otra esclavitud quizá mayor y más trascendente: la de la voluntad y el pensamiento, que están todavía monopolizados por el caciquismo político, y ensombrecidos por una modorra acomodaticia que les priva de toda rebeldía, de toda fiscalización y de toda energía para entronizar una más amplia y eficaz convivencia insular.

Satisfechos debemos estar, nosotros los republicanos de explícita ciudadanía, de habernos acercado durante los días de su breve estancia aquí, a un hombre del temple de don Basilio Álvarez. El que ha escrito *Por los agros celtas*, cuentos llenos de anárquica vibración regionalista, y *Hablando con santos*, y *Abriendo el surco*, obra medular, enjundiosa y de resaltes que inquietan, y que de muchacho, con Rey Soto, otro ilustre sacerdote y literato gallego, empezó sus primeros escauceos periodísticos con el periódico *La Galerna*, bien merecida tiene la efusiva y cordialísima acogida con que le hemos recibido. Y merece, asimismo, que en este día —hoy precisamente— de su retorno a España en el «Reina Victoria», le hagamos portador nobilísimo y lleno de entereza mental de las quejas del país contra una metrópoli que no se preocupa de la regularidad de nuestras comunicaciones, ni de las necesidades públicas que siente, y que a la vez olvida que los hombres que valen y piensan del lado allá del Estrecho, españoles de pura cepa, como don Basilio Álvarez, indignados de nuestra pasividad, se despiden de nosotros aconsejándonos el deber ineludible de volar la Santa Bárbara.

1921

PARA UN ANIVERSARIO⁷⁶

La independencia de los pueblos ha condensado en la Historia los momentos de máxima lucha de la humanidad. El sentimiento de democracia es el estímulo que inicia primero y afirma más tarde todos los romanticismos del ensueño contra el yugo que nos oprime.

América es en los comienzos del siglo XIX la fragua crepitante de la moderna independencia política. Sus repúblicas se desgajaron de la metrópoli en medio de un chisporroteo de fastos heroicos.

Así como hay una palingenesis orgánica, hay también una palingenesis social y humana que disgrega a los grupos de una misma raza, para dar luego origen a nuevas unidades que multiplican el tipo básico, perpetuándolo y diversificándolo en el espacio y en el tiempo.

Una de aquellas repúblicas, la del Uruguay, conmemora en este día el aniversario de su libertad. Y ese refloramiento de su gloria, de su personalidad nacional, nos dice claramente que ha sabido hacerse digna de la ejecutoria que selló con la sangre de sus caudillos.

⁷⁶ *El Progreso*, Santa Cruz de Tenerife, 25-08-1921, p. 7 (Suplemento al número 4.934).



Después de la batalla de Las Piedras, donde aquel gaucho audaz que se llamó José Gervasio Artigas, obtuvo para su tierra nativa el reconocimiento de su independencia, la república del Uruguay ha desenvuelto prodigiosamente su vida nacional interior. Y consagrando cada etapa de su progreso, nervio y alma de su esfuerzo en el camino de la Civilización, escribe día tras día, en sus anales, un nombre ilustre: Batlle y Ordóñez, Brum y Bachini, en la política; Ricaldoni, en las ciencias; Zorrilla de San Martín, Rodó y Florencio Sánchez, en la literatura: todo lo que en el surco de la prosperidad siembra la semilla de lo imperecedero y universal: la Cultura [*Guillón Barrús*. Luis Rodríguez Figueroa. Abogado y publicista].

1924

CONFERENCIA SOBRE ORTEGA Y GASSET⁷⁷

I

La personalidad de Ortega y Gasset⁷⁸ es tan culminante en nuestra vida intelectual contemporánea —y no sólo de España sino del mundo entero—, que desisto de bosquejarla, ante el temor de inferir un agravio a la cultura de los oyentes.

Es un pensador, un filósofo y un gran artista de la expresión, un artista que engarza maravillosamente el pensamiento en un léxico de irreprochable elegancia y de justeza admirable. Podrán algunos igualarle, pero ninguno le supera.

Este excelente escritor, este intelectual de «élite» extraordinaria, publicó en *El Sol*, a fines de noviembre de 1923, un artículo de sagaz observación, que muy probablemente pasó inadvertido para la gran mayoría de los españoles, y que merece ser revisado, para estimular

⁷⁷ «En el Ateneo de La Laguna. Conferencia de Rodríguez Figueroa», en *La Prensa*, 22 y 23-05-1924, p. 1.

⁷⁸ Rodríguez Figueroa escribe, normalmente, Ortega Gasset.



con toda eficacia la reflexión de aquellos que nos preocupamos de la vida española y de las posibilidades de su mejoramiento.

«Sobre la vieja política» era el título del artículo de Ortega y Gasset. Empezaba diciendo que el Directorio militar se había impuesto la tarea de acabar con la vieja política, y que el propósito era tan excelente, que no cabía ponerle reparos. Si a estas palabras pudiera añadirse hoy algo más, añadiríamos por nuestra cuenta las del conocido refrán: «de buenas intenciones está empedrado el infierno». Por que esto han sido siempre, en términos concisos, los gobiernos que han regido los destinos de la Patria: infiernos, más o menos políticos, repletos de buenos propósitos.

Sin embargo, el propósito sólo no basta. La acción tutelar paterna, por ejemplo, supone el máximun de desinteresados propósitos en beneficio de la prole; pero ¿de qué valen, si no se desenvuelven, si no se aplican en relación y armonía con la complejidad del carácter o manera de ser que la misma prole manifiesta?

He aquí la extrema, la inmensa dificultad.

LA RAÍZ DEL MAL

Decía Ortega y Gasset en su mencionado artículo: «... unos centenares de hombres, sin moralidad ni competencia, se han adueñado astutamente del Poder público, y, usando de éste en beneficio propio, sin atender a los deseos de la masa nacional, impiden toda obra fértil en lo público y en lo privado, anulan las iniciativas juiciosas, favorecen sólo a los cínicos y mantienen un puro desorden en todas las funciones del Estado. Si esos hombres son eliminados del Poder, España, por sí misma, sanará».

Así decía, haciendo un atinado resumen del espíritu del primer manifiesto del Directorio Militar. Y al establecer la coincidencia de la idea de ese manifiesto con la opinión pública y puntualizar que, en efecto, la masa española pensaba que la culpa de los males patrios la tenían los políticos y que extirpados éstos, el pueblo español viviría feliz y en buen orden, derivaba su propio pensamiento en estos términos, que encierran una desconsoladora, aunque acertadísima

compulsación de la manera de ser de nuestro pueblo: «Nada puede halagar tanto a la gran masa de españoles como que se les diga eso, que unas cuantas personas, con nombres propios y notorios, son las responsables de sus desventuras. Por supuesto, la gran masa de españoles que está convencida de eso no ha sido capaz en cincuenta años de sacudirse el gravamen de tan nefandas personas». No ha sido capaz ni siquiera de intentarlo. Ninguna de las generaciones actuales ha asistido al más leve conato popular para arrancar el poder de aquellas manos fraudulentas. No pocos hombres egregios han consumido su existencia en llamar a sus conciudadanos para que, formando una cruzada de reivindicación, libertasen la máquina pública, detentada por unos salteadores. Todo fue [en] vano: la muchedumbre no ha acudido. Calcúlese la gratitud que la gran masa nacional sentirá hacia estos magnánimos generales, que, generosamente, desinteresadamente, ha realizado la aspiración semisecular de veinte millones de españoles, «sin que a éstos les cueste esfuerzo alguno».

Aquí ha puesto Ortega y Gasset el dedo en la llaga. Sin campanuda fraseología, saltando por encima de toda dicción violenta y escabrosa, ha dicho en una forma neta y diáfana, y profunda a la vez, que el pueblo español ha vivido y vive aún en una disociación lamentable, en esa disociación de voluntad y de espíritu que imposibilita toda obra de renovación, y para que se entienda con más claridad, toda obra intensamente revolucionaria. España, realmente, no lo ha sido nunca. Esta es la amarga y descarnada verdad. Dejar que otros hagan que hacen, para él —el pueblo español— no tomarse la molestia de hacer nada. Tal es su idiosincrasia. En los múltiples reveses de fortuna del mismo que registra la Historia contemporánea, hemos visto lo que ha sucedido: creyéndonos a todas horas un pueblo fuerte y capacitado, perdimos los últimos restos de nuestro gran imperio colonial, y luego de perderlo y renegar de la «vieja política» como causante de tantos desastres, no sólo la seguimos consintiendo, sino que resueltamente continuamos apoyándola y solidarizándonos con ella; peor aun, fecundándola con nuestra propia y ancestral manera de ser, en lugar de desarraigarla para siempre y crear con el propio esfuerzo un nuevo cauce de vida al servicio de una idealidad nueva. Responden a esta verdad político-social las siguientes líneas del artículo de Ortega y Gasset: «Un modo de



gobernación y un tipo de gobernantes que se estabilizan durante una centuria sobre un pueblo son inexorablemente un modo de gobernación y un tipo de gobernantes perfectamente ajustados al carácter de la masa nacional».

Ya está dicho. En otros términos más al alcance del vulgo, las palabras transcritas quieren decir que cada pueblo tiene el gobierno que se merece. Crudo es expresarse así, pero es más crudo todavía y más irritante, continuar dando lugar a que nos lo repitan. «La vieja política», según dijera el escritor que comentamos, «era y es el sistema de gobernación que espontánea y entrañablemente corresponde al modo de ser de los españoles».

ENSEÑANZAS DE LA REALIDAD

Veamos, aunque sea superficialmente, lo que ha venido ocurriendo en la práctica.

Renegar de la política es un absurdo. Cabe renegar de quienes la practican perniciosamente, desvirtuándola y relajándola, y de quienes coadyuvan a que prosperen y arraiguen los hábitos y costumbres corruptores de la gobernación de un país. Decir vida política de un pueblo es enunciar todo un sistema de complicadas y depuradas normas de régimen colectivo; es reducir a un esquema complejo y difuso en su misma concisión la personalidad polimorfa de cada conjunto racial modelado dentro de reglas jurídicas y económicas. Si unas y otras se vulneran a cada paso, si al establecerlas o fijarlas como concreciones nacidas de las aspiraciones comunes no se orientan en un sentido de perfecta y acrisolada comprensión de la realidad, y si lejos de influir nosotros mismos con solícita cooperación en su viabilidad o eficiencia las burlamos y escarnecemos, el descalabro será inmediato. ¿Y qué hemos hecho, qué es lo que la gran mayoría de los españoles ha venido haciendo en estos últimos tiempos? Teóricamente achacar a la política todos los males, perturbaciones y desastres nacionales; prácticamente, mantener tal estado de cosas, empeorándolo cada día con inveterada ceguera o quizá tal vez con aborrecible, torpe y vergonzosa complicidad.

El espectáculo de nuestra vida tiene todas las características de la más repugnante y dolorosa de las farsas. De hecho, el proceso de nuestra política ha sido sólo un reflejo de la voluntad tornadiza, arbitraria, incivil o ingobernable de la masa nacional. Una sórdida confabulación de intereses mezquinos, anteponiéndose siempre a los intereses primordiales y de mayor transcendencia de la Nación. Mientras un día se vocifera contra la política y sus representantes más conspicuos, vemos al siguiente que los vociferadores se ponen al servicio, unos directa y otros indirectamente, de esa entidad abstracta a la que en vez de respetar y dignificar han convertido en una coma[dre]⁷⁹ complaciente y voluble, como hechura de su falacia desconcertante y de sus apetitos sin medida. En resumen: una ciudadanía farisaica, impenitente y hueca, cuya línea de conducta es de una sinuosidad intemperante en la forma y de una sucia y nefasta finalidad en el fondo.

GOBERNANTES Y GOBERNADOS

Por esto, con un gran acierto, a mi juicio, ha escrito Ortega y Gasset que «ha sido un error del movimiento militar enfocar exclusivamente por el lado de la ‘vieja política’ el proceso de rehabilitación nacional, porque la raíz y la causa de todo el régimen estaban y están en los gobernados no en los gobernantes». Y así es en efecto. Se ha dicho antes de ahora, por hombres ilustres, así nacionales como extranjeros, algo que es muy desagradable para la honorabilidad dudosa de nuestra psicología, muy apta para desmentir con los hechos lo que no cesa en ocasiones de llevar y traer con las palabras. Bien conocida es a este propósito la frase vejatoria y flagelante de aquel prestigioso caudillo de nuestro ejército que se llamó O'Donnell. Por mordaz y excesiva a mi entender, y porque todos la conocen no he de repetirla: pero la pluma patricia e insobornable de Ortega y Gasset lo expresa también bajo una forma menos acre al consignar en su artículo de *El Sol* que «el cinismo, la desaprensión, la incompetencia, la

⁷⁹ La última sílaba es ilegible en el original.



ilegalidad, el caciquismo, etc. —todo lo que es materia, en fin, de los tribunales de Justicia y su última perspectiva, el presidio—, procedían, proceden y procederán de la gran masa española que vive desde hace mucho tiempo, con anterioridad a la instauración de la ‘vieja política’, en un grado de desmoralización superlativo».

LA CLAVE DEL PROBLEMA

Sé perfectamente que hablar en estos momentos difíciles y oscuros puede ser muy aventurado, pero quien se estime digno de pertenecer a una época de civilización y de cultura, no debe cerrar los labios cuando en todos anida el deseo de esclarecer, para extirparla, la causa de nuestros achaques. Lo que importa es hablar sinceramente, sin demagogia ni sectarismo, porque en fin de cuentas, el problema que a todos se nos plantea es un problema de conducta personal en la que forzosa y lógicamente se encierra la clave del problema de nuestra psicología colectiva, como pueblo y como raza.

Desde esta perspectiva las dificultades⁸⁰ me parecen insuperables, sin que ello quiera decir que me quedo del lado del pesimismo. Para remar con acierto a través de la revuelta corriente étnica que constituye la nación española se requieren cualidades extraordinarias de percepción, de sensibilidad de espíritu y de madura comprensión mental. El andaluz no es lo mismo que el vasco, ni el castellano tiene semejanza alguna con el catalán, ni el gallego con el levantino; y de esta disparidad, de esta incontestable divergencia que proviene de la sangre, del clima, del territorio y de la Historia misma, amén de otras influencias secundarias, pero influencias al fin, que determinan modalidades específicas de extrema importancia, surge aquella extrema, aquella inmensa dificultad que apuntaba al principio cuando decía, valiéndome de un ejemplo, que los desinteresados propósitos nada valen si no se desenvuelven o no se aplican en relación y armonía con la complejidad y el carácter o manera de ser de cada cual.

⁸⁰ Esta frase es dudosa por ilegibilidad del original.

De esto nada dice Ortega y Gasset; antes, al contrario, parece que presupone la unidad psicológica cuando al hacer mérito de los deseos del Directorio anticipa el contacto de los mismos con «la realidad del alma española».

DIVERSIDAD MORAL

Yo no sé, porque no he estudiado a fondo la cuestión, si realmente existe o no un alma española, o por el contrario España es un cuerpo, en su sentido de organismo vital, animado por almas diversas, que por razón de la convivencia territorial tienen determinados puntos de aproximación o contacto, pero nada más. En esto debemos concentrar nuestra atención. La diversidad moral, acompañada de otras diversidades de distinta índole, tan sabiamente estudiadas, definidas y resueltas por el egregio Pi y Margall, en su sistema federativo, ha de ser la base fundamental de ensayo de una nueva política, en contraposición a la «vieja política», que unánimemente anatematizan los hombres de buena voluntad y «sans arrier pensé».

Sea esta la preocupación preferente de la conciencia española. Y paralelamente preocupémonos también de modificar, que ello es posible, la petrificación temperamental de esa gran masa que vive, y séame permitido repetir la afirmación de Ortega y Gasset, «en un grado de desmoralización superlativo»⁸¹. No halaguemos, según recomienda el propio escritor, sus torcidos instintos, dándole a entender que es ella virtuosa y que sus males proceden de individuos determinados.

II

Efectivamente. Es perder el tiempo despotricar contra los viejos políticos. ¿Qué se diría de aquél que habiendo confiado sus intereses a este o al otro administrador se lamentase a cada momento de sus

⁸¹ Este párrafo se repite por error en el original.



desaciertos, de su gestión ruinosa o de sus depredaciones? Diríamos sencillamente que era un imbécil o un abúlico, porque estando en su mano la facultad de remover al administrador negligente o botarate, sólo se limitaba a contárselo a todo el mundo en vez de adoptar, sin titubeos, la resolución adecuada. Claro es que para echar por ese camino expeditivo se requiere la energía indispensable y un grado de comprensión suficiente, y en el caso del pueblo español y de los viejos políticos la situación no es exactamente la misma, como observa Ortega y Gasset: «el pueblo los ha hecho, los ha seleccionado, los ha dirigido, los ha modelado», y resulta más irrisorio todavía que al engendrador se le desate la lengua contra los vicios y defectos de lo que es producto u obra suya. Lo que hay que hacer reviste alguna mayor importancia y tiene transcendencia indiscutible. Para que el resultado, o lo que es proyección y reflejo de nuestra vida, no adolezca de las morbosidades que la contaminan y desnaturalizan, precisa que nos resignemos, o mejor dicho, que nos decidamos resueltamente a emprender nuestra propia depuración, convirtiendo todo lo que aún nos resta de poder evolutivo en un formidable arsenal de terapéutica de nuestra corrompida ciudadanía individual.

VIEJOS POLÍTICOS Y VIEJOS ESPAÑOLES

Como el objetivo de esta conferencia no es otro que el de una mayor divulgación del artículo de Ortega y Gasset, que sea éste quien diga categóricamente, con más autoridad y lustre, lo que conviene hacer.

«No es lo importante castigar abusos de los gobernantes, sino sustituir los usos de los gobernados. Exactamente los mismos defectos que al aparecer en las funciones del Estado atribuimos a la ‘vieja política’, los encontramos en todas las operaciones privadas de los ciudadanos. La economía de los particulares adolece de los mismos vicios que la finanza pública. La incompetencia del ministro y del parlamentario, su arbitrariedad, su caciquismo, reaparecen en el ingeniero, en el industrial, en el agricultor, en el catedrático, en el médico, en el escritor. Por eso es el mayor ‘quid pro quo’ que cabe co-

meter imaginarse el caso de España con el de un país donde una sociedad sana sufre los vicios y errores de unos cuantos gobernantes, de suerte que bastaría con desterrar a éstos para que las virtudes nacionales den su lucida cosecha. Desgraciadamente, el caso de España es más bien inverso. Con ser detestables los ‘viejos políticos’, son mucho peores los viejos españoles, esa gran masa inerte y maldiciente, sin ímpetu ni fervor ni interna disciplina».

«No; la curación de España es faena mucho más grave, mucho más honda de lo que puede pensarse. Tiene que atacar estratos del cuerpo nacional mucho más profundos que la ‘política’, la cual no representa sino la periferia y cutis de la sociedad».

EL CONCEPTO POSITIVO DE LA VIDA

Queda en los párrafos transcritos, íntegramente, plenamente, sin la menor reserva, todo lo que en mi pensamiento y en mi espíritu bullía de un modo embrionario a propósito del tema expuesto y tratado por el gran escritor que ahora informa esta conferencia. ¡Qué extraordinaria satisfacción se experimenta cuando podemos comprobar que el propio sentir y el propio pensar inéditos, condenados a perpetuo confinamiento en nuestro interior por insuficiencias determinadas o por circunstancias heterogéneas que impidieron su florecimiento, coinciden con el pensar y el sentir de quien tiene el magnífico privilegio de no hallar dificultad alguna insuperable para expresar, como era necesario expresarlo, lo que a nuestra sensibilidad impresiona y a nuestro pensamiento atosiga! No sé que se haya escrito nada que condense con más fidelidad el concepto verídico o positivo de la vida política española en relación con la conducta individual de la masa. Campea en los párrafos aludidos tal valentía, tal austeridad, y a la vez contienen una reproducción tan inequívoca del relieve moral del pueblo español, que, a mi juicio, son lo más saliente del artículo que comento, con ser y tener éste todos los honores de un documento de valiosísima importancia a los fines de perseverar en el afán de una enmienda y rehabilitación futuras.

Difícil será siempre, y así conviene reconocerlo, gobernar un país que carece de psicología uniforme y que, a pesar de ello, suele condu-



cirse y comportarse uniformemente en todo lo que es vituperable o implica contradicción con las normas éticas y jurídicas de más rigurosa observancia en los pueblos que tienen el orgullo de su ciudadanía, y en los que la palabra «civismo» no es una mera divisa retórica, sino un valor de alta cotización nacional. Pero la dificultad no lo sería desde el momento en que esa gran masa española a que se ha referido Ortega y Gasset fuese injertada toda ella en un amplio patrón de cultura, en una cepa cargada de la savia fecunda de la enseñanza, que es la que fortifica el pensamiento y hace de la voluntad un instrumento apto para sobreponernos y triunfar en los más arduos conflictos de la adversidad. Los hombres incultos y explotados, los parias de su propia suerte, sólo son capaces para ahondar cada día más profundamente en el abismo de su degradación y de su propia miseria.

LA OBRA DE LAS MINORÍAS SELECTAS

A cada paso se habla de esto. La cultura, que es en otras partes una cosa lisa y llana, sin tropiezos ni dificultades, y a la que se consagra preferente atención de un modo constantemente progresivo y sin restricciones de ningún dogmatismo, es realmente en España el problema capital del que seguramente depende la resolución de todos los demás. Y es tanto lo que se ha dicho con este motivo, que yo no dudo que tomando el asunto por una bagatela despreciable o por un tópico que se coloca allí donde hace falta, como un relleno literario de poca monta, haya quien diga que eso de la cultura es una «cursilería» más. Yo no sé lo que será o pueda ser el que piense así; pero sí sé que los pueblos brutos o medio brutos, no pueden ni saben vivir sino brutalmente.

¿Qué ha sido nuestra vida política de los últimos cincuenta años sino un continuo y brutal atentado del caciquismo contra las minorías conscientes y libres? Si me fuera posible dar un índice de la criminalidad en ese interregno, se vería que algunos de los delitos más abominables y repugnantes fueron incubados al calor de ese fermento pútrido que corroe y mancha la reputación del pueblo español. «Para rehacer España —y habla ahora el gran Ortega y Gasset— es forzoso

resolverse a no contar con el español medio. Sólo una concentración de todas las minorías selectas que formen una legión sagrada y arremetan contra la masa —por supuesto, sin otras armas que la nuda y pura voluntad—, puede hacer de la materia corrompida, que es nuestra raza, un nuevo Poder histórico».

ANTE UN NUEVO PARTIDO NACIONAL

Trátase ahora de constituir y organizar un gran partido nacional. Es un intento. Todavía, casi, no es más que un designio. No será, seguramente, «una concentración de todas las minorías selectas»; pero tampoco debemos, por esto, de caer en el pesimismo. Espere-mos. Lo que no admite espera es el problema de la cultura, que Ortega y Gasset no enfoca en su artículo, tal vez por que al invocar a aquellas minorías les asignaba de un modo tácito, por razón de su misma virtualidad renovadora, la misión de hacer tabla rasa con nuestra detestable y misérrima Enseñanza. Y como no admite espera ese problema y de él depende la modificación de nuestra manera de ser «sui géneris», en todo lo que el carácter o las diversidades del mismo pueden ser modificables por la cultura, el tiempo que transcurra sin hacerse nada en tal sentido añadirá nuevos componentes invisibles a la fosilización del alma nacional.

La cultura es comprensión y comprensión es discernimiento. Los pueblos que disciernen son los que se salvan. Los que se cruzan de brazos y esperan a que otros vengan a salvarles, perecen más tarde o más temprano. Ayúdate y Dios te ayudará, dice el anejir que continuamente suele repetirse en la vida cotidiana. El «ayúdate», bien puede entenderse en esta ocasión por «instrúyete».

DÓNDE RADICA EL MAL

Vivamos aleccionados por la experiencia, que es la forma inicial y fragmentaria de la Historia. Ya que la vieja política, tan magistralmente



desentrañada por Ortega y Gasset, no ha sido otra cosa que «la expresión más exacta del sentimiento colectivo español», procuremos que esta otra nueva política que está en período de elaboración sea, si tiene capacidad y resistencia para serlo, un gran molde de fundición en vez de una ensambladura precaria y deleznable. Haga cada cual examen de conciencia y aplique después el oído a la palpitación universal del Mundo, que es la mejor manera de contrastar la más limitada de nuestra propia existencia. Que si es posible hacer una España distinta, la hemos de hacer a base de arrepentirnos de nuestras bastardas costumbres políticas, producto de caracteres cerriles y de una cultura ficticia o estúpidamente formularia. Pero también a mí, como a Ortega y Gasset, «me parece inútil desearlo vagamente si no hay resolución para embestir el mal en las zonas subterráneas donde radica».

Mientras tanto, mientras los sucesos van fijando su huella, con mayor o menor relieve en el espacio de nuestra vida, hagamos de cada momento presente un firme escalón para llegar dignamente al porvenir, donde podemos encontrarlo todo o donde no hallaremos nada, sino acaso la tragedia definitiva, según sea nuestra actuación. «El Porvenir —escribe Guillermo Tiberghien en su libro *Tesis*⁸²— es una página en blanco donde se fijarán los sucesos posibles a medida que se vayan realizando. Nadie puede observar el porvenir, porque en el porvenir no existe nada de hecho; nada es real, nada es positivo, todo es posible. El mañana es para nosotros un objeto de conjeturas y de probabilidades».

Eso es lo que hay delante de España: un conjunto de probabilidades. Nada más.

⁸² Krauso-positivista belga, nacido en 1819. Influyó grandemente en España, lo mismo que su maestro Krause, a través de las traducciones de Giner de los Ríos y de otros destacados autores españoles. Rodríguez Figueroa debe referirse a su famoso libro Krause y Spencer, que contiene algunos de sus ensayos fundamentales. Ocupó el máximo cargo en la Universidad Libre de Bruselas y desarrolló una gran labor teórico-pedagógica a lo largo de su vida. Estuvo muy vinculado a círculos masónicos.

1925

LA FIESTA DE LAS ALFOMBRAS⁸³

No sé cuándo ni en qué periódico o publicación del país se insertó un artículo mío en el que hablaba de la *Fiesta de las Alfombras*, de la Orotava. De lo que dije entonces nada recuerdo; pero es un espectáculo de tan inagotable belleza artística, que siempre ofrece a la movilidad fantaseadora de la imaginación nuevos temas de idealidad.

Cada año, en este luminoso y acariciante mes de Junio, tiene aquélla fiesta una magnífica ritualidad consagratoria. Siendo periódicamente la misma por su significación cívico-religiosa, es diversa en su esplendor y en sus motivos ornamentales. La suntuosidad decorativa, partiendo de un pensamiento inspiratriz uniforme, recorre las más asombrosas y puras modalidades de la inventiva artística. Al valor infinito de un colorismo obsesionante, junta la fuerza conmovedora de los trasuntos místicos, y bajo el pleno sol, en medio del tumulto popular, a la sombra de las altas montañas que casi en semicírculo ciñen el caserío irre-

⁸³ Apéndice a la novela corta dramática de Mariano Vico Cospedal: *El milagro del tapiz*, Editorial Literaria, Santa Cruz de Tenerife, 18 de junio de 1925. Hay edición reciente realizada por el Ayuntamiento de La Orotava (2005).



gular de la Orotava, nos despierta a la vez el espíritu y los sentidos con una voluptuosidad completamente indefinible.

Parece un arte de comunión democrática cuyas raíces se perdieran en los lejanos territorios de la tradición pagana. Un arte que por reversión del sentimiento de la belleza plástica, pasó del culto de las divinidades mitológicas a la polimorfía monoteísta del Catolicismo romano.

*

He aquí todo un pueblo trazando sobre el empedrado de la ciudad los dibujos más complicados y sutiles. Noches y días, en una labor paciente y férvida al propio tiempo, va cubriendo la oscura y desigual superficie del pavimento de líneas, que se entrecruzan en caprichosas combinaciones y a veces de figuras que se destacan en el fondo de la multiplicidad geométrica concebida y fijada en el suelo por la inspiración de cada artista. Todo es distinto, todo es vario, todo es de una originalidad desconcertante. Y cuando ya los trazos iniciales diseñan o abocetan la concepción de cada cual, comienza entonces, por decirlo así, la obra del pintor. Primero el dibujante, después el colorista.

Quien vea esto por primera vez, ayuno de todo antecedente, se imagina asistir al entretenimiento de una ciudad convertida en manicomio de locos pacíficos, tocados de una manía colectiva de expertísimos artistas. Sin embargo, algunos momentos de atenta curiosidad u observación inteligente, bastarán para deshacer la primitiva errónea impresión.

...Y como sabemos ya que se trata de solemnizar la fiesta del Corpus Christi, y que aquellas líneas señaladas con jis o carbón sobre las piedras de las calles representan el esquema de otros tantos tapices ofrecidos por el fervor religioso a los misterios del culto católico, sigamos observando la ininterrumpida labor del pueblo que los confecciona con tanta maestría como profundo sentido creador.

Ahora aparecen grupos de menestrales cargados con grandes banastas rebosantes de flores. Cada jardín —el pueblo de la Orotava es eso: un vasto jardín parcelado en cuyo fondo de ensueño resalta el

caserío, cuya vetustez y abolengo alternan con la modernidad de las recientes edificaciones—; cada jardín, repito, vuelca sobre las calles el tesoro de sus más lindas floraciones. Siguiendo los trazos de cada dibujo, van las manos aptas y afanosas formando el relieve con los pétalos deshojados. Rosas, alelís, capuchinas, azucenas, cinerarias, geranios, camelias, azaleas, margaritas, petunias... ¡Una catarata de colores, una lluvia luminosa y deslumbrante, cual si la misma divinidad de Flora se entretuviese en un juego de maravillas feéricas! Y cuando las flores no bastan para completar determinadas entonaciones o para lograr ciertos matices, se recurre al grano de algunos cereales o a las hojas de algunas plantas, como el brezo en verde o quemado, por ejemplo, y hasta a algunas sustancias terrosas como el almagre y sus similares. De esta amalgama, discreta y sabiamente combinada, resulta en definitiva un prodigio de luz y de ejecución.

Se ha concluido el trabajo. A lo largo de las vías de tránsito más frecuentadas, se extienden, formando una policromía joyante y fresca, los grandes tapices naturales, las alfombras portentosas que en breve hollarán los pies de los que van en procesión tras el Crucificado. La ciudad semeja una serie de antesalas y corredores fastuosos. Aquella profusión de flores deshojadas que siguiendo el capricho del artista rellenan las líneas de cada dibujo, constituye una estilización sorprendente: pasajes de la Biblia, adornos góticos, caprichos del Renacimiento y toda una magia de resaltes felizmente imaginados ofrecen a la contemplación el mayor deleite que pueda concebirse.

Es algo superior, quizás, a las oblaciones florales de los bonzos en los templos sagrados de la India, y a aquellas gentílicas fiestas de Corinto, de Pafos, de Chipre o de Pompeya, en que los jardines públicos y privados se despojaban de su más bello ornamento para conmemorar algún fausto acontecimiento.

*

Sólo conozco una pluma capaz de describir esta *Fiesta de las Alfombras*, que hace acudir a la Orotava un gentío innumerable, como en una romería de admiración, creciente cada año. Esa pluma sería la de Pierre Loti, si viviera.



La delicadeza, la finura de estilo del autor de «Madame Crisant-héme», habría hallado en esa fiesta un motivo adecuado a su temperamento exquisito. Él, únicamente, hubiera logrado darnos la precisa y exacta emoción de arte con que sacude nuestra sensibilidad. El esplendor rutilante de las alfombras de flores que cubren las calles de la Orotava el día del Corpus, requiere el poder de una imaginación fielmente receptiva y románticamente enamorada del alma de las cosas como la del gran escritor francés.

Indiscutiblemente, para descripciones de este género, hace falta una pluma como la que ha descrito el esplendor de las rosas en los maravillosos jardines orientales de Ispahán.

1931

**ATALAYA DEL PUEBLO
OBSERVACIONES⁸⁴**

Después de la instauración de la República, y en buena hora sea dicho; después de esa incontrastable energía cívica del pueblo español, en la que se transparenta el fenómeno de la supervivencia histórica de la conciencia racial del mismo; después de las primeras y acertadas resoluciones del Gobierno provisional, que también acertadamente prosigue en la actualidad su labor, es necesario señalar, no para deprimirlas, sino para que se enciendan con la decisión de corregirlas, las deficiencias de organización, siempre funestas, de todas las fuerzas democráticas —en el sentido más puro y virtual de la palabra— de Tenerife, lo mismo de las fuerzas pertenecientes al proletariado como de las que, en un círculo menos amplio de reivindicaciones políticas y sociales, demarcan el área de actuación del partido insular republicano.

⁸⁴ *La Prensa*, 16-05-1931, pp. 1-2.



Baste señalar, en justificación del aserto, el hecho de que aún continúan en no pocos Ayuntamientos y en el cacicato de no pocos pueblos de la Isla, elementos completamente indeseables; que todavía figuran en las comisiones gestoras gentes de turbia procedencia política, verdaderos bastardos de la acción cívica, jenízaros de la patulea del caciquismo que a trueque de seguir en la gestión edilicia —víboras que morderán, si se les deja, las propias entrañas de la República—, no han tenido inconveniente en declararse, sin previo examen de conciencia ni el refrendo del purgatorio, partidarios del nuevo estado de cosas para fraguar, a la sordina y en un momento dado, el descrédito y la ruina de las nuevas instituciones. Y en el mismo caso se encuentran esos otros núcleos parasitarios, de igual contextura ética, que permanecen adheridos a diversos organismos públicos como sanguijuelas resbaladizas y taimados vampiros del engranaje burocrático.

Todo esto no obedece ni puede obedecer a otra cosa que a falta o defectos de organización de la ciudadanía insular. Los que con un desparpajo irresponsable de batracios propalan que si tal ocurre es porque entre los republicanos de Tenerife no hay gente capacitada ni de calidad para llevar la dirección de los intereses económicos, políticos y sociales del país, son unos perfectos gznápiros impertinentes e insidiosos que juzgan de los demás por el concepto que tienen de sí propios. Sin embargo es absolutamente imprescindible desmentir a los insolentes desarrollando a la faz pública una labor clara, reguladora, rotunda y eficiente. Basta con un poco de persistente actividad, de entendimiento despierto y de acendrado entusiasmo democrático.

Hay que acercarse al pueblo, hay que atalayar o avizarar todo el campo en que se desparraman, sin encauzamiento perspicaz, sus aspiraciones integrales y sus factores de expansión energética. Hay que recoger, moldear y luego difundir las palpitaciones latentes del nuevo estado del espíritu público, y en una palabra, conducirlo al máximo rendimiento que debe esperarse de una ciudadanía aleccionada por la historia y ávida de palpar con sus manos las vírgenes y jugosas primicias del porvenir. Obra de tanta magnitud demanda o requiere la más acrisolada conjunción de fuerzas, así de las denominadas proletarias u obreras, numéricamente superiores, como de las republicanas, de un coeficiente aritmético menor, pero indudable-

mente dotadas de mayor consistencia cultural, cualidad indispensable para la lucha y punto de apoyo necesario para consolidar los éxitos de todo esfuerzo inspirado en el bien público. A ello no se oponen las discrepancias taxativas de unas y otras fuerzas. Lo que importa, en primer término, es afianzar el nuevo régimen, porque él constituye la cepa de donde parten, con una savia común, las distintas ramificaciones, diferenciables sólo por la mayor cantidad, desarrollo y calidad de los frutos de cada una, que esta es, al fin y al cabo, la obra también profunda y sorprendente de la Naturaleza.

Hay postulados tan elementales —me refiero a los que afectan al desenvolvimiento práctico o positivo e integral de una verdadera y legítima acción ciudadana—, que resulta incomprensible la evidencia de su omisión cuando las circunstancias o los acontecimientos, mejor dicho, exigen o aconsejan su planteamiento inmediato. En términos más concretos o de previsora inteligencia, sería mejor decir que no es admisible esperar, como quien espera la aleluya, a que los acontecimientos nos sorprendan. Por ley biológica, que rige a todos los seres vivos, desde el infusorio hasta el hombre, todo acto, movimiento o actividad previsora, en relación con el medio y las circunstancias responde indefectiblemente a los resortes del instinto de conservación. ¿Cuáles son, en estos momentos, las auténticas, fructíferas y trascendentes previsiones de ese instinto entre las fuerzas proletarias y republicanas?...

Para afrontar el cúmulo de las graves responsabilidades del momento y resolver con rapidez y entereza las contingencias en perspectiva, se requiere un hondo sentido de la realidad de la vida moderna y una continua percepción del ritmo que en el torrente circulatorio de la opinión pública vaya marcando el proceso de los hechos. A este propósito, conviene recordar a todos los elementos militantes de la verdadera Democracia de Tenerife esas normas elementales y genéricas que deben ponerse en práctica, especialmente cuando la actividad revolucionaria comienza a plasmar en moldes jurídicos, y consisten en las pautas precisas para fortalecer, aumentar y convertir en fecunda cohesión política y social los sentimientos coincidentes pero dispersos. Otra de las normas recomendables es la que previene contrastar y depurar la genealogía, por decirlo así, de



los que llegan por primera vez para sumarse a la falange combatiente y veterana. Y asimismo, entre otras varias que sería prolijo enumerar, tiene categoría de norma importantísima, la que aconseja escudriñar, inquirir y someter a la vindicta ciudadana todas las concusiones, desafueros, prevaricaciones y componendas maliciosas o lucrativas, con daño para los intereses públicos o privados, que llevadas a efecto por los servidores del antiguo régimen sean perseguibles.

Cuando la habilidad de los que procedieron torcidamente no haya dejado rastro alguno de prueba oficial, siempre habrá medios supletorios y de información, obtenidos con el mayor escrúpulo, que puedan conducir al esclarecimiento de la verdad. La misión de la República es tan austera y rectilínea, que todo aquel que se haga la vista gorda la traiciona, igual que si consiente enemigos a su espalda, que también es una manera de traicionarla.

ATALAYA DEL PUEBLO ¿QUIÉNES TIENEN LA CULPA?...⁸⁵

Para condenar sumariamente —procedimiento de simplistas— el régimen republicano, los partidarios del que pasó a la historia suelen hacer sarcásticas alusiones a los recientes disturbios, y a renglón seguido rezongan de esta manera: «—Tenía que suceder... Con la República, los de abajo se despachan a su gusto... El hombre del pueblo no respeta nada»...

¡Alto allá! Vamos despacio. La lengua, sea corta o larga, no es solo un órgano de meras relaciones materiales o de simpatía gástrica con el estómago y el intestino, sino que tiene también la misión noble y trascendental de convertir en realidad fonética las actividades del pensamiento; pero cuando este se extravasa insidiosamente y de un modo arbitrario a través de la sin hueso, es obligado procurar que la misma no se convierta, con mengua del respeto que toda persona medianamente inteligente se debe a sí misma, en transportador y sembrador de sandeces o de invectivas calumniosas.

En puridad, esto es lo que se hace —lanzar paparruchas malévolas a los cuatro vientos— cuando se atribuyen al hombre del pueblo, es

⁸⁵ *La Prensa*, 20-05-1931, pp. 1-2.



decir, a los de abajo, las consecuencias o los efectos, más o menos directos, de los desaciertos, negligencias, abusos, tropelías y provocaciones de los de arriba. O lo que es igual, se censuran los efectos sin inquirir la naturaleza de la causa que los ha producido.

La charlatanería indocumentada suele ser así. Falta de juicio sereno, horra de sentido analítico, nutrida generalmente por el despecho y casi siempre movilizadora por el prejuicio o por algún incentivo particularista, cuando no por aviesa condición ingénita, confunde los conceptos, o lo que es peor, los escamotea, y tiene el cinismo de convertir en pueblo a toda esa mezcla heterogénea de gentes justificables, descalificadas, de procedencias diversas y de conformación moral cenagosa, que en las grandes crisis revolucionarias de una nación dan rienda suelta a sus instintos y, con dolorosa frecuencia, a más de obrar por cuenta propia, suelen trocarse en agentes auxiliares del mismo régimen que ha sido derrocado o se lucha por derrocar.

Nada tiene que ver la actuación perturbadora y caótica de tales gentes, con la justa indignación popular cuando ésta llega, a veces, a extremos de violencia provocados por quienes, ganosos de galvanizar los miembros deshechos del régimen que acaba de derrumbarse, no saben aprovechar para su propósito otros medios que aquellos de que puede disponer, contra la firmeza de convicciones de un pueblo, el que con las suyas ha fracasado; medios con tara de origen o sea de los que conducen a la cárcel, al manicomio o al ridículo.

Generalmente, son los que sienten y piensan como los déspotas de aquellos tiempos de horca y cuchillo o los que se interesan por el orden y la paz a todo trance, solo desde el punto de vista de sus conveniencias digestivas, los que atribuyen al hombre del pueblo todas las violencias que ellos llaman perversas y consideran atentatorias al bienestar del país; entendiéndolo por bienestar el que disfrutaban a expensas de la mayoría laboriosa, que les tiene sin cuidado. Olvidan, al proceder así, que del pueblo ha salido casi todo lo que hoy es civilización y progreso, y que es el pueblo el que, con sus esfuerzos, secundando las iniciativas y audacias de algunos hombres de su seno, que contra viento y marea consiguieron destacarse y emanciparse, ha logrado las libertades públicas de hoy, y que será también el pueblo

el que las descarte mañana de las mixtificaciones y ficciones del capitalismo moderno.

Si todavía permanece el hombre del pueblo, salvo nunca bien ponderadas excepciones, en un estado de atraso bastante a justificar las extremas consecuencias de su arrebato y de su discernimiento primitivo, ¿quién o quiénes tienen la culpa? ¿Qué han hecho las clases directoras del régimen caído para cultivar el espíritu y la inteligencia de la gente del pueblo? ¿Qué procedimientos pedagógicos, prácticos y eficaces, han puesto en acción para desdoblar su entendimiento y oxigenarlo con las luces de la cultura, como se oxigena la tierra abriendo surcos en ella para que el sol y el agua la fertilicen? ¿Qué pautas sencillas, comprensibles, reiteradas, instructivas y educativas a la vez, se han desenvuelto entre las clases trabajadoras para infiltrarles la dosis necesaria de virtualidad moral, sensitiva e intelectual, sin la que la masa humana no es otra cosa que una horda zoológica?

Hasta el presente, al hombre del pueblo no se le ha inculcado otra enseñanza que esta: trabajar desde tal hora hasta cual otra, descansar el séptimo día y volver a empezar el siguiente. Con tal sistema, sin otro contacto habitual que el de la tierra y los instrumentos de trabajo, ¿de qué tiempo ha podido disponer para desarrollar su inteligencia y adquirir maneras y costumbres que suavizasen las asperezas de su sensibilidad? ¿Dónde están las escuelas adecuadas, los libros claros, inteligibles, los gráficos expresivos y los maestros revestidos de esa verdadera abnegación apostólica que requiere todo concienzudo magisterio cultural, para transformar al hombre rudo del pueblo en modesto pero normal ciudadano? Que no se empiece a serlo sino cuando se ha aprendido a leer y a escribir y se han encauzado los sentimientos y las ideas con una orientación ejemplar, en términos de poder discernir la justa valoración de aquel concepto y de la que individualmente le corresponde en la multiplicación de los demás valores que completan el coeficiente de la ciudadanía colectiva.

Hay que ser imparciales, comedidos y comprensivos con la gente del pueblo. Antes de lanzar contra ella ciertas diatribas que colocan al que las emplea en un nivel todavía más inferior, preocupémonos de dotar a la clase más numerosa de la sociedad humana, en cuanto esté a nuestro alcance y sin reparar en las dificultades que se presen-



ten —removibles siempre cuando la buena voluntad y el espíritu de justicia informan las buenas acciones—, de todo aquello que sea menester para redimirla de su ignorancia, hacerla de sensibilidad más permeable e imbuirla de una concepción ética sólida e inatacable, exenta de esas concreciones del fanatismo y de la superstición, primera encrucijada en la que se desorienta y extravía el espíritu de solidaridad y de convivencia social del ser humano.

Cuando los de abajo hayan adquirido el convencimiento de que no son las bestias de carga de los de arriba, y éstos estrechen la mano de aquéllos con la noble cordialidad del que desea de todo corazón establecer aquella convivencia —con el decoro de una recíproca comprensión— entonces el pueblo, consciente de sus deberes y derechos, será el primero interesado en evitar, y en su caso reprimir, los vandalismos de los que encizañen la tranquilidad de los justos.

ATALAYA DEL PUEBLO LAS PROFESIONES HUMILDES⁸⁶

Es frecuente oír a la clase adinerada, sobre todo si se habla de la subida de los jornales, lamentarse de la escasa o rudimentaria capacidad profesional de nuestros obreros, y en particular de los que se consagran a profesiones u oficios manuales especializados, como los de albañil, mecánico, carpintero y otros muchos que nos proporcionan, con su esfuerzo material no exento de la influencia intelectual, más de las dos terceras partes de las comodidades y el confort que se requiere para vivir como Dios manda o con el desahogo e higiene a que tiene derecho la humana criatura.

Puede ser, y no seré yo quien lo discuta, que dicho así, en términos generales, tenga razón aquella clase; pero es necesario también que ella reconozca, porque es verdad y no puede demostrar lo contrario, que de esas deficiencias de capacidad, y por decirlo así, de la mediocridad del entrenamiento del artesano en cada ramo de los oficios respectivos, no se puede deducir que le sea imputable el atraso en que se encuentra.

⁸⁶ *La Prensa*, 22-05-1931, pp. 1-2.



No conozco ninguna medida, ninguna resolución de nuestras clases directoras insulares (hablar de clases directoras cuando casi todo está por hacer es un verdadero eufemismo, disculpable solo por el hábito de la frase) encaminadas al perfeccionamiento del aprendizaje y práctica de los oficios manuales más importantes; ni conozco tampoco ningún centro en condiciones adecuadas para capacitar según los métodos modernos —teóricos y prácticos a la vez— a la clase artesana, en términos que el que construye una casa no lo haga rutinariamente, encareciendo la obra por defectos de comprensión de los procedimientos de albañilería más recientes, o haciéndola defectuosa y antiestética por torpeza manual, etc., etc.; que el que fabrica un mueble no lo lleve a efecto desmañadamente, ensamblando o ajustando sus partes sin la debida curiosidad y buen gusto, que también se requiere en las artes liberales; que el que arma o desarma un motor, o aparato mecánico cualquiera, no realice su labor «al macanazo», con esa irreflexión y atrevimiento que le impulsan a encajar a golpe de martillo aquellas piezas que por falta de pericia no acierta a ajustar, olvidando que la anatomía del motor, como la del cuerpo humano, valga la comparación, demanda mayor solicitud. Y así, ejemplo tras ejemplo, podría seguirse la enumeración...

Basta, sin embargo, con lo expuesto, para dar una idea del por qué está muy en lo posible que ocurra lo que por falta de iniciativa y de interés de aquellas clases antes aludidas necesariamente tiene que ocurrir. Nadie nace leído y sabido. Nadie, tampoco, es capaz, entregado a su propias fuerzas, y con mayor motivo si las mismas han menester de un molde donde cristalizar y consolidarse, de perfeccionar su actividad, adiestrándola y depurándola, si no tiene a su disposición o no se le facilita el molde adecuado.

¿Cómo pretender que la clase obrera del país, en la labor específica de aquellos diferentes ramos de las artes liberales no adolezca de falta de capacidad suficiente si nadie se ha ocupado de ayudarla? ¿Con qué derecho se le puede decir a un mecánico, a un herrero o a un alfarero, pongo por caso, que no conoce su oficio como debiera conocerlo? ¿Quién es el que puede levantar la voz para decir que a la clase trabajadora insular se le han dado medios o facilidades para

colocarse al mismo nivel de aprendizaje y capacidad profesional que los obreros manuales extranjeros, ni siquiera de los de la Península?

Ya es tiempo, y ahora que vivimos en plena Democracia con mayor motivo, de que los nuevos hombres a quienes la República ha confiado la administración y gobierno de los intereses colectivos del país insular, se preocupen de tema tan importante para el desarrollo y progreso material de Tenerife, consagrando a los oficios del artesano la atención debida. Especialmente el Cabildo, y en colaboración con este el mismo Ayuntamiento de esta capital, tiene el deber de enviar cierto núcleo de obreros, de los más inteligentes, a aquellos lugares de España y también del Extranjero donde, durante un plazo prudencial, puedan adiestrarse y perfeccionarse en sus respectivas profesiones, haciendo los dispendios económicos precisos, que nunca serían gravosos para el erario público, y aunque lo fuesen, quedarían compensados por los beneficios ulteriores.

De esta manera, no solo se daría al pueblo la sensación de que la República no acude solamente a él para pedirle que la apoye con su voto en las urnas electorales, que es lo que antes venían haciendo los caciques de la monarquía —largos en ofrecer pero cortos en dar—, sino que, y esto es lo positivo y más importante, podríamos disponer, en un par de años, de un plantel de obreros conscientes de su labor, adiestrados y disciplinados por las enseñanzas de fuera, y con aptitud bastante para enseñar a sus compañeros de hoy y preparar la generación obrera de mañana.



ATALAYA DEL PUEBLO PIRATAS A LA VISTA⁸⁷

Hacia las Constituyentes boga la nave de la República como si boga-se hacia las costas soñadas y maravillosas de un Eldorado prometedor. La tripulación —el pueblo—, atenta a la inmensidad que se extiende ante sus ojos, apenas se fija en las distancias visibles que quedan a su espalda, donde todavía se perciben las estelas de los cruceros del desastre monárquico.

Parece haber olvidado todas las previsiones contra el peligro súbito o la asechanza inesperada.

Sin embargo, desde nuestro puesto de alerta o atalaya de la ciudadanía, estamos seguros de vislumbrar las flotillas dispersas de los corsarios que espían a la nave pimpante, confundidas entre esos caprichos de la atmósfera a que da la Meteorología el melifluo nombre de «nubes», no por melifluo menos sintomático de tormenta.

Como la navegación de otros tiempos, la política de ahora, que es en cierto modo una travesía llena de riesgos, tiene también sus filibusteros. Gente mercenaria, cuyo pensamiento y cuya actividad no reconocen otra ocupación más honorable que la del pillaje, el reenganche y la artería.

⁸⁷ *La Prensa*, 30-05-1931, p. 1.

Los hombres del nuevo itinerario ideológico tienen que vivir prevenidos contra esos piratas a la vista que se aproximan a la gran ruta de la República y buscan, indudablemente, el modo de interceptarla, disfrazados con las formas y colores del ambiente, como se disfrazaban los corsarios alemanes durante la Gran Guerra, para confundirse con el matiz de las compactas masas nublosas del espacio.

En esa confusión está el peligro. Y peor todavía si una imperdonable buena fe o una negligencia de táctica consienten enrolamientos subrepticios entre el equipaje a cuya pericia y decisión se ha confiado el gobernalle de las aspiraciones del pueblo, condensadas como en un símbolo viviente y creador en esta República que hasta hoy navega triunfalmente a través de la opinión contexte del mundo civilizado.

No podremos llegar a tierra firme, al Eldorado deslumbrador y presentido por el instinto transformador o revolucionario de las masas, del que su voluntad y su pensamiento arrancan para converger en la realización de un programa que destruya todo lo incompatible con las nuevas aspiraciones, si se acepta o simplemente se concede la alternativa a los filibusteros de la ciudadanía, mercenarios de todas las levas. Los Cabeza de Vaca siempre fueron capaces de hacer saltar la santabárbara.

Aún quedan muchas millas que recorrer para acercarnos al punto en que el equinoccio hace iguales los días y las noches. La tripulación, por tanto, necesita preocuparse de la conveniencia y de la necesidad de limpiar su radio de acción de los piratas que tratan de acortarlo.

Por que si el éxito civil de una más perfecta ciudadanía se ha de lograr mediante la República, que es la zona equinoccial del pueblo, no habrá esperanza de que resplandezca en toda su magnitud y pureza mientras subsista la posibilidad de un abordaje por sorpresa.

ÍNDICE

PÁGINAS PROPIEAS	9
PROSAS	29
1899.....	31
Una novela inédita	31
1900.....	36
En el arte y en la vida	36
Gay saber	38
1901	40
Literatura	40
Profesional.....	48
Juegos florales.....	50
1902.....	52
Conchita martín.....	52
1906.....	54
Lentejuelas	54

1907	58
Carta de guillón barrús	58
Aves de paso	61
Los fletes y la exportación frutera.....	63
1908	66
La media noche	66
Neurosis	68
1909	72
Los japoneses legislan.....	72
La navegación aérea	75
Guillón Barrús, autobiografía.....	78
Las hienas.....	86
1912	88
Nobel y Galdós	88
La cuestión palpitante.....	91
Página de dolor. Estrada Pérez.....	93
Los músicos del <i>Titanic</i>	95
1913	97
Electra. Homenaje a Galdós	97
1914	99
Venus y la harpía.....	99
1915	102
Homenaje a Rodríguez Figueroa.....	102

1916.....	111
Prólogo a de Leoncio Rodríguez.....	111
1917.....	118
Conferencia sobre renovación de la política insular	118
1918.....	141
Una nota política.....	141
Crítica de la crítica de un criticastro	145
Los diputados socialistas.....	150
El sentimiento regional	153
La dimisión de un ministro	157
Acerca de la experiencia	160
Dolor de lo imposible.....	163
La voz revolucionaria	166
Bizantinismo.....	170
Comentarios a la carta de un alma triste	173
Pensando en la autonomía del archipiélago	176
1919.....	178
Falta de calor espiritual.....	178
La prensa heroica	180
Un héroe del espíritu. San Sebastián.....	182
El corazón de Jesús.....	197
El hombre de los «zarpazos»	201
1921.....	204
Para un aniversario.....	204
1924.....	206
Conferencia sobre Ortega y Gasset.....	206

1925	218
La fiesta de las alfombras	218
1931	222
Atalaya del pueblo. Observaciones.....	222
Atalaya del pueblo ¿quiénes tienen la culpa?.....	226
Atalaya del pueblo. Las profesiones humildes.....	230
Atalaya del pueblo. Piratas a la vista.....	233

